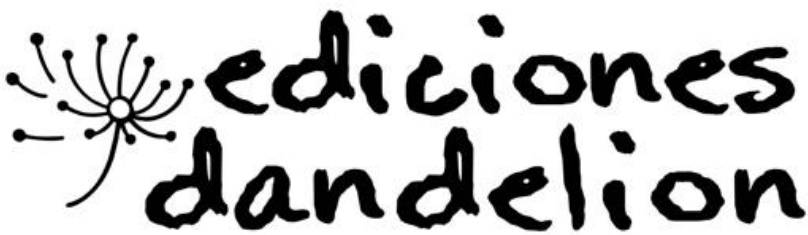
Victoria Aihaq
ELEGÍ
seq
FELIZ

ELEGÍ ser FELIZ

Victoria Aihar

Ediciones Dandelion



Derechos de autor © 2023 Victoria Aihar

Título original: Elegí ser feliz
Autora: Victoria Aihar
Corrección: Victoria Aihar
Diseño de cubierta: Magical Eyes para Ediciones Dandelion
Diagramación: Magical Eyes para Ediciones Dandelion

Copyright ©2023 @Victoria Aihar
Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial de este libro; ni la recopilación en un sistema informático; ni en otro sistema mecánico, fotocopias (u otros medios) sin la autorización previa del propietario del los derechos de autor.

A todos aquellos que sufren y han sufrido el desamor.
A todos los que, a pesar de ello, no pierden las esperanzas y eligen ser felices.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
AGRADECIMIENTOS
PRÓLOGO
Algo contigo
Ella
Mis trayectos contigo
Entre dos amores
Memorias del olvido
SOBRE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

Ha pasado mucho tiempo desde que publiqué mi último libro. Sé que muchos de ustedes han estado esperando con ansias esta nueva obra, y les agradezco de todo corazón por su paciencia y su amor.

Escribir este libro ha sido un desafío y una aventura para mí. He vivido momentos de alegría, de tristeza, de duda, de ilusión. He querido compartir con ustedes estas cinco historias que me han acompañado durante más de dos años, que me ha hecho crecer como persona y como escritora.

No hay nada que me haga más feliz que saber que ustedes están ahí, leyendo mis palabras, conectando con mis personajes, viajando conmigo a través de la imaginación. Ustedes son mi motivación, mi inspiración. Ustedes son mi familia literaria.

Gracias por estar siempre a mi lado, por apoyarme, por animarme, por comprenderme. Gracias por darme la oportunidad de expresarme, de crear, de soñar.

Un gracias enorme a mi compañero de vida, que siempre apoya mis

locuras y comprende mis ausencias cuando estoy inmersa en las letras.

Espero que disfruten de este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo. Espero que les haga sentir algo especial, que les haga pensar, que les haga reír, que les haga llorar. Espero que les haga elegir ser felices y actúen en consecuencia.

Porque, al final, eso es lo que importa: Elegir ser felices. Elegir vivir cada día con ilusión, con gratitud, con amor. Elegir ver el lado bueno de las cosas, el lado bonito de la vida. Elegir ser nosotros mismos, ser auténticos, ser libres.

Eso es lo que yo he elegido. Y eso es lo que les deseo a todos ustedes.

Con amor,

Vic

PRÓLOGO

En los tiempos que corren sería esperable que entre tapa y contratapa de “Elijo ser feliz” encontráramos historias de “soltar” de “dejar ir”. El compromiso siempre encuentra tropiezos en su camino y el paradigma social actual nos dice que ser libre es, al primer tropiezo, hacer clic en la aplicación de moda para saltar a la siguiente relación, luchar por el amor está *demodé*.

Acostumbrados a libros que tienen por heroínas a mujeres que toman al hombre como objeto de su placer, resulta una sorpresa encontrar cinco historias que muestran que ser feliz puede ser resultado de luchar por un sueño compartido, superar dificultades, no entregarse, un oasis para los que aún creemos en el amor romántico, hoy casi una mala palabra.

Incluso cuando la relación es por años solo de sexo alocado cada muy tanto, cuando las conversaciones se hacen profundas, cuando la conexión se hace evidente, la pregunta ¿qué somos? Golpea, sacude…

darnos cuenta de que necesitamos estar con alguien que no solo nos haga sentir, sino que sea nuestro lugar seguro, nos saca de la zona de confort, nos interpela. Descubrimos que despertar solos puede darnos una sensación de vacío insoportable.

El camino de la felicidad compartida difícilmente es lineal, las cinco historias son un muestrario de dificultades, de inseguridades, de desencuentros. Podemos elegir dejarnos vencer, salir corriendo, pero también podemos luchar por lo que amamos, de esa elección depende nuestro futuro, culpar al destino es una trampa, una excusa, construimos el destino.

¿Acaso eso significa que el único camino a la felicidad es atarnos para siempre a una sola alma?... Existen tantos caminos a la felicidad como personas, algunos eligen incluso que sus relaciones sean abiertas, pero, aun así, la clave de la felicidad está en el vínculo, en su fortaleza, en la confianza, en compartir, la felicidad en solitario puede ser una etapa, pero no la meta.

Estamos frente a un libro difícil de clasificar, no es una novela, porque las cinco historias que lo componen cierran en sí mismas, pero están enlazadas de manera que tampoco es solo un libro de cuentos, hay un hilo conductor, en los personajes y también en el mensaje, en cierta forma es un hilo que viene de libros anteriores de la autora, una fe inquebrantable en el amor.

Hay libros que nos encierran en ambientes lóbregos, nos muestran lo peor del ser humano, sus miserias, nos advierten de los peligros que acechan a quien no se cuida, otros en cambio, son un canto a la esperanza, una ventana abierta por donde entra luz y una brisa fresca, renovadora y vital, este es uno de ellos. Espero, sinceramente, que sirva de inspiración, ser feliz es antes que nada una elección, y *ser feliz* juntos es posible…

Eduardo Abenia

Algo contigo

1

“Buenas noches, señoras y señores. En nombre de Alas, la comandante Barker y toda la tripulación, les damos la bienvenida a bordo de este vuelo con destino a Buenos Aires, cuya duración estimada es de doce horas. Por motivos de seguridad, y para evitar interferencias con los sistemas del avión, los dispositivos electrónicos portátiles no podrán utilizarse durante las fases de despegue y aterrizaje. Los teléfonos móviles deberán permanecer desconectados desde el cierre de las puertas hasta su apertura en el aeropuerto de destino. Por favor, comprueben que su mesa está plegada, el respaldo de su asiento totalmente vertical y el cinturón de seguridad abrochado. Les recordamos que no está permitido fumar a bordo…”.

No había caso, hacía ya tres años que iba y venía desde mi ciudad

natal a la ciudad que me acogió y nunca terminaba de escuchar todo el discurso del comandante, me dormía antes. No me desagrada volar, pero prefiero hacerlo como hoy: En primera clase. Y no es que yo pueda permitírmelo, pero la empresa para la que trabajo es muy generosa y para estos viajes transatlánticos prefieren que esté cómoda, así que no me puedo quejar, voy a dormir las doce horas que dura el viaje hasta que la azafata me despierte para prepararme para el aterrizaje.

2

Luego de los trámites normales de migración, salgo con mi equipaje y me sorprende ver una cara conocida que lleva un cartelito con mi nombre.

«¡No me lo creo! ¿Qué está haciendo acá?»

Me quedo paralizada, hacen ya dos años que no lo veía y ahí está, hermoso como siempre, hermoso para mí y para nadie más… bueno, claro, supongo que hermoso, también, para ella.

Su sonrisa de lado, sabedor del poder que ella ejerce sobre mí, me saca de la parálisis. Doy un paso y luego otro, mis lentes oscuros esconden el brillo de mis ojos. «Mejor así», me digo, y avanzo confiada.

—Tan hermosa como siempre…

—¿Te caíste de la cama?

—No seas hija de puta, estoy sin dormir, se supone que llegabas hace seis horas, si me iba, no volvía, lo sabés.

Me reí y nos abrazamos, fuerte; sí, lo sabía, pero también me había sorprendido y lo que me volvió a sorprender fue el beso que me dio a continuación, dejó cada una de mis células vibrando.

—Mal clima, el vuelo salió cuando pudo.

—¿A dónde te llevo?

—¡No puedo creer que hayas, finalmente, aprendido a manejar!

—Olvidate, ¡eso jamás va a suceder!

—¡Sos tan inteligente para algunas cosas…! —Hice una pausa—. Entonces querrás decir a dónde te llevo yo, porque vos, evidentemente, no me vas a llevar a ninguna parte, menos mal que renté un coche.

—¡Ay, ella “rentó un coche”!, pará, boluda, te vas unos meses y ya te estás agallegando… además, verte manejar me calienta. Eso de sincronizar los cambios, con los pedales, el volante y mi pija siempre me copó.

—¡Qué hijo de puta!

—¿A dónde vamos?

—A desayunar, tengo hambre, no puedo coger con hambre, lo sabés.

—¿A dónde?

—Starbucks —sentencié.

—Tu favorito, no el mío.

—Claramente, pero la que está de visita soy yo, la que maneja soy yo, y vamos a donde yo te lleve… simple.

—Okey, dame esa valija y sacate esa chaqueta que hace un calor

de cagarse afuera.

—¡Joder!

—¡No te banco así!

—Es tu problema.

—Te extrañé —tomó mi cintura y besó mi coronilla.

—Yo también, a vos y a tu pija —dije risueña, soltándome, caminando hacia atrás y de frente a él.

Retiré las llaves y la documentación del coche que tendría durante los próximos quince días y, mientras caminábamos hacia donde me habían indicado que estaba el auto, Seba me paró en seco tomándome de la mano.

—Pasamos por unas facturas que de seguro te morís por comer y vamos a tu depto. Odio Starbucks y además…

—Además no querés que alguien te vea en la calle conmigo. Entiendo… mirá, justito ahí tenés los remises y los taxis, también podés pedir un Uber, podés irte solo, no te necesito, ni quisiera sos buen copiloto, tengo un GPS y para después tengo a mi amigo Bunny, el dildo. Gracias por haber venidoooo…

Tomé mi valija y avancé con paso largo y decidido hacia el coche azul que me aguardaba. «¿Quién se cree que es?», pensé. Presioné el botón para desbloquear las puertas y las luces me ofrecieron un guiño.

—¡Pará, boluda! No me hagas correr que sabés que lo odio —gritó —. ¿En serio trajiste un consolador? —preguntó una vez a mi lado.

—¿Por qué no? ¿Te asombra?

—Siempre me calentó pensarte encuerada y tocándote.

—Bueno, sumale un consolador… una mezcla irresistible —rio y sacudió la cabeza como queriendo deshacerse de esa imagen.

Abrí el maletero del coche, Seba guardó la valija, mientras yo me quitaba la mochila y la chaqueta de cuero que llevaba puesta, realmente hacía calor. De la mochila saqué una musculosa y unas badanas; me quité las botas, las tiré dentro del maletero, me calcé los cómodos zapatitos y me subí al asiento del conductor; él entró callado y se ajustó el cinturón de seguridad, me quité el *sweater* y me puse la musculosa sin preocuparme si él estaba mirando o no, al fin y al cabo, no era la primera vez que me veía en ropa interior, o sin ella. Seba miró de reojo y se reacomodó en su asiento.

3

—¿Le avisaste a alguien que llegabas?

—No, no estoy de vacaciones, vine por trabajo, Seba. Voy a estar quince días, a vos te lo dije antes de ayer cuando me lo confirmaron, pero no tuve tiempo de nada más… tal vez cuando vea mañana la agenda coordine algo, o podés hacerlo vos. —Me miró y entendí—. ¡Ah, no…! Cierto, nadie puede saber que hablamos —dije saliendo a la autopista.

—El sarcasmo no te va, Irina.

—En cambio, a vos, la boludez te queda pintada. No entiendo qué estás haciendo, realmente; no entiendo por qué arriesgás tu relación y tus bolas, si tenés tanto miedo.

—Ese, en tal caso, es mi problema —dijo enfatizando el "mi"—, vos sabés que sos una adicción para mí y que siempre fuiste, sos y serás la única mina con la que vuelvo siempre sin importar con quién esté.

—Horrible definición, la verdad; me jode y mucho.

—No entiendo por qué.

—¿Qué soy?, ¿un agujero seguro adonde ponerla?

—No, Nina; sos la única persona por la que me jugaría las bolas, una y mil veces. Pensé que había quedado claro la última vez que hablamos.

—No, la verdad que no… pero ¿sabés qué?, acabo de aterrizar después de doce horas de vuelo, voy a llevarte a tu depto, me voy a ir al mío a darme una ducha y a salir a caminar por plaza Francia. Las veces pasadas no lo hice y estoy extrañando, voy a aprovechar a comprar algunas cosas para llevar. Vos podés dormir tranquilo, lamento la espera y…

—¿Terminaste? —interrumpió.

—No…

—Sí, terminaste. Vamos a ir a tu depto y te voy a coger hasta que digas basta, a gritos.

—¿Mc Donald's o Starbucks?

—Café Martínez.

—Ok, Pani.

4

Cuando hace casi cuatro años falleció mi madre, en realidad, mi abuela; la mujer que era mi todo, decidí irme; ya nada me retenía, había sido hora de volar lejos. Pocos estuvieron de acuerdo con esa decisión, entre ellos, Sebastián. Me odió por lo que sentí que fue una eternidad, pero yo necesitaba alejarme, también de él.

Con veintinueve años, mi carrera de diseñadora de interiores estaba en franco ascenso y en España tenía trabajo asegurado. Andrea estaba viajando a Barcelona para hacer un Máster en arquitectura sostenible que duraría dos años, por lo que decidimos emprender ese viaje juntas, como casi todo lo que habíamos iniciado antes.

Nos costó mucho adaptarnos, extrañaba mucho, también a Seba porque, a pesar de todo, él seguía siendo mi gran amigo y, aunque las cosas se nos habían salido de control, hacía ya un tiempo, extrañaba nuestras charlas trascendentales y la forma tan nuestra de ser y estar. Afortunadamente tuve mi cabeza ocupada buscando trabajo y, luego, trabajando sin parar. En las noches, cuando volvía a casa, apoyaba la cabeza en la almohada y me dormía con su rostro como última imagen.

Los fines de semana eran otra cosa, Andrea se encerraba a estudiar como posesa y yo… dormía. Literalmente. No fue hasta varios meses después que comencé a entablar una especie de relación con personas del trabajo e inicié una vida social, después se me hizo costumbre, extrañar era prerrogativa de la noche cuando me iba a la cama, sola; de los domingos y cuando pintaba el bajón. No sé cómo hizo Andrea, pero, a pesar de estar encerrada, estudiando, conoció a un chico y meses después decidieron mudarse juntos. “Los misterios del Señor” … Me alegré muchos por ella y deseé volver a casa con todas mis fuerzas, pero me contuve, tenía que intentarlo, lo necesitaba.

Mi primer retorno, por vacaciones, fue tremendo; mantuve allí mi departamento, no quería venderlo, sentía que, si las cosas salían mal en España, tendría un lugar seguro a donde volver. El aroma de aquel espacio me golpeó, pensaba que no me afectaría tanto, sin embargo, recuerdo que lloré durante horas acostada en el suelo. No es que me arrepintiera, no, no lo hacía; pero migrar, incluso cuando es por *motu propio*, nunca es fácil y los recuerdos, si bien se llevan encima, también quedan allí, ocupando ese espacio, creando un universo completo, aguardando agazapados a que se abra la puerta y se lancen sobre uno. Y es ahí cuando se hacen tangibles, o casi.

En ese primer regreso viajamos a la costa junto a mi grupo de amigos, en el que, obviamente, se encuentra Sebastián, fueron quince

días intensos.

Nuestra historia comenzó, digamos, en la adolescencia. Éramos "hermanos de la vida" hasta que cruzamos y fuimos más allá y, a partir de ese momento, el "bro" o el "sis" se borraron de nuestros diccionarios. De ahí en más fuimos "amigos con beneficios". Si tuviera que contar cómo sucedió, no sabría cómo hacerlo, tampoco es que lo hayamos analizado ni planificado, simplemente ocurrió de una forma muy natural y mágica. Andrea se ríe de nosotros, dice que somos el uno para el otro y que, más tarde o más temprano, vamos a aceptar nuestro destino. Yo no estoy tan segura, de nada, porque lo cierto es que ninguno de los dos cree en el destino y ninguno de los dos sabe lo que quiere… de hecho, tengo la teoría de que nos empeñamos en no querer saberlo.

Nuestros amigos saben la relación que tenemos, no podría decir que están felices con ello, el secreto a voces no les gusta, menos desde que Seba comenzó a salir con la prima de uno de ellos y, por esa razón, él decidió que, lo que sea que tenemos, no trascendiera, eso incluye, tristemente, comentar que hablamos. A ella la vi un par de veces, afortunadamente, pero esas pocas veces que hemos coincidido han sido por demás incómodas. Lo entiendo, sí… nos conocemos demasiado y tenemos una intimidad que puede molestar; a Javi, mi ex, le pasó; no lo soportó y acabamos terminando la relación por las sucesivas peleas que se generaban a partir de los celos, la mayor parte del tiempo, infundados y es que sí, eran infundados porque durante el tiempo que estuve con él, no me acosté con Sebastián.

Justo antes de que falleciera mamá, tuvimos una conversación de esas existenciales, fuimos muy honestos con nosotros mismos, no sé si tanto con el otro respecto a los sentimientos, pero bueno, lo cierto es que, a partir de eso, encontré la respuesta a la pregunta incesante de "¿qué somos?". Y eso fue decisivo para irme a España con Andrea.

"¿Qué somos?" Somos fantasía y ambos sabemos que la realidad nunca la supera, que siempre, siempre decepciona, por eso nunca seremos más que eso. Fantasía que a veces se hace carne, pero no realidad. Nunca realidad.

5

—Te morías de ganas de unas medialunas con café, boluda.

—¿Tanto se nota?

—Demasiado —dijo riendo a carcajadas, lo que desató mi risa incontenible.

Pidió la cuenta, pagó y salimos. Hacía calor y, al salir a la calle, nos abrazó una brisa caliente, el sol daba de lleno sobre nosotros que, apenas rozando las manos, caminamos hacia el lugar donde había dejado el coche.

—Te llevo.

—A tu depto. —Miré el reloj, eran las once y cuarenta y siete de la mañana—. ¿Estás apurada? ¿Laburás hoy? —preguntó irónico, reclinando un poco el asiento, acomodándose los lentes de sol y colocado el pie sobre la guantera del coche.

—No, mañana tengo que ir a supervisar el escaparate…

—ES CA PA RA TE —silabeó revoleando los ojos—. Arrancá el auto y vamos o te tapo la boca de un beso acá mismo, ¡que ganas no me faltan!

—¡Qué pendejo que sos! ¿No pensás madurar nunca? —dije resoplando.

Puse el auto en marcha y tomé el camino que me llevaría a mi departamento en Recoleta. Esperaba que todo estuviera en condiciones, hacía seis meses que no lo pisaba, había encargado al administrador que lo pintara por lo que esperaba que hubieran terminado, no quería llegar y verme invadida por tarros de pintura y, peor, pintores.

—¿En serio trajiste un consolador?

Lo miré de soslayo, me hacía mucha gracia su pregunta. ¿Es que acaso era tan raro?

—Cuando desempaque te lo presento, así salís de dudas. Tal vez quieras jugar con él.

—Después me decís a mí cuando voy a madurar. ¿Por qué no te conseguís un chongo que te coja, en lugar de usar un consolador?

—Ah, ¡pero vos definitivamente tuviste un retroceso! Tengo todos los chongos que quiero tener, pero Bunny es tranquilo, sanito, rendidor, limpito, no se queja, no reclama y solo acaba cuando yo acabo. Es perfecto.

—Ajá —dijo secamente—. No es un muñeco inflable, boluda, me parece que a vos te está haciendo falta esta —añadió agarrándose “el paquete”.

—Definitivamente no vas a madurar más.

—Te extrañé, en serio. Todavía no te perdono por no querer verme la vez pasada.

—Vine por pocos días, Seba, no es que no quisiera, vine puntual por laburo y me fui, no vi a nadie.

—Pero podríamos haber cenado o, qué sé yo, al menos desayunado.

—Lo sé, pero también te dije que estaba terminando una relación y que no me sentía de ánimo.

—Con más razón, ¿acaso no somos amigos? Me dolió y te lo dije, sabés que no me guardo nada.

Esa pregunta, "¿acaso no somos amigos?", me taladró y se convirtió en "¿qué somos?" Somos FANTASÍA, pero no iba a entrar en ese detalle; no era el momento ni el lugar.

—El problema, Seba, es que vos y yo nos vamos de mambo cuando estamos solos y, la verdad, ya estaba lo suficientemente confundida como para verte o coger con vos.

—Entonces soy una confusión en tu vida…

—No, ¡tarado!

—Doblá por la siguiente porque pusieron contramano la tuya.

—Quién lo hubiera dicho… no maduraste, no manejás, pero mejoraste como copiloto.

Me miró por sobre las gafas y frunció la boca.

Esos labios me perdían.

Finalmente, en mi departamento, puse la llave en la cerradura y apoyé la frente en la puerta, necesitaba tomarme un momento antes de traspasar por aquel portal hacia el pasado.

—¿Estás bien? —preguntó él apoyando su mano en mi hombro, dando un pequeño apretón.

—Dame un segundo —respondí asintiendo con la cabeza.

Un momento después abrí la puerta y entré. Me alegró ver todo ordenado y, mejor aún, pintado tal y como lo había imaginado.

—¡Wow! Ese mmm…

—Borgoña.

—Borgoña… eso, queda muy bien. Está muy cambiado todo —sentenció mirando confundido.

—Sí, la última vez que vine —dije, mientras miraba que todo estuviera perfecto.

Descorrí las cortinas para que entrara el sol y abrí la ventana de la terraza para ventilar; volví a sentirme en casa.

—Pensé que habías venido solo por trabajo —comentó dudoso, mientras se quitaba las gafas y dejaba de costado al recibidor mi valija.

—Es cierto… pero además aproveché a cambiar los muebles y a

hacer algunas pequeñas reformas, no quería que sucediera lo del dicho "en casa de herrero, cuchillo de palo".

—Ajá… —balbuceó y me miró poco convencido.

Me apoyé en la baranda de la terraza, alcé mi vista al cielo, sonreí con los ojos cerrados mientras el sol me recargaba de esa energía tan necesaria. Cuando los abrí, Seba estaba delante de mí, mirándome. Colocó sus dos manos sobre la baranda y eso hizo que su cuerpo se aproximara más al mío.

—Mmm… —murmuró al tiempo que recorría mi cuello con su nariz—, Nina…

—No quiero cortarte la inspiración, pero necesito darme una ducha y después soy toda tuya.

Levantó uno de sus brazos para que pudiera pasar y lo hice raudamente. Giré para verlo, pero él continuaba apoyado en la baranda. Saqué mi *necessaire* con los artículos de tocador, ropa interior y una musculosa de mi valija, y entré al baño.

La ducha era un placer, enjuagaba mi pelo cuando lo escuché entrar. Mis pezones se irguieron, como si supieran qué vendría a continuación.

Seba abrió la cortina de la ducha, estaba desnudo. Su mirada y la mía se encontraron pronto, lo extrañaba, pero, además, necesitaba saber si, después de dos largos años, seguíamos siendo tan compatibles como siempre.

Extendí mi mano invitándolo a entrar, no dijimos nada, podía escucharse nuestra respiración amortiguada por el ruido del agua, nos miramos y un segundo después nuestras bocas eran una.

—Extraño que estemos así —dijo antes de morder el lóbulo de mi oreja para continuar besando mi cuello.

—Ajá… —balbuceé casi como un jadeo.

Mi cuerpo respondía a sus caricias y el suyo a las mías, me convencí de que nada había alterado nuestra afinidad, estaba ahí, intacta, o incluso más, no sé si por extrañarlo tanto o por sentirlo a él tan necesitado de mí. El sexo con Seba siempre es divertido, caliente y creativo, muy creativo. Pero, más allá de eso, siempre hay una conexión muy profunda, muy de almas que se reencuentran.

Salimos de la ducha chorreando agua directo al dormitorio, me tiré en la cama y el frío del aire acondicionado puso duros, nuevamente, a mis pezones; me abrí más para él; Seba me miró con sus ojos vidriosos, quería volver a sentirlo, lo necesitaba, sus besos se hicieron más profundos y desesperados.

—Adoro la forma en que tu pelo mojado se pega a tu cuerpo —dijo lamiendo mi pezón mientras hurgaba en la humedad de mi entrepierna.

—Y yo adoro la forma tan primitiva en que cogemos.

Sebastián retiró los dedos de mi interior y a continuación me penetró con ímpetu. Giré y me monté a horcajadas sobre él. Sus manos repasaron mi contorno mientras me balanceaba a un ritmo delicioso.

Éramos puras sensaciones, necesidad acumulada de sentirlo, de sentirme, de sentirnos. Porque juntos somos sincronicidad, complicidad, intensidad, pero también somos destrucción.

Agotada por el exquisito placer, y a pesar de que había dormido a mis anchas en primera clase, el *jet lag* comenzó a hacer efecto en mí y pronto me dormí sobre su pecho.

6

Me despertó el móvil, ya había anochecido, prendí la luz de mi mesa de noche y me descubrí sola en aquella cama revuelta. Me senté en el borde y revisé el teléfono.

El mensaje era de Sebastián:

**Cuando me fui estabas muy dormida y no quise despertarte, espero que hayas descansado, qué lindo fue verte y sentir que el tiempo para nosotros no pasa, te extrañaba mucho.

Y a continuación entró otro:

**Me exprimiste, coger con vos es un viaje sin retorno, me encantás, estoy muy manija, si mañana estás libre podemos vernos?

«Doctor Jekyll y míster Hyde», pensé.

Me tiré en la cama con el celular en la mano, al borde de quebrarlo, quería no pensar, pero era un imposible, todo mi cuerpo decía SÍ, pero mi mente racional decía que no, que no era buena idea repetir.

En algo tenía razón, el tiempo para nosotros no pasa, seguimos siendo los mismos inmaduros, tóxicos y adictos. Esta vez, no sé por qué motivo, me inundó una sensación de vacío que nunca antes había sentido, pero, a su vez, de necesidad de volver a verlo y comprobar que esto que hay no es solo buen sexo, sino un sentimiento mayor que ninguno de los dos ha querido o podido verbalizar, al menos no hacia el otro.

Puede que esté equivocada y, si es así, asumiré el error, pero necesito resolver esta equis gigante que hay en mi vida para poder rehacerme. Bien dicen que cuando uno se va, las cosas te persiguen y que huir no es una opción, a pesar de saberlo, lo hice. Hoy me explotó en la cara.

Me levanté, me di otra ducha y revolví en mi maleta para encontrar algo cómodo para salir a hacer una compra básica. Aprovecharía a tomar algo de aire que bien me vendría, dadas las circunstancias.

Al regreso me crucé con la vecina del departamento frente al mío, una señora mayor, que me conoció de niña y era amiga de Lola, mi madre-abuela.

—¡Nina! ¡No sabía que habías vuelto!

—Carmen, ¡qué bien se la ve! No, vine por trabajo unos días.

—¡Ay, *'mija*! Lo que se extraña a Lola, mis tardes ya no son las mismas…

—La entiendo… —dije y suspiré—. Todavía me cuesta entrar acá

—comenté pesarosa señalando la puerta de mi departamento.

—Mañana voy a hacer buñuelitos de limón, se los hacía a Lola cuando nos juntábamos a tomar mate y jugar canasta por las tardes. Los hago un poco para sentirme acompañada y otro poco porque soy muy golosa.

Me reí, esa mujer era todo un personaje.

—Si estás, te cruzo un platito para que tengas para el café, sé que no sos del mate. ¿Comiste algo hoy?, te vas a quedar piel y huesos, chiquilina —preguntó mirando mis escasas compras.

—No, pero desayuné cuando volvía del aeropuerto y después dormí; ahora voy a prepararme algo.

—Ay, niña… tu abuela te estaría rezongando.

—Para eso ahora la tengo a usted —dije abriendo la puerta de mi piso.

—Que descanses, Nina.

—Igual usted, Carmen.

Una pequeña charla de pasillo y todo se siente muy natural y normal… El tiempo parece que no pasa, pero sí pasa. La casa está vacía, mi abuela no me espera, no hay aroma a hogar, no están sus caricias, sus mimos, su voz no ilumina ya este plano, ya no.

Con pocas ganas puse el agua y demás cosas en la heladera, y otras en la despensa; me apoyé en la encimera, saqué el teléfono del bolsillo y me quedé mirando el mensaje. Sacudí la cabeza, me deshice de la idea y procedí a ponerme a cocinar.

7

Luego de un despertar confuso,una taza de café, una tostada de volada y salí rauda caminando hacia la nueva tienda por departamentos de la que me encargaron su diseño, la inauguración sería el viernes próximo y todavía faltaban muchas cosas.

Estaba dando unas directivas en el área de artículos de decoración cuando una voz detrás de mí me sorprendió: ni más ni menos que el hijo del dueño de la cadena de tiendas, en persona, por este lado del mundo.

—¡Señor Puigdemont! ¡Qué alegría tenerlo por aquí! —dije acomodando mi pelo y estirando mi brazo para saludarlo—. Disculpe, estoy un poco sucia, ya me conoce, me gusta meterme de lleno.

—Estimada Irina, qué placer tan grande verla. —Tomó mi mano y la besó.

—No sabía que vendría, lo hubiera recibido con mejores fachas, ¡qué papelón! —me disculpé nerviosa—. ¿Qué opina?

—No se preocupe —sonrió nervioso, carraspeó y continuó—: excelente, como siempre.

—Me alegro mucho, la propiedad es un lujo, tiene mucha iluminación natural, lo cual ayuda a que todo se vea como queremos. La fachada vidriada y el estilo art decó son algo increíble.

Manuel sonreía, me perdí en los detalles y me dio vergüenza continuar con mi monólogo cuando me percaté del mismo, y es que cuando un proyecto me apasiona, me pongo intensa.

—Siga, es un placer escuchar la pasión con la que habla, para mí son paredes y cristal, pero cuando usted habla, se siente diferente, hay una historia.

—Todo tiene historia, y si no la tiene, hay que crearla.

—Buena respuesta. Mmm… —dudó—. ¿Tiene algo pensado para cenar? Me gustaría charlar con usted, en realidad por eso he venido.

—Ehhh… no me ponga nerviosa, ¿me van a despedir?

—No, ¡qué va! Al contrario, pero ahora tengo que entrar en una reunión y no saldré hasta las ocho. Si no puede hoy, también puede ser mañana o pasado, no quiero complicarle sus planes, de todas formas me voy a quedar hasta después de la inauguración, así que cuando usted pueda estará bien.

—¿Está bien para usted a las nueve?

—Sí, sé que aquí son igual que allí con los horarios así que por mí está perfecto. La recojo por su hotel, ahora pido que hagan la reserva en algún bistró en Puerto Madero.

—No estoy en hotel, yo tengo mi piso aquí cerca. Puedo ir en Uber, envíeme la ubicación, no hay problema, puede ser difícil aparcar por ahí.

—Perfecto, en cuanto tenga los datos se los envío, déjeme su número y le mando por WhatsApp.

Intercambiamos números y salió.

Volví a mi tarea, pero con una extraña sensación en la panza. El "Al contrario" quedó rondando mi cabeza durante toda la tarde.

Después de unas horas, volví a mi departamento, no había mirado el teléfono, a propósito, no quería distraerme con Sebastián, así que mientras caminaba, revisé los mensajes.

Andrea, Lidia, Seba, Seba, Seba, el administrador del piso, Seba, Manuel, Sabrina, Paloma.

Vamos de a uno:

**Hola, Andre! Todo bien!, Sí, vi a Seba ayer, me fue a buscar al aeropuerto..... No cambiamos más. Vos cómo estás?

**Hola, Lidia! Cómo va todo por ahí? Acá va muy bien, todo va a quedar pronto para la inauguración, ya le di las directivas al florista, se encargaron de hablar con la empresa de catering?

**Hola, Ernesto, estoy por Buenos Aires, voy a pasar por la oficina en esta semana así hacemos cuentas.

**A las 21 en "El mercado". Perfecto.

**Sabri, reina, cómo va? Fran? Gaby? Sí, ya estoy en BsAs, me avisaron que ya llegaron las piezas para la tienda, sos una diosa total, mañana voy, así que te cuento y te saco fotos. No creo que me dé el tiempo de cruzar el charco, pero tengo ganas de verte.

**Hola, Alo! Estoy en BsAs por 15 días para la inauguración de Diamant. Dale a Iñaki un beso de mi parte y para vos mucha merde.

Miré la hora, me daba el tiempo para comer algo, darme una buena ducha, descansar un rato, enviar los correos que tenía pendientes y arreglarme para salir.

Dudé si leer, y responder, los mensajes de Sebastián, prefería esperar a llegar al departamento, sabía que su insistencia era porque no le respondí ayer sobre vernos hoy, ¡bah!, porque no le respondí, punto.

Entré al *lobby* y Carmen estaba esperando el ascensor con su perrita, creo que Cloti es tan vieja como ella, un cusquito destartalado, pero fiel como ella sola.

—Carmen… ¿cómo está?

—Nina… ¡qué calor!

—Sí, ¡está tremendo el verano! Esta Cloti, siempre tan cariñosa —

dije agachada acariciándola, mientras se retorcía moviendo su cola.

—Está tan mayorcita, cieguita de un ojo y no escucha o ya no me quiere escuchar.

—No diga eso, este bichito la adora.

—Nena, hice los buñuelitos —dijo subiendo al ascensor—, ahora te los alcanzo.

—¡Qué amor! Gracias, Carmen.

—Nada... un placer compartirlos. ¿Viste la supertienda que están para abrir sobre Las Heras? —preguntó saliendo del ascensor—. Puro lujo…

—Sí, de hecho, vengo de ahí.

—¿Pero ya la inauguraron?

—No, el viernes, es que para eso estuve viniendo estos últimos meses, yo soy la diseñadora del local.

—Ay, nena, si Lola estuviera acá lo orgullosa que estaría de saber lo bien que te va.

—Espero que, esté donde esté, se sienta orgullosa.

—Lo está —dijo golpeando suavemente mi mano—, lo está... Ahora te llevo los buñuelitos.

Le regalé una sonrisa y cada una entró a su departamento.

8

Puse en marcha la cafetera, abrí las ventanas para que corriera un poco de aire y me senté en la terraza dispuesta a responderle a Sebastián cuando suena el intercomunicador.

—¿Quién es?

—Yo.

Sebastián.

—Subí. —Apreté el botón de apertura y abrí la puerta para que entrara mientras servía el café.

—Nena, permiso, te traje los buñuelitos.

—Gracias, Carmen, ¡qué rico!

—¡Qué lindo te quedó! Había visto pintores hacía unos meses, pero sabés que yo no me meto…

—Quedó bien, sí.

—Permiso…

—¡Pasá!

—Te dejo que veo que tenés visitas.

—Gracias, Carmen, usted siempre tan amorosa.

—No es nada, Nina, es muy lindo tenerte por acá de nuevo.

Cuando Carmen se fue, Sebastián cerró la puerta. Sabía que, por mi falta de respuesta, la cosa estaría extraña.

—Hola —se acercó y me dio un beso en la punta de la nariz—. No sabía a qué hora volvías y como no respondías los mensajes me tiré un toque hasta acá.

—Estuve a mil. ¿Café?

—Sí, dale.

Le di su taza, tomé la mía y el *tupper* con buñuelos y me dirigí a la terraza.

Me senté y suspiré.

—¿Estás bien?

—Sí, cansada, sucia y con calor.

—Y enojada…

—No, no estoy enojada, Seba.

—¿Qué estás, entonces?

Bebí un sorbo de café, para darme tiempo a pensar antes de responder.

—¿Hecha un lío?

—Tu estado natural.

—Ponele, pero vos no colaborás con ese estado de confusión.

—¿Vamos a tener esta charla existencial ahora?

—¿Sino cuándo? —repliqué, sacudí mi cabeza y continué—: Es la

primera vez que me siento mal.

—¿Mal por qué? ¿Hice algo que no te haya gustado?

—No, no tiene que ver con lo que vos pudieras haber hecho, pasa por mí. ¿Vos no te das cuenta de que más allá de que nos volamos y la pasamos genial, somos tóxicos? Destructivos.

—Yo no lo veo así. Vos me hacés sentir bien, con vos yo soy Seba, congeniamos, la pasamos genial, no hay reproches, no hay compromisos, y yo creía que te hacía sentir bien a vos. Estamos juntos y el mundo desaparece —hizo silencio y me miró—. Ayer no me quería ir, Nina, pero desaparecí horas y ni siquiera respondí los mensajes, sabía que se me venía la tercera guerra encima, pero me chupó tres huevos, porque pasé con vos y no lo hubiera cambiado por nada.

—¿Valió la pena?

—¿Que si valió la pena? ¿En serio me lo preguntás?

—Digo… ¿valió la pena la guerra que tuviste que afrontar?

—Siempre la vale, por vos siempre.

—No te entiendo…

—¿Qué no entendés? Para mí es sencillo.

—No entiendo por qué estás con alguien que no te llena o no te hace sentir que podés ser como sos, con lo fundamental que eso siempre fue para vos.

—Es horrible lo que voy a decir, pero contigo me importa una mierda sonar horrible. —Respiró y lo soltó—: Porque es seguro y desde que te fuiste no tengo nada seguro en mi vida.

—Empezaste a salir con ella estando yo acá.

—Sí, pero ya habías hablado de irte cuando Lola se enfermó y sabías que era algo sin retorno. Y no te culpo, vos tenías que rehacer tu vida, necesitabas estar lejos, acá había mucho dolor, y sí, yo te odié cuando te fuiste, porque soy un egoísta de mierda y cuando pude verlo, bueno, ya sabés…

—Vos te merecés tener algo real, Seba, estar con alguien que no solo te haga sentir vos, sino que sea tu lugar seguro. Y yo también lo merezco y lo necesito. —Suspiré, casi sorprendida por mis palabras, verbalizar esa necesidad me había costado, pero esa era mi verdad—. Cuando te dije que me sentí mal fue justamente por esto, porque seguimos en plan adolescente, viéndonos a escondidas, haciendo como que no somos nada, como que no hablamos, como que no nos queremos ni nos extrañamos, como que no sabemos nada el uno del otro y cogiendo como si se nos fuera la vida en ello, y luego despierto sola.

—Vos lo dijiste, “haciendo como” y ambos sabemos que sí nos pasan cosas, que sí hablamos, que sí nos extrañamos, que sí sabemos vida y obra el uno del otro y que sí nos queremos, pero vos te vas y yo

me quedo, así que si seguimos "haciendo como" es porque es más fácil lidiar con la ausencia.

—Ok… pero a mí ya no me sirve. Perdoname. Prefiero dejar de "hacer como" y ya no saber, ni sentir, ni nada, porque así, yo estoy allá y se me rompe el corazón sabiéndote con Carla, y no es justo para mí ni para la persona con la que esté. Porque siempre termino comparando y aun queriéndolo mucho, nunca sos vos.

—Fueron tu lugar seguro.

—Sí.

—Entonces ¿por qué me lo reprochás a mí?

—No te lo reprocho, solo te estoy contando cómo me siento. Esta conversación debió darse la última vez, yo siento que siempre somos muy abiertos en muchas cosas, pero que en materia de verbalizar qué pasa acá —dije señalándonos—, nos cerramos. Y quizá sea porque a los dos nos cuesta cortar esto, pero capaz que ya viene siendo tiempo de madurar.

—Dejame de joder, Nina, madurar no es cortar.

—No, tenés razón, no podemos cortar algo que nunca empezó.

Me miró y pude ver que mis palabras lo lastimaron.

—Nunca empezó porque vos nunca estuviste dispuesta —espetó en medio de un bufido—, te servía más un rollo adolescente de estar cuando pintara, sin compromisos, libres, sin etiquetas. Porque no sé, pensaste que estar juntos sería establecerse, quedarse, estancarse… y vos querías viajar por el mundo, ser un alma libre y estaba genial, yo lo acepté, yo me quedé, me estanqué acá y vos estás viviendo tu sueño, tu carrera es un éxito, tenés el laburo de tus sueños, tenés pasión y me hace feliz por vos.

—Eso fue cuando teníamos diecinueve, Sebastián. Crecimos, vivimos, perdimos, ganamos, pero nosotros no nos movimos de ahí, hoy tenemos treinta y tres años, hay cosas que cambian o necesitan cambiar.

—No me saques de tu vida, Nina, no puedo perder el poco sentido que le encuentro a esta existencia tan estéril.

—No quiero sacarte de mi vida, Seba. No podría. Me refiero a que esto tiene que cambiar, yo te quiero y te voy a querer siempre, pero no quiero volver a sentirme como ayer cuando me desperté sola y con una sensación de vacío insoportable. No con vos, no puedo sentirme así con vos. Prefiero reconfigurar esto, sacar "los beneficios" y quedarme con mi amigo. —Miré el reloj y me sorprendió la hora—: ¡Mierda! ¡Son las ocho y media!

—¿Y?

—Tengo una cena a las nueve en Puerto Madero, me voy a bañar.

—Estamos hablando, Irina.

—Perdón, pero no puedo faltar a esta cena, ¿podemos seguir

hablando mañana?

—Ok —dijo resoplando—. Te espero y te dejo de pasada con el taxi.

—No te preocupes, me pido un Uber, no quiero manejar.

—Dale, andá y te espero. ¿Con quién cenás?

—Mi jefe, vino de Barcelona para la inauguración —grité desde el dormitorio, mientras sacaba de la maleta una solera y unos zapatos.

Me duché en un instante, me maquillé con lo básico, sin mucho detalle, porque no tenía el tiempo y no quería llegar tarde. Cepillé mi pelo y lo recogí con una cola de caballo tirante, agarré mi cartera, un poco de perfume y estaba lista.

Abro la puerta y encuentro a Manuel bajando de un coche.

—¡Señor Puigdemont!

—Irina… me dieron la dirección y pensé pasar a por usted para ahorrarle el Uber, le mandé un mensaje avisándole. Un placer, Manuel Puigdemont —dijo estirándole la mano a Sebastián.

—Sebastián Giménez.

—¿Nos vamos?

—Sí, claro. —Miré a Sebastián que se notaba afectado por la presencia de Manuel—: ¿Hablamos mañana?

—Sí, te escribo y coordinamos —dijo mirándome y dándome un beso en la comisura de los labios e inmediatamente se dirigió a Manuel—: Un gusto. Buenas noches.

Manuel me sostuvo la puerta y la cerró una vez estuve dentro, dio la vuelta y se subió por el otro lado. El coche olía delicioso, en realidad era su perfume.

9

Hablamos un poco en el camino, de cosas triviales, para romper un poco el hielo. El tránsito de Buenos Aires siempre es una locura, incluso un lunes.

—Es una ciudad bonita, con mucho ambiente.

—Lo es, otra ciudad que no duerme.

—Tiene un aire de París.

—Es cierto, de hecho, le dicen "la pequeña París de América del Sur".

—Con razón —carraspeó y preguntó—: ¿Sebastián es su pareja?

—Es complicado…

—¡Apa!

—Sí, los humanos somos complicados, y creo que cuando te criaste es un hogar disfuncional, sin la persona que te dio la vida y sin una figura paterna, esas cosas te afectan, o al menos a mí me afectaron.

—Entiendo.

Llegamos al restaurante y Manuel, tan caballeroso como siempre, se apresuró para abrir la puerta de mi lado, pero mi independencia y yo nos adelantamos, y abrí antes de que pudiera hacerlo él.

—Reserva a nombre de Manuel Puigdemont, por favor.

—Dos personas, ¿verdad?

—En efecto.

—Por aquí, por favor.

La anfitriona nos acompañó hasta la mesa asignada y nos dejó las cartas de bebidas.

—¿Qué quieres beber?

—Vino tinto está bien.

—Me dejas escogerlo.

—¡Claro!

Una vez que pidió las bebidas continuamos la conversación que teníamos en el coche.

—¿Puedo preguntar por qué te marchaste de aquí? Es decir, nos ha encantado tenerte en Barcelona todo este tiempo, aunque yo me incorporé formalmente al grupo el año pasado, mi padre siempre habla genial de tu trabajo, así que sé de buena fuente que has sido un gran apoyo en la realización de los diferentes proyectos.

—Me encanta lo que hago, esa es la razón, y siempre estaré agradecida por la confianza que me brindó su padre al contratarme… ¿Por qué me fui?

—¿Complicado? —dijo y reí.

—No tanto, mi abuela, la persona más importante en mi vida, la que considero y llamé siempre "mamá" se enfermó, un cáncer terrible que en poco tiempo se la llevó y necesité huir de acá, demasiado dolor y recuerdos. Uno nunca está preparado para perder a sus seres queridos, menos por una enfermedad cruel, aunque en teoría es la ley natural de la vida…

—Lo es, pero es verdad, sabes que mi madre murió también hace algunos años y todavía sufrimos mucho su pérdida, así que te comprendo.

Se hizo un silencio, pero no incómodo, creo que cada uno en su interior estaba rindiendo honor a sus muertos.

Las bebidas llegaron a la mesa y, junto con ellas, las sugerencias del chef. Después de definir, pedimos los entrantes y los platos principales, él pidió un postre y yo café.

—Te preguntarás qué es eso tan importante que quería hablar contigo.

—A decir verdad, me dejó más tranquila cuando me dijo que no me iban a despedir. —Reímos.

—Trátame de *tú*, por favor, soy apenas un poco mayor que tú.

—Me cuesta, pero lo intentaré.

—Mi padre ha decidido jubilarse a fin de año.

—¿¡Ahora nomás!?

—Sí, ahora mismo —rio—. Lo cierto es que yo quedaré al frente del grupo en Barcelona, mis hermanos seguirán en sus puestos en Estados Unidos, Alemania y Londres, pero no tengo un cuarto hermano para que se ocupe de Buenos Aires.

Trajeron los entrantes y mi estómago se había cerrado, no creía poder pasar un bocado. Bebí un sorbo de vino y mordisqueé un espárrago.

—Creo que tienes todo para encargarte de Diamant Buenos Aires. —No sé con qué cara lo habré mirado, pues enseguida aclaró—: No estarías sola, tendrías a tu disposición el equipo que quisieras, puedes reorganizar personal de Barcelona, contratarlo tú misma, esos son detalles que arreglaríamos en su momento, podrías viajar como lo venías haciendo, con menos frecuencia, claro, por la responsabilidad que implica la tarea, pero estamos muy seguros de que eres la adecuada, has hecho un trabajo fantástico en todas las sucursales, Buenos Aires no es la excepción y, además, eres de aquí.

Limpié mi boca con la servilleta, bebí un gran sorbo de vino y lo miré. Tenía muchas cosas que evaluar, la posibilidad de quedarme no se me había pasado por la cabeza, pero podría estar lista para hacerlo, volver, asentarme y estar dispuesta a rehacer mi vida, nuevamente.

—¿No vas a decir nada? Oigo los engranajes de tu cabeza dar

vueltas y vueltas.

—Estaba intentando procesar todo lo que ha dicho. Has dicho —me corregí—. Es una propuesta por demás tentadora que, sinceramente, nunca se me hubiera ocurrido. Agradezco enormemente la confianza, es para mí muy importante y no es un cliché, pero no puedo decir que sí en este instante.

—No, no espero un sí ahora, lo que quiero es que lo consideres y para el día de la inauguración me gustaría tener una respuesta.

—Así será. Nuevamente agradezco que me tuvieran en cuenta, trabajar para el grupo ha supuesto para mí un crecimiento increíble. Es difícil trabajar en el extranjero, pero su familia, tu familia, me ha recibido con los brazos abiertos y me han permitido trabajar con libertad de acción, depositando en mí una confianza muy generosa.

—Tú te lo has merecido, Irina. El cambio que ha supuesto para el grupo tenerte en plantilla y que te ocupes de remodelar y montar las sucursales, es evidente, hemos crecido gracias a tu dedicación y trabajo, y nos sentimos agradecidos. Por eso, cuando mi padre mencionó la idea de jubilarse justo cuando estamos inaugurando esta tienda, no tuvimos que ponernos como locos a buscar a la persona de confianza que se pudiera ocupar, estabas ahí. Eras la opción lógica.

—Gracias, de verdad.

—Y ahora a disfrutar de estos manjares, ya tendremos tiempo de hablar de un plan de negocios, honorarios y demás ventajas, si es que aceptas la propuesta.

Terminamos de cenar en medio de una charla amena, distendida y deliciosa.

Cuando nos retiramos, el coche nos esperaba en la puerta, el aire del río se sintió en la piel y Manuel me colocó su chaqueta en los hombros.

—Gracias.

Manuel me dejó en la puerta de mi edificio, me deseó buenas noches, esperó, como todo un caballero, a que entrara y se fue.

En el ascensor me di cuenta de que tenía su chaqueta, al día siguiente se la alcanzaría a la tienda.

Entré al departamento, me quité los zapatos y me tiré en el sillón a revisar el móvil:

Manuel, Sebastián, Sebastián.

**Irina, si no has salido, paso a recogerte que estoy cerca.

**Esta charla tiene que seguir, mañana paso a desayunar, me debés los buñuelitos que te hizo Carmen que no los probé.

**A propósito, tu jefe me cayó para el orto.

No pude más que reírme de las ocurrencias y bipolaridad de Sebastián. No le respondí, ya era tarde y no sabía si Carla estaría con

él.

Ahora tenía una decisión que tomar, la almohada sería una consejera, mañana le escribiría a Paloma y a Andrea para que me ayudasen a pensar.

10

Amanecí temprano, poco había podido dormir, la propuesta irrumpió en mi sueño durante gran parte de la noche. Estaba inquieta, alterada, con sueño. Miré el reloj, las ocho y diez. Ni en sueños Sebastián vendría a esta hora, demasiado temprano.

Aproveché a acomodar la ropa de la maleta en el placard. Me puse unos *leggins*, zapatillas, un *top* deportivo y me recogí el pelo para salir a correr y tomar un poco de aire. El sol a esta hora está decente para hacer un poco de ejercicio sin morir asfixiada o terminar desmayada en plena calle.

Hice el recorrido que hacía habitualmente, las ciudades cambian, los comercios, la gente, me pregunté si podría volver a empezar aquí y, si lo hacía, si aceptaba la propuesta, si eso también incluiría una reconfiguración de la relación con Sebastián. ¿Sería difícil para mí estar aquí y plantear una amistad "sin beneficios"?, ¿seríamos lo suficientemente maduros para lograrlo?, ¿podríamos, realmente, vernos y no volarnos del mundo entre las sábanas? ¿Podríamos ponernos un límite?

Con todas estas preguntas y sin ninguna respuesta deshice el camino y llegué a la puerta de mi edificio en el momento en que Sebastián se bajaba de un taxi.

—¡Madrugaste!

—Por vos, valoralo —se acercó y me moví en el momento justo en que me iba a dar un beso.

—No me toques que soy un asco. Aguantá a que me duche.

—Sos una tarada, transpirada, recién bañada, como sea, siempre me encantás. Tomá.

Lo miré revoleando los ojos y abriéndole la puerta, traía una bandeja de facturas.

—Me vas a hacer engordar con estas facturas —sentencié presionando el botón que nos llevaría a mi piso.

—Lo desquitamos después —dijo y rio—: te jodo. ¿Cómo te fue ayer?

—Bien, ¡bah! Muy bien —comenté y salí del ascensor.

—¡Contá!

—Nada, cenamos rico, conversamos, todo bien.

—Muy misteriosa.

Entramos al departamento y lo primero que notó fue la chaqueta de Manuel que estaba apoyada en el respaldo de una de las sillas del comedor.

—¿Y cogieron? —preguntó tomando su chaqueta.

—¿Qué decís? Vos tenés le idea fija, nene. Para empezar, yo no tengo que darte explicaciones de con quién me acuesto y de con quién no. Pero voy a dejarte en claro que mi jefe es un caballero, y solo vos creés que todos los hombres me quieren coger. Me prestó la chaqueta porque cuando salimos del restaurant, me dio frío por el aire del río. Nada más. ¿Vas a querer café, té, vinagre, ácido? ¿Qué le ofrezco al señor?

—Café, dejá que yo lo hago, andá a bañarte que jedés mal.

—Estúpido.

Una vez bañada, volví a la sala, Seba estaba en el sillón respondiendo un mensaje.

—¿Todo bien?

—Sí, todo en orden. Ya está el café hecho. —Se levantó y fue a por él.

Sacudí mi cabello mojado y lo cepillé sin mucho cuidado. Dejé la toalla en el respaldo de una silla y abrí el paquete de facturas.

—No pude dormir casi —admitió apoyando ambas tazas de café sobre la mesa del *living*.

—Gracias. ¿Por qué no pudiste dormir?

—Por la charla de ayer. —Se puso de pie y caminó unos pasos hasta la terraza, recostándose en la baranda con su taza de café.

—Ajá. ¿Conclusiones?

—Ninguna, porque no terminamos de hablar.

—Vení, sentate.

—No, dejame acá, no quiero tenerte tan cerca.

—Como quieras… —mascullé—. En realidad, yo creo que dije todo lo que tenía para decir.

—No, vos tiraste a matar.

—Estás equivocado, así como vos te permitís ser vos conmigo, yo igual, no me guardo nada, te dije lo que sentía, lo que me pasa, lamento que no te guste.

—¿Cuál es tu plan?

—¿De qué?

—Digo… qué esperás que ocurra.

—No sé, aunque lo que sí sé es que no quiero volver a sentirme mal, vacía. Quiero ser feliz y de esta forma no lo estoy siendo.

—Ayer dijiste que en nuestras conversaciones filosóficas, existenciales y trascendentales siempre éramos muy abiertos, pero que cuando tenemos que hablar de sentimientos mutuos, nos cerramos y es verdad. Yo tengo claro por qué, no sé vos. Y ya te lo dije, vos venís, pasamos genial, pero te vas. Y lo cierto es que vos y yo no podemos pensar en tener algo serio, algo real, a doce horas de distancia. Yo no me lo banco y vos tampoco te lo bancás. Pero no puedo ni quiero

perder lo que tenemos, lo que sea que sea.

—Migajas…

—Me sirven si puedo verte, si puedo estar con vos cuando venís.

—A mí no, ya no. Yo te quiero, Seba, me pasan cosas fuertes con vos, desde siempre. No sé si es que maduré de golpe, la distancia, verte y estar con vos después de dos años o qué, pero cuando me vaya la semana que viene, esto tiene que estar claro.

—¿Y vos pensás que a mí no?

—No lo sé, nunca lo expresaste en palabras.

—No necesito decirte lo que me pasa con vos desde siempre, te lo demuestro cada vez que estamos juntos —dijo entrando y apoyando le taza en la mesa, para luego sentarse a mi lado—. Si no me fui con vos es porque mi vieja me necesita, no la puedo dejar en banda, Nina. Mil veces lo pensé, me consigo un laburo allá y me voy, pero no puedo, no ahora. Entonces yo no veo una solución.

—Y mientras tenés a Carla que te calienta la cama.

—No, terminé con Carla anoche. Lo que dijiste y lo que yo te dije sobre que era algo seguro me hizo darme cuenta de que no es justo para ella y sé que soy un egoísta de mierda, pero estoy tratando.

—Yo no te pedí que terminaras con ella.

—Lo sé, lo hice por mí y por ella, no por vos. Aunque obviamente el motivo sos vos, en fin, me entendiste.

—Algo…

—Como sea que esto vaya a seguir, no quería seguir lastimándola, no se lo merece.

Me quedé pensando en todo lo que había dicho. Mi silencio debió preocuparlo, porque levantó mi mentón con su mano buscando mi mirada.

Mis lágrimas pugnaban por salir, pero debía sobreponerme. ¿Qué es lo que quería realmente? Tenía la propuesta de Manuel, todavía no se lo había comentado a Sebastián, pero ¿estaría dispuesta a establecerme aquí, nuevamente, intentar algo con él corriendo el riesgo de que no funcione y perdernos. ¿La distancia nos había ayudado a que esta “relación” sobreviviera? Sería momento de dar el paso, de actuar y de jugármela.

—Ayer en la cena…

—¿Me vas a hablar de la cenar ahora, Nina? Me estoy desnudando ante vos, contándote la verdad de lo que me pasa y ¿me vas a hablar de tu jefe?

—Me dejás hablar, por favor.

—Dale —dijo sentándose derecho, mirando el cuadro de la pared que teníamos en frente.

—Ayer en la cena, Manuel me hizo una propuesta.

—Me imagino, sí.

—Te podés callar, boludo —dejé la taza sobre la mesa, me senté a horcajadas sobre él para que me mirara.

—Así no podemos, Nina —dijo con voz rasposa, deslizando sus manos por debajo de la musculosa que llevaba puesta para luego bajar y apretar mis glúteos.

—Me propuso quedarme acá y hacerme cargo de esta tienda —dije desprendiendo los botones superiores de su camisa, para finalizar con un beso suave sobre sus labios. Estaba perplejo, perplejo y excitado—. Todavía no le respondí, quiere la respuesta para el viernes —precisé besando sus ojos que estaban cerrados—. Mirame —le pedí, quería ver sus ojos, quería descubrir en la profundidad de su mirada que, si hacíamos esto, todo iba a estar bien.

—Te vas a quedar, ¿en serio? —preguntó sacándome la musculosa y hundiendo su rostro entre mis pechos, besándolos con turbación—. No me ilusiones si no vas a aceptar —susurró apoyando la frente en mi abdomen para recomponerse.

—Hasta hace un rato, no, no iba a aceptar, porque no puedo estar acá, cerca tuyo y sentirte lejos. —Tomó mi rostro con sus dos manos y me besó, un beso dulce, pero profundo.

—Quedate. Por favor, quedate y hagamos que esto funcione, démonos la oportunidad. Elijámonos, elijamos ser felices juntos, lo merecemos, nuestra historia lo merece. —Lo besé.

—Andrea tenía razón después de todo.

—¿Sobre aceptar nuestro destino?

—Sí…

—Te amo, Nina —musitó, recostándome sobre el sillón para amarnos, esta vez con la certeza de que a partir de ese momento comenzábamos nuestra nueva historia.

Tomar decisiones es como navegar por un mar tormentoso. A veces, el viento sopla a nuestro favor y nos lleva a buen puerto. Otras veces, las olas nos arrastran hacia el abismo y nos hacen naufragar. Perder y ganar son las dos caras de la misma moneda. No podemos controlar el destino, pero podemos elegir cómo enfrentarlo. Elegir ser feliz es como encender una vela en la oscuridad. No disipa la tormenta, pero nos da esperanza y luz.

Ella

1

La vi bailar en la pista de “Circus”, el boliche donde hoy, junto a mis colegas y amigos, celebrábamos un nuevo contrato de obra y donde Tatiana era *bartender*.

No podía quitar la vista de esa mujer; su baile, naturalmente sensual, me tenía hipnotizado. No había parado en toda la noche, parecía que nunca se cansaba, pero tampoco quería que lo hiciera. Era un gozo para la vista mirarla.

Se la notaba abstraída, en una burbuja, no sonreía, simplemente bailaba, cantaba los temas que sabía y mantenía los ojos cerrados.

Era hermosa, pero no era la típica belleza, su cuerpo era deliciosamente armonioso y cada curva era una invitación al pecado.

Más de uno se acercó, incluso uno la tomó por detrás y ella le dio una buena bofetada, retirándose con insultos; aun así, ella no perdía el ritmo, continuaba.

Mis amigos estaban por ahí, cada uno en la suya, yo iba a dedicarme a lo mismo, hasta que la descubrí y no pude hacer otra cosa que quedarme apoyado en una columna con mi trago, mirándola. Bueno, mirándola es un decir, devorándola con la vista se acerca más a la realidad.

—Si no cerrás la boca, en cualquier momento se te cae la baba, boludo… —me dijo Agustín, uno de mis amigos, cuando volvía a la barra a por unos tragos para Paloma y para él.

—¡Andáaa!

—¿A quién mirás así? —dijo oteando para todos lados sin darse cuenta.

Es que claro, mi amigo me conoce bien, no soy un depredador, soy más bien selectivo y la realidad era que, en ese boliche, las chicas no eran de mi gusto.

Seguí mirándola por sobre el borde de mi vaso, mientras sorbía y sentía bajar por mi garganta el fuego del *whisky*.

Fuego.

Fuego era esa chica, bueno, más bien mujer. Agustín siguió mi mirada y la vio.

—¡No podés! —gritó Agustín intentando alertarme.

—¿Qué es lo que no puedo? —respondí cansino, sin quitar la vista de ella.

—¿Me estás jodiendo? —respondió incrédulo.

—No.

—¿En serio?

—Mirá alrededor a ver si hay alguien que se mueva como lo hace ella…

—Bueno… espero que no mires a Paloma de la misma forma que a "ella", pero… —hizo una pausa y continuó—, nada… mejor no digo nada.

Eso me sacó del hechizo en el que ella me tenía atrapado, para girarme y mirarlo.

—¿Qué?

—Ah… no, no, no… mejor hablá con Tati…

Miré hacia la barra y vi a Tatiana sirviendo unos tragos. Nos conocíamos hace años, éramos compañeros de secundaria, seguimos siendo amigos en la universidad y, luego, saliendo de ella. Nunca, en ninguna reunión la había visto a "ella".

Me dirigí hacia la barra, esperé a que terminara de atender.

—Isma… ¿qué te sirvo, corazón?

—Tati… me dijo Agus que conocés a esa chica… —dije

señalándola.

—Ah… no, no, no…

«¿Qué carajos les pasa con el “Ah… no, no, no”? ¿Es que acaso soy un leproso? ¡Mierda!»

2

Del grupo soy el más tranquilo. No me gusta ir de cacería, no es mi estilo. No soy un ganador, tampoco un perdedor. Soy un tipo normal, pero que le gusta conquistar en lugar de cazar.

—¿Qué pasa, Tati? Vos me conocés, sabés que no ando jodiendo…

—Lo sé, pero… —me escudriñó y continuó— déjame ver…

—Tati…

—Voy a hablar con ella…

Volví a mi puesto de observación, allí seguía ella. Mis ganas de ir por detrás, tomarla por la cintura, apretarme contra su cuerpo y contorsionarnos juntos, rozándonos, disfrutando de la sensualidad de un baile, eran arrolladoras, pero correría la misma suerte que los demás. Estaba seguro.

Vi a Tati acercarse, tocarle el brazo y hablarle al oído. Abrió los ojos como si la hubiera sacado del trance. Una sonrisa iluminó su rostro y me clavó la mirada.

Se me secó la boca y mi miembro palpitó. La miré de la misma forma, haciéndole saber que ahí estaba yo y que la estaba reclamando. El "hombre de las cavernas" que habita en mí quería tomarla del pelo, arrastrarla a mi cueva y hacerla mía una y otra vez.

Hablaron por unos minutos más y Tati volvió a la barra, de camino asintió con la cabeza y apretó suavemente mi brazo.

Ella volvió a cerrar los ojos y a bailar. Me tomé un momento para terminar mi *whisky* y observarla un rato más; dejé el vaso en la barra, le guiñé un ojo a Tati y me acerqué a donde ella estaba.

Su aroma y su energía me invadieron. Comenzaba a sonar "Where have you been" de Rihanna, la rodeé, posé mis manos en su cintura y pegué mi pecho a su espalda. Moviéndome con su ritmo hipnótico.

—Tardaste en acercarte…

—Estoy acá… —deslicé mis manos hacia adelante, apretándome más contra ella.

—Ismael… —dijo en lo que pareció un gemido.

—No es justo, vos sabés cómo me llamo y yo no sé tu nombre… —dije en su oído.

Estaba apelando a mi autocontrol para que la excitación no se me notara; pero el aroma de su piel, la voz seductora y el ritmo que llevábamos, hacía que, francamente, estuviera fallando miserablemente en la tarea. No quería que tuviese una idea equivocada de quién era, pero sin dudas mis intenciones eran llevarla a casa esa noche.

Ella recostó la cabeza en mi hombro, dejando al descubierto su

cuello estilizado. Lo recorrí con el dorso de mi mano, entre abrió la boca y se humedeció los labios. De pronto mi necesidad por besarla era urgente. Estaba caliente y ella lo disfrutaba también.

—¿No me reconocés?

Por un momento me quedé paralizado. ¿La conozco? No la recuerdo, la reconocería enseguida si así fuera… Creo…

Apartó delicadamente mis manos y giró. Me miró a los ojos, se acercó a mi oído y habló.

—Soy Eli…

—¿Eli?

—Sí… ¿ya no te acordás de mí…?

—¿Eli? ¿Eliana? ¿La prima de Tati?

—¡Sí! —rio y su risa se me antojó tierna—. Todo eso…

Me retiré un poco y la recorrí con los ojos. Definitivamente había cambiado mucho, muchísimo. Eliana era bastante más chica que Tati, no recuerdo con exactitud cuánto, pero por un momento temí que fuera menor.

—Creciste mucho… —dije carraspeando—, ¿qué edad tenés?

Eli me miró seductoramente colocando su dedo índice en la comisura de sus labios, esbozando una sonrisa morbosa.

—Veinticuatro, Isma, no te asustes. —Sonrió nuevamente, y su sonrisa fue una invitación a tomarla nuevamente por la cintura.

Nos medimos. Nos miramos. Nos tentamos. Nos gustábamos.

Ella fue la que dio el paso. Dándome un beso que me dejó sin aliento, invadió mi boca con su sabor y la extrañé en el instante en que separó sus labios de los míos.

—Hace años que muero por hacer eso… —dijo ella estirando sus brazos y entrelazando sus manos por detrás de mi cuello.

—Eras una nena…

—Era… y ya no lo soy…

—Eso puedo verlo…

Esa vez fui yo quien le comió la boca, repasando sus labios, recorriendo su boca con mi lengua; chocándola con la suya, haciendo que ambas dancen al son de lo que sentíamos.

A pesar de la penumbra, vagamente coloreada por las luces de la pista, sus ojos brillaban y podía ver su pecho generoso subir y bajar.

La tomé de la mano y caminé hacia una zona menos ruidosa y concurrida. Nos sentamos en un sillón de cuero blanco que estaba vacío. Continuamos con la tarea de besarnos durante largo rato. Mi erección, apretada en el *jean*, a esas alturas ya era dolorosa. La atmósfera había cambiado a una cargada de pasión.

—Vi que me mirabas hacía rato… —dijo sobre mis labios.

—¡Imposible no mirarte, Eliana!

—¿Tan cambiada estoy que no me reconociste?

—Mucho… ahora sos una mujer, la última vez que te vi, tendrías… mmm… ¿doce o trece años?

—Trece. Usaba *bracketts* y todos ustedes me decían pulga.

—¡Es verdad! —reí a carcajadas.

Eli me cerró la boca con la suya. Esa mujer besaba de una forma apabullante, quedé aturdido por la forma tan sensual en que recorrió la mía. La tomé del rostro, la besé con deseo y un gemido escapó de su garganta.

—No tenés una idea, Isma, de lo mucho que deseaba estar, así como ahora…

—¿Así? —Y volví a devorarla.

—Así… —Apoyó su mano en mi rodilla y comenzó a subir hasta llegar a mi pecho.

Tenía la camisa con algunos botones desprendidos, así que introdujo la mano y peinó los rizados vellos de mi torso. Ese contacto, piel con piel, mientras nos besábamos hizo que deseara poseerla allí mismo.

El calor del lugar era agobiante, o quizá era mi cuerpo el que ya no toleraba más calor. Necesitábamos salir de ahí, se notaba que ella también lo deseaba, pero era la prima de Tati y de alguna forma eso me frenaba. Necesitaba tomar aire.

Me puse de pie, la tomé de la mano y la arrastré al patio trasero, donde corría una brisa fresca; el choque con el calor de nuestra piel hizo que nos estremeciéramos, pero puse distancia.

Eliana se dio cuenta de lo que sucedía.

—Ya soy grande, Ismael; Tatiana no es mi madre y sabe perfectamente lo que me gustabas y aún me gustás…

—Me gustás, Eli… mucho… pero no quiero hacer una cagada con Tati. Si fueras otra, ya estaríamos en mi departamento. Pero sos la prima de mi amiga…

—Olvidate de Tati, quiero lo mismo que vos, prefiero estar en tu departamento haciendo lo que realmente tenemos ganas en lugar de estar hablando de por qué no lo estamos haciendo.

Me sonreí, tenía razón, más tarde o más temprano sucedería, me gustaba y saber que, para ella, desde hacía mucho no le era indiferente, ayudó a decidirme.

—Volví hace un par de meses al país y lo primero que le dije a Tati fue que quería verte… creo que la cartita que le escribí a “papá Noel” llegó adelantada… y te mandó de regalo un día antes.

Reí y la besé suavemente. Eli tenía esa mezcla de sensualidad, dulzura y seguridad que hacía irresistible a una mujer.

—¿Vamos?

—Vamos…

La tomé de la mano y caminé con seguridad por entre la gente que

atiborraba la pista.

3

Era entrada la madrugada, subimos a mi coche y conduje hacia mi departamento. Entré en el estacionamiento y subimos en el ascensor besándonos, tocándonos; un preludio de lo que luego ocurriría.

Nos fuimos desvistiendo de camino al dormitorio. Caímos en la cama sin separar ni un instante nuestras bocas. Recorrí su cuerpo entero, su piel caliente en contacto con la mía que resbalaba por el sudor que lo perlaba.

Era explosiva, sexy y muy divertida. Esa mixtura era muy excitante. Nos dedicamos largo rato a explorarnos, nos sentíamos cómodos y eso nos divertía. El sabor de su piel era dulce, la redondez y voluptuosidad de sus pechos eran una delicia y sus curvas, definitivamente peligrosas. Podría volverme adicto a ella, a su cuerpo y a lo que me estaba haciendo sentir.

Éramos un revoltijo de piernas, sábanas y respiraciones agitadas tras haber caído rendidos luego de una sesión agotadora de sexo.

—"*La petit morte*" le llaman los franceses, aunque he de decir que no son buenos amantes. —dijo tajante y terminando con lo que yo había dicho—. Eso o es que yo soy muy exigente…

Quedé pensativo, acariciando su brazo, creo que no hay cosa peor para nosotros los hombres que pensar o sentir que no logramos satisfacer a una mujer.

¿Le pregunto, no le pregunto? ¡Mierda! ¡Ya me quemó el coco!

Me dejó inquieto, ella dormía plácidamente y yo no podía conciliar el sueño. ¡Qué manera de terminar una noche que parecía genial! Sí, sin duda dijo eso porque no la hice gozar, se debe haber desilusionado, tanto tiempo esperando el momento… ¡Puta madre!

Finalmente, y con el sol perforándome los ojos porque en el apuro, no cerré las cortinas, me dormí. Cuando me desperté ya no estaba. Ni una nota, ni nada.

Me senté en la cama, ¿habría sido un sueño? No… su perfume estaba en el aire y en las sábanas. Me tiré hacia atrás y me tapé la cara con su almohada.

Error. Muy mala idea… al aspirar ese aroma, automáticamente tuve una erección poderosa y unas terribles ganas de cogerla hasta que dijese "basta" y se le acabasen todas las pavadas y exigencias.

«¡Pendeja!»

Ya en la ducha, mi cabeza iba a mil, nunca había dejado a una mujer insatisfecha, mi ego estaba sufriendo un gran golpe, tenía que llamarla y hablar con ella. ¿Pero a dónde? si no tenía su puto número, Tati seguramente estaría durmiendo a esa hora y me mataría si la

despertaba.

Durante algunas horas mi cabeza rondaba en los hechos, tratando de descubrir cómo no me había dado cuenta de que estaba fallando, ¿habría sido el tremendo tsunami que es Ella y me achiqué?

Pero si acabó ¿cuántas?, ¿cuatro veces? ¡No está mal! ¿Habría fingido para no hacerme sentir mal? Me hubiera dado cuenta… si no salgo de acá a despejarme me voy a desquiciar.

4

Salí sin rumbo, pero me encontré en la puerta del departamento de Tati. A esas alturas mi autoestima estaba tan severamente golpeada que no me importaba si mi amiga me golpeaba un poco más, eso si es que no estaba Eli allí y entre las dos, terminaban de destrozarla.

El portero me abrió, saludó como de costumbre, pero subí las escaleras como bólido y no respondí. Golpeé su puerta, nada. Volví a golpear, nada. Volví a golpear, esta vez más fuerte y escuché un insulto.

—¿Quién carajo es?

—Soy yo…

Tati me miró furibunda, entrecerró los ojos y abrió la puerta para que entrara.

—¿Qué mierda le hiciste a mi prima?

—¡Pará! Yo no le hice nada… no sé qué te dijo, por eso estoy acá, necesito hablar con ella.

—Eli no está, se fue…

—¿A dónde se fue?

—Volvió a París… ¿no te lo dijo?

—¡No! Pensé que había venido para quedarse.

—Vino a solucionar unas cosas. ¿Me vas a contar yaaaa qué mierda pasó? Porque me llamó desde el aeropuerto y cuando le pregunté me dijo "No voy a hablar contigo de eso, solo te voy a decir que debí haberme quedado con la fantasía, nunca debió pasar nada, fue un error."

—¡¿Me estás jodiendo!?

—No.

Definitivamente no me había hecho la cabeza, era verdad, la realidad no superó la fantasía y ese fue el mazazo que necesitaba. Nunca fui cobarde e iba a enfrentar la situación, al menos para saber en qué había fallado.

—Dame su celular, catorce putas horas para que llegue a París y ahí hablaré con ella.

—Dejala en paz, las cosas nunca iban a funcionar entre ustedes, Eli se quedó con aquello que eras cuando ella tenía trece años, un enamoramiento platónico… ya fue, dejala por esas.

—No, Tati, vos me conocés, sos mi amiga…

—¿Qué pasó boludo? Porque mi prima te tenía tantas ganas que se iba a prender fuego si no pasaba algo entre ustedes… y después de eso… porque asumo que sí sucedió… dice que fue un error; no entiendo, ¡algo pasó!

—No lo voy a hablar contigo…

—Otro más con lo mismo… ¿a qué viniste entonces si no fue para hablar?

—¡A que me des el número de la pendeja de tu prima!

—¡Imbécil!

—¡No me jodas, Tati!

—Ayyy, nenito… es que Eliana es mucha Eliana… ¿fue mucho para vos?

Y ahí estaba de nuevo, haciendo mierda el poco orgullo que me quedaba, apaleándolo sin compasión.

Esa pendeja me había revolucionado. Siempre fui muy seguro de mí mismo, no entendía por qué ahora estaba abrumado con eso, quería autoconvencerme de que había sido tan solo un polvo; que el problema, si es que hubo alguno, lo tenía ella, ya que siempre había sido muy preocupado y ocupado en darles placer a mis amantes y Eliana no había sido la excepción.

Tiré del papel donde Tatiana había escrito su número agradecí, parcamente, y me fui.

Hice los cálculos, si el avión había salido a la una, recién a las tres de la mañana estaría arribando… tenía una buena cantidad de horas para pensar y eso me inquietaba.

5

Media hora después de la hora en que, supuestamente, ya debería haber aterrizado, hice la primera llamada… Correo de voz… teléfono apagado. Volví a intentar unos minutos después, con el mismo resultado, así que frustrado y siendo ya las cuatro de la mañana volví a llamar y dejarle un mensaje.

«¡Escuchame, pendeja! ¡Atendeme el teléfono! ¿Qué mierda te picó, boluda? ¿Por qué no me avisaste que volvías a París? En fin, comunicate conmigo que quiero hablar con vos.»

Al día siguiente, pareciendo un zombi contrariado, frustrado y enojado, tuve que ir a la construcción en donde estoy asignado como arquitecto antes de mis ansiadas vacaciones y recién en la tarde pude librarme para intentar hacer la ansiada llamada.

Me subí al coche, resoplé y llamé. Correo de voz de nuevo, dejé otro mensaje del estilo, lancé el aparato al asiento trasero dispuesto a terminar con esa situación. Si Eliana no quería atender, que no atendiera, hasta ahí había llegado, mi paciencia se había agotado.

Durante los siguientes días mi ánimo no mejoraba, se me hizo evidente que Ella no llamaría.

Ahora era Ella, ya no la llamaba por su nombre, intentaba despersonalizarla, al fin y al cabo, yo había sido un capricho, satisfecho o no, pero capricho al fin. Había repasado esa noche cientos de veces y no había encontrado ninguna señal de que las cosas no hubiesen sido como había pensado, así que no pensaba dar el brazo a torcer.

Tatiana se apiadó de mí y, durante esos días, me invitó a ayudarla en la barra de “Circus”, siempre lo hacía por estas fechas y nos divertíamos mucho; no sé por qué accedí, o tal vez pensaba que la encontraría nuevamente, hipnotizándome con el sensual movimiento de su cuerpo en medio de aquella pista.

Tati me sirvió un *whisky* y me pidió que me tomara la noche libre. Era víspera de Navidad y mi familia estaba celebrando con su primer nieto al otro lado del mundo, así que yo la pasaría con un grupo de amigos incluyendo a Tati.

Tomé mi trago, me apoyé en la misma columna de hace quince días atrás y mis ojos no daban crédito a lo que veían. ¿Era Ella? No, mi mente atormentada por una inseguridad irracional, me estaba jugando una mala pasada; Ella estaba en París y ahí se quedaría. Di la vuelta, frustrado con no poder sacarla de mis pensamientos, dejé el vaso sobre la barra, saludé a Tati con la mano en el aire y me estaba

yendo cuando me gritó.

—¿Te vas?

—Sí… gracias por el *whisky*, hoy no fui de mucha ayuda… estoy un poco cansado, nos vemos esta noche. No llegues tarde que sos la encargada de la barra como siempre, no tenés vacaciones, aunque sea navidad. —Giré y me encaminaba a la salida cuando alguien me obstruyó el paso.

6

—Hola… —sonó una voz que reconocí en el acto.

Era Ella; había sido Ella todo el tiempo, lo sentí una burla, nuevamente golpeaba mi casi inexistente autoestima, no iba a seguirle el juego, así que la esquivé y me fui.

—¡Isma!

—No tengo ganas de perder el tiempo con vos, así como vos no tuviste ganas de hablar conmigo después de que te llamé y te dejé varios mensajes. No me van las pendejas y no me gusta sentirme como un objeto.

—¡Si serás imbécil! Vos y todos los hombres… ahora se ofenden cuando se sienten objetos, cuando ustedes son los primeros en cosificarnos.

Tenía razón, pero ese no era mi caso, hacía mucho que no y definitivamente no con ella.

El ruido del lugar impedía que pudiésemos hablar y mirarnos a la cara; estaba cansado, habían sido largos quince días enroscados con el tema, así que continué mi camino, pero ella me siguió hasta afuera del boliche, a un lugar donde poder hablar sin curiosos.

—¡Pará, Ismael! —gritó ella agarrándome del brazo.

—Mirá, Eliana, terminemos con esto… los dos teníamos ganas, lamento que no resultara tan satisfactorio para vos, hubiera estado bueno que lo dijeras en su momento, en lugar de desaparecer… no le rehuyo a las responsabilidades, ni a las fallas, pero no me diste la oportunidad.

—¿De qué mierda hablás? Sí, soy culpable de no haberte devuelto las llamadas, estaba solucionando unos temas para poder volver… vos sonabas demasiado sacado y no entendía por qué.

—¿Sacado?

—¡Sí, sacado! No entendía qué bicho te había picado a vos, hablé con Tati y me dijo que te vio mal, pero tampoco sabía qué pasaba, pero algo intuyó… —Hubo un silencio incómodo—. Mirá, Isma, no sé qué pasó por tu loca cabeza, pero pasé una noche genial, mucho más genial de lo que esperaba y si me fui sin despertarte, ni dejar una nota, fue porque me sobrecogió todo lo que había experimentado con vos.

No podía creer lo que estaba escuchando, quince días de mierda, con la espina atragantada y de la nada me estampa esto… ¿Por qué mi inseguridad afloró de esa forma, haciendo que mi autoestima quedara en el suelo? ¿Por ser una mujer joven y decidida e ir a por lo que

desea? ¿Por sentir que los hombres no podemos fallar? ¡Qué paradigma social de mierda! ¡Qué estigma! ¡Qué mal lo pasé estos días! Y seguramente ella también, al escuchar mis mensajes en el correo de voz.

—¿Qué puedo hacer para que me creas? No pretendía que sintieras o pensaras algo que definitivamente no fue así. Te repito, la pasé más que genial…

No sé qué cara tendría, pero la de Ella se venía transformando rápidamente a una triste, quise golpearme por ser tan imbécil. Tomarla del rostro y besarla hasta no poder más, de volver a hacerla mía, de volver a ser de Ella.

Ella. Eli.

—Isma… decí algo por favor. Sino…

No le di tiempo a decir más nada, la besé vorazmente.

—¿Eso te sirve? —pregunté sonriéndole coqueto sobre los labios.

—Eso no va a ser suficiente… Volví para quedarme, volví por mucho más… volví porque elegí ser feliz, acá… con vos.

Me sujetó fuerte del pelo, invadió mi boca recorriéndola con su lengua y gimió dentro de ella.

—¿Qué tenés en mente?

—Quiero que me lleves a tu casa… tengo que desenvolver mi regalo navideño, esta Navidad… mi regalo vino por duplicado…

—También tengo muchas ganas de desenvolver el mío…

Mis trayectos contigo

1

Estaba ansiosa, deseaba ese encuentro con el alma, habían pasado ya ocho meses desde la última vez que nos habíamos visto y las últimas semanas se me habían hecho eternas. El cansancio del vuelo se reflejaba en mis ojos, mas no en mi ánimo, “adoro tus ojos chinitos cuando estás cansada y te negás a dormir”, me decía siempre.

Saqué el coche del *parking* y me dirigí al punto de encuentro, el mismo bistró de siempre, un lugar hermoso que encontramos una noche de otoño caminando o, mejor dicho, perdiéndonos de la mano por aquella parte de la ciudad, hacía frío y amenazaba con llover. Vimos el lugar a lo lejos y nos apresuramos a llegar a la puerta, temíamos que a esa hora ya no nos dejaran entrar. El calor de la antesala nos abrazó, la iluminación más allá era óptima, íntima; el

lugar tenía un glamour sencillo que nos fascinó, el aroma dulce de las velas que adornaban las mesas terminó de enamorarnos. La anfitriona preguntó si seríamos solo nosotros y nos guió a una mesa en una zona de reservados con cómodos sillones semicirculares que olían a cuero y azahar. Pedimos una botella de *champagne* y luego otra, conversamos y reímos hasta que nos dimos cuenta de que éramos lo únicos en todo el salón; de eso ya habían pasado seis años, pero a partir de ese momento, fue nuestro lugar de encuentro cada vez que volvía a la ciudad.

Recordar siempre me pone nostálgica, sequé suavemente las lágrimas que se atrevieron a escapar cuidando de no correr el maquillaje, me miré en el retrovisor, retoqué el labial y bajé del coche. Seguramente tendría que esperarlo en el bar de la antesala, pero no me importaba, verlo entrar buscando ansioso mi mirada era una de las cosas que adoraba.

Iba con un vestido camisero, suelto, corto adelante y más largo atrás, azul verdoso, liviano, acompañado con unas sandalias color peltre que eran mis preferidas. No sé si hacía calor o si era yo, pero tenía sed, primero de sus besos y después de algo fresco que apaciguara ese calor que sentía adentro.

Mientras cruzaba la calle, el viento levantó mi falda y, sujetándola como pude, apuré el paso para entrar a aquel lugar que sentía un refugio, todavía no había llegado cuando la puerta se abrió, Agustín me miró y sonreí con todo el cuerpo; él me sonrió, pero era una sonrisa triste. ¿Triste? Sí, algo me detuvo y fue una cabellera rubia que apareció detrás de él.

—¡Paloma! ¡Estás hermosa!

Quise ponerme a llorar allí mismo, ¿¡cómo podía ser!?

—¡Hola, Ania! —¿Qué decir? ¿Qué lindo verte? No, la verdad era que no…—. ¿Cómo estás? —Le di un beso y luego giré un cuarto de vuelta para que su perfume me invadiera, golpeándome—. Agus, ¿cómo estás?

—Bien, bien… ¿vos? —dijo apenas audible, abrazándome y besando mi mejilla.

—Bien, cansada, pero bien.

—Voy a avisar que estamos todos —anunció sin esperar respuesta y se fue.

2

Ania era una mujer muy bella, inteligente y una excelente y respetada abogada para su corta edad. Nunca supuso un problema para ella el hecho de saber que Agustín y yo hubiésemos tenido una larga historia previa que estuvo en pausa por algunos años.

—Espero que no demore demasiado…

—¿Cómo?

—Es que voy a cenar con un amigo que hace mucho que no veo, quiero aprovechar que estoy acá porque no me puedo quedar muchos días.

—¡Ah! Le entendí a Agus que cenarían juntos, por eso me sumé, además la última vez que viniste no te pude ver… —dijo haciendo un mohín.

—Debió entender mal… íbamos a tomar algo y conversar, nada más, a las once quedé en estar en el *lobby* del depto.

Agustín venía caminando, con ese andar tan suyo, mirando hacia donde estábamos nosotras.

—Está lista… —dijo.

—Agus… mirá que Paloma se va en un rato, a las once quedó en encontrarse con alguien. —Se detuvo y miró ceñudo.

—Sí, se ve que entendiste cualquier cosa, te dije que nos veíamos hoy porque mañana sería prácticamente imposible hablar, pero que quería aprovechar a ver a Mauricio que está acá y hace mucho que no lo veo. —Demasiada explicación, pero debía sonar convincente.

No entendía su cara de desconcierto, francamente, la desconcertada era yo.

—Sí, se ve que entendí cualquiera…

—Bueno, ya estamos acá, sentémonos a tomar algo y aprovechemos a conversar —sentenció la rubia.

—Es la mesa de la terraza —dijo él y yo sentí que un poco de aire fresco me vendría bien para calmarme.

Nos dirigimos hacia el lugar, Ania caminó adelante, él colocó su mano en mi espalda baja para conducirme, su tacto me dolió y con un manotazo le hice saber mi molestia.

¿Tenía derecho? Claramente, no, pero estaba enojada, desilusionada y frustrada; había hecho un viaje de doce horas para verlo, ¿y él se presentaba con ella? Me sentí una idiota. Si no quería verme a solas, ¿por qué no lo dijo? ¿Por qué humillarme de esta forma?

Retiró mi silla y la de Ania para que tomásemos asiento y luego lo hizo él en el mismo momento en que se acercaba la mesera, la misma

que siempre nos atendía.

—¡Hola, chicos! ¡Tanto tiempo sin verlos! Les dejo las cartas y vuelvo en un momentito —le sonreí.

—¡Gracias! —dijo él.

—¿"Tanto tiempo"?

—Esta es como la oficina fuera de la oficina —aclaré sin demasiada trascendencia.

—Sí, es donde traemos a los clientes…

—¡Ah! Nunca vinimos nosotros…

Quería que el tiempo pasara volando, quería mostrarme indiferente y que le doliera como me dolía a mí, quería arrancarle la piel para que sintiera lo que era estar en carne viva. Esto se debía de terminar, ya no podía seguir haciéndome esto.

—¿Cómo estuvo el vuelo? —preguntó él.

—Bien, aunque con mucha turbulencia y eso me agota.

—¿Preparada para la presentación de mañana? —preguntó Ania.

—Sí, muy preparada…

—Es que han trabajado tanto… —interrumpió, apoyándose en el hombro de Agustín.

—Así es —dijo él removiéndose incómodo.

—Si les otorgan la obra, ¿te volvés?

Eso fue como un balde de agua helada. ¿Podría volver? ¿Podría trabajar junto a él todo el día después de hoy?

—¿Paloma? —llamó ella.

—Perdón… me fui lejos… —carraspeé—. No, no voy a volver. Por eso quería que hablásemos, Agustín.

Clara, la mesera, volvió, diluyendo la tensión.

—¿Qué vas a tomar, Paloma? —preguntó Ania.

—Vino blanco está bien —respondí indiferente, estaba incómoda, necesitaba terminar con eso lo antes posible.

—Yo igual… —confirmó Agustín.

—¿Les traigo el mismo de siempre, chicos?

—Sí, está bien —dijimos al mismo tiempo.

—Yo prefiero un mojito —retrucó Ania.

—¿Eso es todo?

—Sí, gracias —respondió serio, para que Clara se fuera pronto.

—Permiso, ahora vuelvo… —informó Ania, al tiempo que el *ringtone* de su celular comenzó a sonar a mayor volumen.

Una vez se hubo ido, Agustín me miró firmemente.

—Me sorprendés…

—¿En serio? —dije irónicamente.

—Pensé que estabas feliz, que le tenías confianza al proyecto, que estabas contenta con el hecho de poder volver y podamos estar juntos.

—¡Que te jodan, Agustín! No vengas a hacerte la víctima, ¡no te

atrevas a querer hacerme sentir mal!

—Si lo decís porque está Ania, ¡no tuve otra opción!

—No, seguro que no la tuviste, como nunca antes, ¿verdad?

—Paloma…

—¿Qué? Lo sé, estoy haciendo lo que siempre dije que no haría y me siento para la mierda, pero también prometiste jamás volver a humillarme y no veo que lo estés cumpliendo.

—¿Qué querías que le dijera? ¿Que no podía venir? ¡Por favor, Paloma!

—No, si la idiota, claramente, ¡soy yo! No sé qué estoy haciendo acá…

La mesera trajo el pedido, de lejos se dio cuenta de que estábamos discutiendo, por lo que descargó la bandeja rápidamente y se retiró. Agustín sirvió dos copas y me miró, con esa mirada que él sabía que me podía.

—Más allá de que sabés que si insistí para que trabajásemos juntos en este proyecto fue porque, de ganar la licitación, te devolvería al lugar del que nunca te debiste haber ido y porque sabés que solo podría llevarlo adelante con vos, ese proyecto lleva tu nombre.

—No, sabés que eso no es así, que es por el trabajo de todo el equipo. Pero, además, ¿en qué lugar me dejaría eso? Seguiría siendo tu segunda opción… y estuvo bien por un tiempo, pero ya no puedo seguir haciéndolo.

Agustín apoyó la espalda en el respaldo de su asiento, mirando la copa que sostenía al tiempo que la hacía girar sobre el mantel, sabía que tenía razón y eso me hería más. Ya habíamos pasado por esto, ya no me había elegido una vez y yo necesitaba ser la primera elección de alguien, no la última o la segura.

—Lo lamento, nos vemos mañana en el anfiteatro. —Bebí lo que había en la copa, tomé mi sobre y me levanté para irme.

—No te vayas, por favor… —dijo, sosteniendo y besando el diminuto tatuaje de mi muñeca.

Sus palabras me dolieron, el cuerpo me ardía, las lágrimas se agolpaban en mis ojos y la necesidad de gritar bullía en mi garganta.

No pude decir nada, simplemente acaricié su mejilla, nos miramos y me fui. Cuando estoy llegando a la puerta, Ania estaba volviendo. Quería llorar, pero no iba a hacerlo allí, iba a esperar a llegar a mi departamento y una vez allí, abriría las compuertas.

—Me tengo que ir, Mauri ya está esperándome. Lo siento…

—Pero… —dijo mirando su reloj.

—Sí, sí, lo sé, se adelantó… hombres… entienden cualquier cosa. ¡Disfruten la cena! —Nos saludamos con un beso en la mejilla y salí.

Ya afuera, el aire me volvió a afectar. Abrí el sobre para buscar la llave del coche, pero mis nervios eran tales que, me acuchlillé y lo

vacié en la calle conteniendo las lágrimas.

—¡¿Dónde mierda están?! —murmuré, mientras guardaba todo nuevamente dentro del *clutch*.

Frente a mis ojos aparecieron unos zapatos que conocía de sobra, seguí el recorrido de sus largas piernas y su torso para encontrarme con los ojos brillosos de aquel hombre que en esos momentos odiaba.

—¿Qué querés? —pregunté poniéndome de pie.

—A vos, siempre a vos.

—No estoy para juegos, Agustín. ¿Qué querés? —volví a preguntar, arrebatándole las llaves de la mano.

—Quiero que hablemos, lo necesito.

—Mañana, de trabajo… y eso será todo. Ya no puedo más, no merezco estar sintiéndome así —realmente ya no podía más, mi voz se quebró y mis ojos se inundaron—, no merezco que me humilles de esta forma.

—Alo… vamos a solucionarlo… —apelar a ese mote fue un golpe bajo.

—No, no hay nada que solucionar, debí darme cuenta a tiempo, pero no lo quise ver —dije secándome las lágrimas que corrían por mis mejillas con las palmas de mis manos.

—¡Pero yo te quiero, Paloma! Vos sabés que esto es mucho más que…

—¿Sexo? —interrumpí.

—Sí, y vos también me querés —aseguró sosteniéndome por los hombros.

—Pero no alcanza y yo… de esta forma, me estoy deshaciendo, no me sirve y no le sirve a nadie. —Abrí la puerta del coche, tiré el *clutch* en el asiento del acompañante, subí, puse en marcha el motor y me fui.

3

Llegué al departamento veinte minutos después. Me descalcé y, al hacerlo, vi sobre la mesa del comedor la caja con el regalo que tanto había buscado para él. La rabia se apoderó de mí, vacié con furia la estantería con los marcos con fotos, tomé la caja envuelta, destrocé el papel y la tiré contra el espejo haciéndolo añicos. Di media vuelta y fui directo a la ducha. Dejé correr el agua sobre mi cuerpo, vestida como estaba, sentada en la bañera me abracé a mis piernas para que el ruido del agua ahogara mi llanto desconsolado hasta casi vaciarme.

Un rato después me quité el vestido y la ropa interior que había comprado para la ocasión, la cual deposité en el cesto de la basura; me di una ducha caliente, salí y me envolví el cuerpo y el cabello en una mullida toalla, mi maquillaje estaba todo corrido, tomé una nube de algodón para embeber en agua micelar y así quitarme las manchas negras alrededor de los ojos, pero no pude, estaba agotada.

Volví a la sala, fui a por una escoba y recogí los trozos de cristal que destellaban en el piso con la esperanza de no cortarme. Al levantarme vi mi imagen rota en el espejo, así era tal y como me sentía. Rota.

Saqué la botella de *champagne* que había dejado enfriando en la heladera y me tentó beberla sola, emborracharme sería una buena manera de no pensar, pero, ¿a quién quería engañar? Eso no sucedería, era una profesional y al día siguiente no podía ir a la presentación luciendo como si un camión con acoplado me hubiera pasado por encima. Encendí la cafetera y mientras se hacía el café fui a por una remera de dormir y a cepillarme el cabello, luego tomé mi manta de lectura y me recosté en el diván de la sala cayendo casi de inmediato en un sueño profundo.

Me sentía mareada, a lo lejos escuchaba ruidos, pero no podía abrir los ojos. Volví a dormirme. Volví a escuchar ruidos y así, por lo que pareció una eternidad.

—Alo… —silencio—. Alo, hermosa…

—Mmm…

—Necesito que hablemos.

Debo haber dicho alguna cosa graciosa o ininteligible que ya no recuerdo, pero tuvo el tupé de reírse por lo bajo.

Abrí los ojos quedamente, el aroma a café me había despertado de golpe y ahí estaba él, sentado en la mesa ratona con una taza de café en una mano, y mordiéndose la uña del dedo meñique de la otra.

—¿Qué hacés acá? —dije con la voz rasposa, incorporándome. La

puntada en la cabeza casi me hizo caer—. ¡Mierda! ¡Mi cabeza!

—¿Te traigo algo para tomar?

—No —respondí seca—. Te pregunté qué hacés acá.

—Te dije que necesitaba hablar con vos.

—Y yo te dije que hablábamos mañana, de trabajo, que es todo lo que desde ahora nos une.

—¡No seas tan caprichosa, Paloma!

—¡Sos un imbécil! —Me levanté dando un manotazo a la manta, volcando un poco de café en su impoluta camisa blanca—. En el vestidor tenés camisas y de paso aprovechá a sacar todo lo que hay.

Agustín dejó la taza en la mesita, refunfuñando y yo me dirigí a la cocina a servirme café, pero como era su costumbre, él se servía y no ponía a preparar nuevo para el siguiente que quisiera. Chillé y pataleé, ¿qué estaba haciendo ahí? ¿Cómo era posible que dejara sola a Ania? Miré la hora en el reloj que habíamos comprado en un viaje a Alemania y vi que eran las doce menos diez, no había dormido tanto, aunque hubiera jurado que sí, toqué mi cabello y aún estaba húmedo.

—No quedó ni uno sano, ¡eh!… —dijo, y al girar para contestarle algún improperio lo vi apoyado en el marco de la puerta abrochándose la camisa limpia.

—Era hora de hacer una remodelación. —Intenté sonar chistosa, pero fracasé estrepitosamente.

—Alo…

—No lo digas más, por favor —apreté mis ojos—. Me duele escucharlo de tu boca.

Me dolía, además, en el cuerpo, me dolía en las ganas, me dolía porque solo quería escucharlo con esa voz ronca y arrastrada cuando hacíamos el amor, y que jadeante y desesperado acabara diciéndolo en mi oído. Me dolía en el alma, me dolía en la vida.

—Me cuesta hablar de mis emociones, Paloma, no me lo hagas difícil, te lo pido por favor.

—No te lo estoy haciendo difícil, de hecho, te lo hice demasiado fácil, siempre. Me fui sin hacer ningún escándalo, deberías conocerme. Además, el que vino hasta acá dejando a Ania sola, después de que, supuestamente, no le podías decir que no viniera a cenar con nosotros, sos vos, no yo. ¿Qué le dijiste? Mmm… seguro que alguno de tus amigos está en pedo y le fuiste a hacer el aguante. ¡O, no… mejor!, que hubo un intento de robo en la oficina… sí, seguro fue esa la excusa esta vez.

Lo vi acercarse furioso y en un instante su boca caliente y crispada tapó la mía. Me tomó por la cintura y me subió a la mesada, abrió mis piernas con ímpetu y me quitó la remera. Nos besamos con desesperación, por un momento quise detenerme, pero si esa era la última vez que estábamos juntos, la tomaría como una despedida, por

eso seguí adelante.

—Te extrañé tanto… —dijo mientras lamía el lóbulo de mi oreja, acariciaba mis senos y arrancaba gemidos de mi boca.

Le supliqué que no dijera nada, que no hablara, no quería escucharlo, solo quería sentirlo.

Subyugados por la certeza de que esa sería la última vez, nos dimos en cuerpo y alma, entregamos hasta la última gota de placer y sucumbimos al más intenso de los orgasmos; primero yo, desbordada en lágrimas y luego él diciéndome “Alo” al oído.

Ya en la cama, en aquella que habíamos compartido tantas veces, no dijimos más nada, solo nos abrazamos y nos quedamos dormidos.

4

—¡Mierda!

—Mmm… —dije haciendo una mueca de dolor. Cada músculo de mi cuerpo dolía.

—¡Paloma! ¡Nos quedamos dormidos!

Salté de la cama directo a la ducha, él entró unos minutos después.

—¿Qué hacés acá?

—¿Qué parece?

Lo miré furibunda, terminé de bañarme, salí de la ducha y me quité los restos de maquillaje que todavía cubrían mis ojos para arreglarme rápidamente y así poder irnos.

Afortunadamente ya había separado el atuendo para esa mañana. Mi querida amiga Irina me había ayudado a elegirlo. Sostuve la percha con el vestido y, por un segundo, recordé que nuestras desaventuras amorosas eran similares. También tenía una historia por contar, solo quería que fuera feliz.

Una vez vestida y maquillada, me perfumé, tomé mi maletín y salimos para recoger mi coche.

5

Cierta tensión se había instalado entre nosotros y un silencio incómodo se apoderó del momento.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Siempre podés preguntar, Alo.

—¿Qué le dijiste a Ania? —hizo un corto silencio y respondió casi audible.

—No tuve que decirle nada, recibió una llamada y tuvo que salir, ahora la de las excusas es ella.

Mi cara debió transformarse drásticamente, porque vi que abrió los ojos tanto que parecía que fueran a escaparse de sus órbitas.

Subí el volumen de la radio, mucho, no quería escuchar nada de lo que tuviera para decir después de eso. Fijé la vista en el camino y ni parpadeé, para colmo, el tránsito era una verdadera locura y mi cabeza era un caos. Agustín se dio cuenta de que era mejor no intentar hablar, me miró un par de veces y decidió, finalmente, mirar por su ventanilla.

¿Qué clase de juego perverso estaba jugando? En nombre del amor que alguna vez le tuve y le tengo, debía decir basta, ya era algo inminente, aunque me doliera el alma, aunque sintiera que me arrancaban la vida completa, sabía que, a la larga, podría con eso.

Alguien que una vez me traicionó me dijo que lo que no te mata, te hace más fuerte, más fría y hasta más sexy; no sé si será exactamente así, pero lo que sí tenía claro en ese momento era que no me iba a volver a romper como lo había hecho.

Llegamos, estacioné y bajé del coche sin esperarlo. Podía escuchar cómo apresuraba el paso detrás de mí, entré en el ascensor y él llegó justo a tiempo.

«¡Maldita mi suerte!»

—Paloma…

—No se te ocurra decir nada.

—¡Estás siendo irracional! —gritó—. Vos supiste desde que volvimos a vernos, hace seis años, que yo estaba con Ania, nunca te mentí… —hizo una pausa, detuvo el ascensor y se volteó a verme—. Te pedí tiempo, te dije que quería estar con vos, pero que no era nuestro momento.

—Lo siento, tuve demasiada paciencia y yo no quiero ser segunda opción de nadie, ya no más, te lo dije, te lo repetí hasta el cansancio… si volvimos cada vez fue porque este sentimiento es más fuerte que la dignidad que alguna vez tuve —no quería llorar y aunque dolía demasiado, tragué mis lágrimas y continué—. Poné en marcha el

ascensor, por favor —dije y me arrinconé en el otro extremo.

—Obviamente no sé cómo quererte…

—De eso puedo darme cuenta, pero no es tu culpa, tranquilo.

Finalmente, hizo lo que le pedí y , segundos después, estábamos en el piso del auditorio.

La presentación fue un éxito, la constructora obtuvo la obra y aquello que significaba para mí el comienzo de una nueva etapa, era, en realidad, el cierre definitivo.

6

Recorrí el departamento con el corazón en la mano. En el dormitorio, la cama revuelta era la prueba fehaciente de lo que había ocurrido la noche anterior; el elixir de nuestros cuerpos en las sábanas, su perfume en la almohada, era desgarrador. Abrí la valija y comencé a guardar mis cosas sin mucho esmero. Cuando hube terminado, solo quería dormir, pero no allí, porque allí había un cadáver. Tomé una almohada del vestidor, una colcha, me acosté en el sillón y luego de horas enfrentándome a la elección de mi vida, me dormí.

Desperté cuando estaba apenas amaneciendo, preparé café, me envolví en la colcha y me senté a disfrutarlo en el sillón de la terraza. Hacía frío, o tal vez era yo, decidí entrar para chequear si podía cambiar mi pasaje para ese mismo día, de lo contrario tomaría un vuelo a cualquier sitio, no importaba; todo lo que quería era poder irme de allí.

Abrí el *laptop* y me dispuse a redactar la carta de renuncia, bastaría con unas pocas líneas; la adjunté y la envié sin más.

Busqué mi celular y no lo hallé, finalmente lo encontré en mi maletín, apagado; se había quedado sin batería. Lo puse a cargar y fui a por una ducha. Mientas el agua tibia acariciaba irreverente a mi cuerpo, me percaté de que no había llorado… estaba seca.

Prendí el celular y varios mensajes de Agustín me sacudieron, también había dos mensajes de Irina y uno de Mauricio. Mi corazón traicionero fue directo a que lo estrujaran, otra vez, despiadadamente, Agustín sabía qué fibras tocar y yo era débil ante ese toque. Debía elegir en ese preciso instante, de lo contrario, volvería a jugar el papel de segunda, algo que no quería seguir haciendo, sabía que la próxima vez no saldría indemne. Dejé el celular sobre la mesa, con su último mensaje:

**¡Te elijo, Paloma! ¡Te elijo una y mil veces!

Tomé una hoja, una lapicera y escribí:

Quizá fue una hecatombe de esperanzas,
un derrumbe de algún modo previsto.
Ah, pero mi tristeza solo tuvo un sentido.
Todas mis intuiciones se asomaron
para verme sufrir
y, por cierto, me vieron.
Hasta aquí había hecho y rehecho
mis trayectos contigo,

hasta aquí había apostado
a inventar la verdad,
pero vos encontraste la manera,
una manera tierna y a la vez implacable,
de desahuciar mi amor.
Con un solo pronóstico lo quitaste
de los suburbios de tu vida posible,
lo envolviste en nostalgias,
lo cargaste por cuadras y cuadras
y, despacito,
sin que el aire nocturno lo advirtiera,
ahí nomás lo dejaste,
a solas con su suerte,
que no es mucha.
Creo que tenés razón,
la culpa es de uno cuando no enamora
y no de los pretextos
ni del tiempo.
Hace mucho, muchísimo
que yo no me enfrentaba
como anoche al espejo,
y fue implacable como vos,
mas no fue tierno.
Ahora estoy solo,
francamente solo.
Siempre cuesta un poquito
empezar a sentirse desgraciado.
Antes de regresar
a mis lóbregos cuarteles de invierno.
Con los ojos bien secos,
por si acaso.
Miro como te vas adentrando en la niebla
y empiezo a recordarte.

Mario Benedetti

Doblé el papel y lo dejé debajo de la caja maltrecha que contenía su regalo. Tipeé una rápida respuesta a su último mensaje y dejé el celular sobre la mesa.

**Esta vez me elijo a mí…

7

Miro alrededor, tomo mi valija y salgo. Sé que Agustín no tardará en llegar y estoy segura de que no podré con la fuerza de su presencia.

El taxi me espera en la vereda, el chofer carga mi valija, cierro la puerta y lo veo bajar raudo de su coche.

Es, en ese instante, cuando mi mundo se derrumba.

Entre dos amores

1

2017

—Hola…

—¡Hola, Fran!, ¿cómo estás? —Casi no pudo disimular la alegría que le provocaba escucharlo.

—No me preguntes nada, estoy viajando para allá, ¿podemos escaparnos a un lugar tranquilo?

—¿Qué pasa?

—Ahora no, por favor, después hablamos. ¿Podemos irnos a algún lado donde nada ni nadie nos encuentre?

Sabrina le había prometido que siempre estaría cuando él la

necesitara. No era normal que pasara tantos días sin responder un solo mensaje o *email*, así que, cuando recibió esa llamada, enseguida supo que algo estaba mal.

—¡Claro! —respondió pasando el celular de una oreja a la otra—. Gabriel está de viaje, podemos ir a la costa o al campo.

—Campo… llego mañana —aseguró raudamente—, ¡gracias, Sabri!

—Pasame luego el horario, ¿ok?, así te espero en el aeropuerto y seguimos camino. —Sabrina hizo una pausa, escuchó un suspiro de fondo y agregó—: Fran… va a estar todo bien, lo sabés, ¿no?

—No, no lo sé, por eso necesito alejarme de acá y verte. Te extraño mucho.

—Yo también te extraño, me preocupaste estos días, ¿sabés?

Ella sabía que eso sonaba a reproche y a pesar de que hacía ya un tiempo se había propuesto no reprochar o preocuparse demasiado por lo que sucedía en esa otra parte del mundo, muchas veces fracasaba estrepitosamente.

—Perdón, no fue mi intención —dijo casi murmurando—, te quiero, Sabri. Nos vemos mañana, ¿sí?

—Ok, que tengas buen viaje… te quiero —terminó diciendo a un volumen apenas audible.

Sabrina era una mujer casada, escultora y docente, era miembro de varios talleres y, en alguno de ellos, impartía algunas clases virtuales y presenciales. Le pagaban muy bien, sobre todo cuando debía viajar; así que podía decirse que vivía de la docencia y no de su arte aunque, de vez en vez, y solo para clientes muy exclusivos, seguía trabajando.

2

2014

—¡Sabri! ¡Tengo mi primera exposición y quiero que vos estés ahí! —dijo Celeste ni bien apareció la imagen de Sabrina en la pantalla de su computadora.

—¡Qué felicidad, Cele! ¡No sabés cuánto me alegro! Yo sabía que te iban a dar el espacio en esa galería, esa colección es genial y me siento muy orgullosa de vos y de tu trabajo.

—Sé que te alegrás y esto no hubiera sido posible sin tu tutoría, así que te necesito para que hagas la presentación.

—No creo, Cele… han sido meses agotadores por tantos viajes, estoy pensando en tomarme un tiempo y volver el año que viene con la energía renovada, no me he tomado vacaciones en un largo tiempo…

—¡Te voy a buscar, Sabrina Cáceres! Además, podemos tomarlo como vacaciones, solo será la noche del veinticuatro de mayo, el resto es descanso, lo prometo.

—Dejame evaluarlo, ¿sí? Pasame luego toda la info por *mail* así la tengo y me organizo, en esa fecha Gabriel todavía estará de viaje así que no será posible tomarlo como vacaciones, al menos no en pareja.

—Pensalo… también te va a venir bien, ¿cómo están?

—Estamos bien, Gaby viaja mucho, yo también, lo normal.

—No lo pienses mucho, nena, ¡venite! —Hizo una pausa y continuó—: sin excusas.

La escultora era de esas mujeres poco impulsivas, incluso, a primera vista era clásica y moralista, aunque estaba muy lejos de serlo, en esencia era un espíritu libre y curioso. Le costaba mucho decir que no, así que tenía la reputación de ser “la reina de las excusas”.

Ya pensaré qué decirle llegado el día, se dijo.

Ya lo había decidido, no iría, no porque Celeste no lo mereciera, sino porque realmente odiaba esos eventos y más si ella era la que tenía que, de alguna manera, presentar a la artista; amaba la docencia, no las relaciones públicas. Una de las causas por las que dejó de exponer fue esa, lo definía como una incapacidad.

Sabrina quedó inerte en el cómodo sillón de su *living*; ya empezaba a refrescar así que se estiró para cubrirse con la manta que le había tejido, en crochet, su abuela hacía ya tantos años.

Recordó, como siempre, las manos que le enseñaron a trabajar la arcilla, a usar el cincel y el mazo o el raspador para el bronce. Esas

manos fuertes que, podían dar duros golpes a una piedra tanto como dulces caricias a una delicada masa para hornear galletas.

Con una sonrisa en su rostro fue a servirse una copa de vino para retomar una serie que había logrado engancharla y sacarla del taller, fue ahí cuando escuchó la notificación de un mensaje de Facebook en su celular. Miró el reloj, eran las once de la noche, se sentó con las piernas cruzadas sobre el otomano y miró el mensaje.

En qué andás?

Por servirme una copa de vino, vos?

Por terminar la botella

Ya lo creo!

Venís a la expo de Celeste?

No creo… bah, en realidad no

Claro, la reina de las excusas. Yo voy y quiero conocerte, en persona, de una buena vez!

No sé, Franco. Ya te dije que este tipo de eventos me dan pánico escénico. Dame un momento que voy por mi copa.

Ok.

Franco era colega de Sabrina, lo suyo era la teoría y se sabía bueno en eso, pero muy pocas veces se sentía en confianza para mostrar sus obras a alguien, sin embargo, con ella se sentía diferente, le inspiraba tranquilidad y, por qué no decirlo, una curiosidad que lo abrumaba. Admiraba el trabajo de la escultora, también su sencillez y lo cautivó su desfachatez.

Un año antes, Franco estaba pasando por un momento muy depresivo y Sabrina le había enviado un mensaje con una pregunta que lo hizo reflexionar acerca de su vida.

Sos feliz, Franco?

Ella no sabía qué la había motivado a escribirle, no lo conocía, había hablado pocas veces con él, pero algo la impulsó a preguntarle eso, aun cuando siempre se vanaglorió en ser alguien racional y hasta calculadora.

Cuando Franco leyó ese mensaje, su primer impulso fue increparla por tamaña desfachatez. ¿Quién era ella para hacerle ese tipo de preguntas? ¿Cuándo le había dado esa confianza? Pensó. Cerró su computadora, le “clavó el visto” y se fue a dormir.

Los días pasaron y Sabrina había asumido que ya no le respondería, tampoco se había puesto a pensar en lo poco ubicada que había estado, después de todo, él parecía ser una persona de mente abierta, ¡obviamente no lo es! ¡No fue para tanto!, se dijo y olvidó el asunto, pero Franco no, esa pregunta lo atormentó día y noche durante varias semanas. ¿Por qué se había molestado tanto? Él era así de desfachatado y, de alguna manera que no podía explicar, entendió

el motivo de su enojo.

Ella lo había visto más allá, había descubierto su secreto, sabía qué sentía y cómo sentía; se consideró desnudo y vulnerable ante ella, así que abrió su computadora y le respondió.

NO.

Ella no pudo disimular la sonrisa en su rostro cuando vio de quién se trataba la notificación del mensaje. En ese momento estaba en una reunión de amigos y no quiso responder, aunque sus dedos le picaban por hacerlo.

Luego de eso, sus charlas se hicieron más profundas e íntimas. Pensaban y sentían casi de la misma forma, era como haber encontrado a su otro yo en otro lado. También peleaban, puesto que era como estar frente a un espejo.

Viajó, finalmente, a la exposición de Celeste quien la pasó a buscar por el lugar pactado para llegar juntas a la exposición y poder conversar en el camino.

Eran amigas y colegas desde hacía muchos años, Sabrina había sido su docente y, a partir de ahí, se había generado una linda amistad, aun cuando las separaban demasiados kilómetros.

Llegaron a la galería y todo estaba perfectamente dispuesto, los invitados iban llegando y ambas amigas estaban muy ansiosas. Celeste comenzó a saludar y conversar con los asistentes, Sabrina se ubicó estratégicamente en un rincón solitario y escondido, mirando hacia la puerta. Quería verlo llegar.

Cuando la sala estuvo colmada, la protagonista de esa noche buscó incansablemente a su amiga, pues ya era la hora de comenzar la parte formal de la velada. Allí la encontró, taciturna y arrinconada.

—¡Sabri! ¡Te estoy buscando hace rato!

—Perdón… estoy muy bichito, me siento ahogada en estos eventos. Dame cinco minutos y voy para ahí.

La realidad era que, además de sentirse ahogada, esperaba ver a Franco y él no parecía que fuera a honrarlos con su presencia.

Tomó un sorbo de agua, respiró hondo y se dirigió al pequeño estrado que se había dispuesto para la ocasión donde aguardaba Celeste.

—¡Amigos! ¡Quiero agradecer a cada uno de ustedes por acompañarme este día tan especial y ansiado por mí! Tengo el honor de que también me acompañe alguien muy querida y que pocas veces podemos contar con su ilustre presencia. ¡Con ustedes… la escultora uruguaya, Sabrina Cáceres!

Extrañamente se sintió cómoda, la presentación fue todo un éxito, el trabajo era, simplemente, brillante y su técnica era perfecta, por lo que se sentía muy orgullosa de su amiga, antes alumna.

Estaba abstraída, mirando una de sus obras favoritas cuando alguien le extiende una copa.

—Finalmente…

Tomó la copa, se miraron, sonrieron, se miraron más allá y, en esa mirada, se dijeron todo. La química era evidente y en ese momento se hizo tangible.

Hablaron y rieron como si se hubieran visto el día anterior, nada hacía parecer que era la primera vez que estaban *face to face*. Terminaron la noche, ya muy entrada la madrugada, sentados en una cafetería del centro de la ciudad hablando sobre la *inmortalidad del cangrejo.*

Él la acompañó hasta el departamento que tenía en Buenos Aires para cuando debía viajar a dictar talleres; caminaron juntos, se acercaba el momento de la despedida y ninguno de los dos quería que esa noche acabara. Sabrina abrió la puerta del edificio y Franco, sin mediar palabra, la besó.

—Abrazame… —pidió ella y él le abrazó el alma.

Aquel beso y aquel abrazo en el *lobby* del departamento cambió sus vidas, para siempre.

3

2017

Franco llegó al departamento en el que vivía hacía más de un año con Florencia. Se habían mudado a Costa Rica como parte de la promoción laboral de ella. Luego de mucho conversarlo, finalmente lo hicieron, suponiendo, además que eso mejoraría la relación.

Ella estaba sentada en una banqueta de la isla de la cocina con su computadora, donde acostumbraba a estar cuando se encontraba allí. Levantó la vista de la pantalla y sus miradas se cruzaron. En la de ella había tristeza. En la de él: culpa y hastío. Ninguno dijo nada, ninguno sabía ya qué decir.

Siguió a su habitación, armó un pequeño bolso, guardó su computadora en la mochila, se sentó en los pies de la cama y miró a su alrededor. Pensó en Sabrina y en la mujer que acababa de ver en la cocina, se sentía miserable y volvía a su cabeza aquella pregunta que había iniciado todo hacía ya algunos años:

Sos feliz, Franco?

No, no lo era desde hacía cinco años y no lo estaba siendo en ese momento. Odiaba sentirse así, por eso había tomado esa decisión. Tomó su chaqueta de cuero del vestidor y salió de la habitación.

Florencia estaba de espaldas, había comenzado a preparar la cena, su cabeza era un torbellino, él no hablaba con ella y ella no sabía cómo acercarse a él. Franco dejó sus cosas de costado a la puerta y se arrimó para despedirse, sabía lo que sucedería: llanto, promesas, victimización, más llanto, reproches, enojo, rompería algo de la vajilla y finalmente lo insultaría; sabía cómo y en qué orden se daría todo, sabía qué diría, y hasta con qué tono y ritmo lo haría.

Y así fue, casi milimétricamente, como un libreto que ya sabía de memoria. No dijo nada, ¿para qué? Tomó sus cosas y se fue, ya no era el tiempo de las palabras.

Sabrina amaneció, como todas las mañanas en las que Gabriel estaba de viaje, con su voz en el teléfono.

—¡Buen día, Gaby!

—Buen día, princesa. ¿Cómo dormiste?

—Bien, ¿vos?

—Bien, planificando el día…

—¿Muy complicado? ¿Está Ornella?

—Un verdadero infierno de reuniones y negociaciones, pero no te voy a aburrir con eso… Orne llega mañana. ¿El tuyo cómo se prepara?

—Me voy para el campo en un rato... solo tengo que decirle a mi

cuerpo que se levante de la cama —dijo desperezándose, al tiempo que escuchaba un resoplido de fondo.

—Tené cuidado, ¡por favor!

—¡Ay, Gaby! Nací arriba de un caballo, arreando ganado y esquilando ovejas… Te recuerdo que yo te enseñé a disparar un arma y a carnear un animal. No me hagas sentir una inútil solo porque ahora vivo en tu castillo de cristal, ¡te lo pido por favor!

—Nuestro castillo, en todo caso —aclaró, enfatizando el "nuestro"—, y lo sé, pero me conocés y me da miedo que estés sola.

—Por eso mismo… y quedate tranquilo que no voy a estar sola.

—Sabri… voy a estar llegando a mediados de la semana que viene, ¿creés que podamos irnos a la costa y conversar?

—Sí, claro… —Sabrina no preguntó de qué, ya lo intuía. Nos hablamos más tarde o mañana, ¿sí?

—Claro, cuidate. Besos.

—Besos.

Gabriel conoció a Sabrina quince años atrás y fue lo que habitualmente llaman "amor a primera vista", en una de sus últimas exposiciones. Él escudriñaba una de sus obras, ceñudo, algo lo tenía molesto y ella, curiosa como siempre, tenía que saber qué era.

4

2002

—Un horror, ¿verdad? —sentenció ella.

Él la miró de soslayo, tenía una copa de vino tinto en su mano, dio un pequeño sorbo y respondió.

—Yo lo encuentro exquisito… si es que te referías al vino.

—El vino está exquisito, pero me refería a esta pieza —dijo ladeando la cabeza de un lado al otro—. ¿Qué habrá querido hacer el artista?

—A decir verdad, estoy entre fascinado y horrorizado.

—Ajá… Yo estoy decididamente horrorizada, ese trinchador saliendo de… allí… —hizo un gesto actuado de consternación y lo miró para ver su reacción.

—Interesante…

Discutieron por casi una hora acerca de los diferentes ángulos y aspectos de aquella obra hasta que, sin darse cuenta, alguien se acercó a ellos.

—Disculpen la interrupción, Sabri, hay una interiorista que quiere hablar con vos por dos piezas. Gabriel, te la robo un momento.

—¿Sabrina? ¿Sabrina Cáceres?

—Ajá… —Se sonrió a sabiendas de la picardía que acababa de hacer.

El rostro de Gabriel se transformaba de asombro a admiración, segundo a segundo. No pudo más que reírse por la osadía de la joven.

—Espero volver a tener la oportunidad de una charla tan amena e ilustrativa.

La curadora de la galería de arte tironeó de ella y se alejó, pero ninguno de los dos pudo despegar la mirada del otro el resto de la noche, adonde iba uno, lo seguía el otro; miradas directas e indirectas jugando al gato y el ratón.

Encendió un cigarrillo y tras una calada escuchó la voz de Gabriel que hacía lo mismo en la oscuridad de la salida trasera del depósito.

—¿Buscando algo de paz?

Ella se sobresaltó, había pensado que se habría ido y eso la había defraudado un poco, pero allí estaba.

—Así es… es abrumador, detesto estos eventos.

—¿Es por eso que no te presentaste como la artista? ¿Te divertiste un rato a mi costa?

—Es de la única manera en la que puedo tener un respiro y no pasarla tan mal, encontrar algún incauto que no me reconozca y así

poder relajarme un rato —rio—. Generalmente la diversión termina como terminó hoy, lamentablemente.

—Al igual que con tu obra, no sé si estar horrorizado o fascinado, creo que también la segunda.

—¿Quién es Gabriel?

—Mmm… No me parece que la oscura salida trasera de una galería de arte sea el lugar adecuado para esta conversación.

—Obviamente Gabriel es un hombre clásico y galante.

—Depende… —dijo con voz seductora— mañana en la cena podrás descubrirlo.

—Mañana tengo una cena pautada con alguien del gobierno, un tedio total…

—¿Quién es el gato y quién el ratón? —preguntó victorioso, aplastando la colilla de su cigarrillo—. Mañana. —Le besó la mejilla y entró al salón para despedirse de la curadora y marcharse. Su chofer ya lo esperaba en la puerta.

Sabrina quedó estupefacta, recién acababa de caérsele la última ficha.

5

2017

Tras darse una ducha, Sabrina tomó la camioneta y condujo al aeropuerto; el aterrizaje había sido puntual por lo que, pocos minutos después, Franco atravesaba la puerta de arribos.

Lo vio de lejos y lo notó demacrado, hizo un esfuerzo sobrehumano por no correr a su encuentro, para abrazarlo y besarlo. Para ella era claro que ese no era un encuentro romántico, sino más bien estaba tirando un salvavidas por la borda. Incluso, por un momento, se le pasó por la cabeza que fuera la hora del adiós definitivo, pero cuando él la vio y le sonrió, vio cómo se le iluminó el rostro a aquel hombre que, soltando el pequeño carro con su escueto equipaje, la abrazó tan fuerte que ella creyó que la desarmaría.

—Te extrañaba tanto —le dijo y la besó primero en la frente inhalando fuertemente su aroma, y luego profunda y apasionadamente en los labios.

No era el mejor lugar, cualquiera podría verlos, pero su aliento y su sabor hicieron que se le aflojaran las piernas, si la o lo soltaba, se caería. Él lo supo y no la dejaría caer.

Tras unos minutos que supieron a poco, deshicieron el abrazo y se encaminaron a la salida.

—¿Cómo estuvo el vuelo?

—Bien, supongo. Tomé una pastilla para dormir, hacía muchos días que no dormía. Estoy muy cansado.

Sabrina abrió la puerta del maletero, él guardó allí su equipaje y cada uno se sentó en una butaca ajustándose el cinturón de seguridad para emprender el camino hacia la casa de campo.

—Llamar Carmelo —dijo tras salir del aeropuerto, accionando un botón en el volante.

—Aló.

—Hola, Carmelo, ¿cómo está?

—Bien, bien, *'mija*. Dichosas las orejas que la oyen —Sabrina rio, sabía que le diría eso.

—Estoy yendo para allá, Carmelo. ¿Puede prender las estufas, dejar leña apilada, pedirle a Rosita que prepare los dormitorios y deje algo para comer que llegaremos después del mediodía?

—¡Claro, *'mija*! ¿Asadito *p'al* señor?

—No, Carmelo, el señor está de viaje, voy con amigos.

—Será un placer recibirlos.

—No se preocupe, vayan para la casa de la playa, pasen una

semana allá, a Rosita le va a venir bien el aire de la costa.

—¡Gracias, gracias, *'mija*!

—Y… Carmelo… déjeme las llaves de la despensa. ¿Hay algo en el *freezer*?

—Sí, carneamos hace quince días, está *enllenito* y ya le digo a Rosita que le deje aprovisionada la alacena y la heladera.

—Gracias, disfruten, ahora le aviso a Enrique que van para allá.

—¡Gracias, *'mija*! No corra en esa camioneta que yo a *uste'* la conozco.

—Tranquilo, buen viaje, dele un beso de mi parte a Rosita y a Juana. —Cortó la llamada desde el mismo botón del volante y volvió a presionarlo para llamar al casero—. Llamar Enrique.

—Sabrina, ¿cómo estás?

—¡Lola! ¡Qué lindo escucharte! ¿Cómo estás?

—Bien, bien, acá, visitando a los viejos.

—Genial, ¿cuánto tiempo te quedás?

—Solo el finde…

—¡Ah! ¡Qué pena! Avisá con tiempo la próxima y me escapo a verte. Escuchame, podrás avisales a tus viejos que van Carmelo, Rosita y Juana para allá a pasar unos días. Quiero que descansen, que no los dejen hacer nada, ¡por favor!

—Difícil, Sabri, vos sabés lo que son ese par cuando se juntan, pero la van a pasar bien.

—No tengo dudas, tengo que colgarte que estoy manejando. Te mando un beso y ¡volvé pronto!

—En un par de meses, prometo avisarte. ¡Besote!

Franco la miró, admiraba el don de gentes que tenía, el trato humano con los mayores y con el personal de servicio.

—¡Listo! Todo arreglado. —Puso sexta y aceleró en la ruta.

—Todos te adoran y puedo entenderlos.

—¿Querés recostar el asiento y dormir un poco?

—¿Por qué habría de querer hacerlo? —dijo poniéndose de costado para poder mirarla mejor.

—No sé, como no tenés ganas de hablar y estás cansado…

—No viajé nueve mil kilómetros para dormir en el auto, bolu, no quiero hablar de eso ahora, ya habrá tiempo, eso no quiere decir que no podamos hablar de otras cosas.

No sé para qué viajaste, en realidad, pensó.

—Ok, hacé algo… ocupate de la música y contame lo que tengas ganas de contarme —el chico sonrió y buscó algo que sabía que ella tendría, pues tenían gustos musicales muy similares.

El viaje transcurrió con algunas charlas, cánticos y algunas risas seguidas de largos silencios con fondo musical.

—Te comparto datos, la contraseña es mi fecha de nacimiento —le

dijo cuando vio que Franco sacó su celular.

—Gracias… es que...

—No tenés que explicarme nada —dijo sinceramente.

—Lo sé y esa es de las tantas cosas que amo y odio de vos… en partes iguales.

En partes iguales, repitió ella para sí. ¿Es que acaso no sabía él el alcance y profundidad que tenían en ella esas palabras?

Hicieron una parada para recargar combustible, comprar café para el camino y algunas botellas de vino, Sabrina no era amante del vino casero que fabricaba Carmelo y estaba bastante segura de que Franco tampoco lo sería. Rosita conocía perfectamente sus gustos, así que la alacena estaría repleta de productos para cocinar a sus anchas, algo que disfrutaba muchísimo en ese lugar.

Cerca del mediodía llegaban a la casa bajo un diluvio que empapó a Franco al bajarse a abrir el portal de entrada del patio andaluz. Al abrir la puerta de la casa el calor del interior los abrazó y el aroma de una deliciosa comida les abrió el apetito.

Sabrina fue a buscar una toalla, se miró al espejo y ató su cabello en una cola de caballo alta.

—Si querés darte una ducha caliente, en la tercera puerta a la izquierda hay una habitación con baño —sugirió entregándole la mullida toalla azul con aroma a lavanda y romero—. Voy a ver qué dejó Rosita para comer, ponete cómodo.

Franco estaba de pie en medio del *living*, el crepitar de la leña y su calor, sumado a la mojadura y el cansancio del viaje lo habían agotado. Dejó su mochila y bolso en el suelo, tomó la toalla y se secó el rostro y el cabello.

—Voy a…

—Tercera puerta —gritó desde la cocina.

—Gracias.

Levantó su equipaje y se dirigió por el pasillo hacia donde le había indicado, cerró la puerta tras de sí y apoyó su espalda en ella. La habitación era simple y rústica, algo con lo que raramente él se sentía cómodo. La sintió tan cercana y tan Sabrina que, por primera vez en muchos meses, se sintió en casa.

Colocó un leño en la estufa del dormitorio y frotó sus manos acercándolas al fuego, vio en el rincón un gran busto de madera que sabía que había sido tallado por su abuela. Verlo con sus propios ojos superaba la impresión que se llevó cuando lo vio por primera vez en fotos. Aquel caballo parecía vivo, la expresión de sus ojos, el detalle de las crines, era impactante.

Se sentó en la cama, era cómoda y deseó que no fuera en la que Sabrina y Gabriel hacían el amor, se negaba a imaginarla haciéndolo con otro hombre.

Recordó la última vez que habían estado juntos, lo intenso que había sido para ambos y lo mal que la había pasado a partir de ese momento.

Se recostó, abrazó la almohada y, con su perfume, no pudo evitar recordarla desnuda sobre él, montándolo. Recordar el bamboleo de sus pechos pequeños, pero perfectos, entrecubiertos por las largas y ondeadas hebras cobrizas de su cabello, por entre las que asomaban sus pezones rojizos y excitados por el esmerado mimo de su boca.

Recordó sus gemidos y lo pusieron a mil, recordó lo apretado de su sexo, su delicioso sabor y la perfecta sincronía de los movimientos de sus cuerpos, hacer el amor con ella era magia pura.

Se encontró agitado y excitado, con su sexo húmedo y erecto, necesitaba tocarse, pero no sería allí. Le gustaba hacerlo en la ducha, sentir el agua recorriendo su cuerpo, lo asimilaba al aura que ella proyectaba y con la que lo envolvía, mientras se masturbaba pensándola.

Se incorporó, se desnudó y fue a la ducha. La bañera con patas de bronce ubicada en medio de aquella habitación inmaculada llamó su atención.

Quizás en la noche, pensó y abrió el grifo que supuso abriría la gran roseta.

El baño le resultó delicioso, se colocó sus jeans y se recostó nuevamente en la cama.

—Fran... si estás listo, sirvo la comida —dijo a través de la puerta.

Él se sobresaltó, estaba lejos, muy lejos, recordándola, pero la dulzura de esa voz, era la misma que le acababa de decir en ese recuerdo, que era suya.

Tuya, soy tuya, Franco.

Pestañeó fuerte, se tomó unos minutos para recomponerse y salió.

Sabrina encontró en el horno la comida, agregó un poco de leña a la antigua cocina de hierro fundido y aderezó la ensalada que Rosita le había dejado preparada en la heladera. Tendió la mesa en el *living*, puso algo de música que sabía que le gustaría a Franco, se sirvió una copa de vino y fue a llamar a Gabriel que estimaba que ya estaría cenando.

—¡Hola, Gaby!

—¡Hola, Sabri!, ¿cómo estás?

—Bien, acá en el campo, por almorzar… hermoso como siempre. ¿Vos en qué andás?

—En el lobby del hotel esperando que nos recojan para la cena. ¿Vos?

—Me serví una copa de vino, Carmelo prendió las estufas y Rosita dejó preparado algo rico para comer, así que voy a ir al taller más

tarde o dormiré o leeré o tal vez prepare las galletas de mi abuela o, simplemente me quedaré mirando el fuego… todavía no lo sé.

—Igual que siempre, mi indecisa preferida. ¿Estás sola?

—No, estoy con Franco. Carmelo y Rosita están en la costa con Juana.

—Ah, me quedo más tranquilo entonces, ¡pasalo lindo!

—No es un encuentro pautado…

—¿Cómo? ¿Está todo bien?

—Sí, yo sí, él no lo está. No sé qué le pasa, todavía no hemos hablado, pero no voy a dejarlo solo.

—Lo entiendo… sí.

—Lo sé.

Sabrina se despidió, no sin antes decirle que disfrutara junto a Ornella.

Y era cierto, no había hipocresía allí. Para ella había sido toda una revelación el planteo de un matrimonio abierto que le había hecho Gabriel desde el inicio, ella sabía lo que él sentía por ella, pero también sabía que él necesitaba otras pieles, Ornella no era la primera relación de Gabriel, aunque sabía que esa era una relación diferente a las demás, la amaba y eso, al principio, le había sido difícil de digerir, de eso ya habían pasado seis años.

Lo cierto es que, a pesar de lo que pudiera decir la gente, ellos eran honestos con sus necesidades; no había engaños, no había necesidad de mentiras, nadie se lastimaba.

6

2002

El chofer detuvo el coche en la puerta del *loft* de Sabrina, marcó su número, estaba ansioso; esperaba que estuviera lista, no había querido llamarla antes para no darle la chance de cancelar la cita.

—Hola…

—Gabriel Etchegaray.

—Lo sé, te tengo agendado.

—Estoy abajo.

—¿Subís o me esperás ahí? Estoy terminando de arreglarme.

La puntualidad no era una de las virtudes de Sabrina y no era porque no lo intentara, simplemente se las ingeniaba para siempre llegar tarde.

—¿Estás decente? —preguntó risueño.

—Nací decente… —coqueteó ella.

Gabriel bajó del vehículo, miró hacia arriba y la vio envuelta en una bata, segundos después escuchó la chicharra que le permitiría subir al paraíso.

Educado, galante, sensual, así era Gabriel; su mirada era transparente, todo en él gritaba libertad y eso la había seducido desde el primer instante en que lo atrapó mirando su obra.

Sabrina se quitó la bata rápidamente y se colocó el vestido, se perfumó y buscaba sus zapatos en el momento en que Gabriel golpeaba la puerta que ella había dejado entreabierta.

—¡Pasá!

—Permiso…

Ella es recostó de espaldas a la baranda del entrepiso mientras se calzaba sus zapatos rojos. Gabriel la vio tan sensual que tuvo que reprimir sus ganas de subir de dos en dos las escaleras y poseerla allí mismo.

Bajó rápidamente, retocó el labial, tomó su cartera y se acercó para saludarlo.

—Estás realmente hermosa.

—No se queda atrás, director.

—Hoy soy solo Gabriel —le dijo y la besó en la comisura de sus labios sin titubeos.

La tomó de la mano y minutos después estaban dentro del coche rumbo al restaurante elegido.

Durante el corto trayecto conversaron sobre la pequeña broma de la noche anterior y él le explicó, por si no se hubiera dado cuenta, que

tenía muy claro desde el inicio quién era ella.

—¿Esta se supone que es una reunión de trabajo?

—Podría decirte que sí, pero ¿para qué voy a mentirte? —dijo él bebiendo un sorbo de su vaso de *whisky*.

—Ajá… —murmuró la mujer que estaba sentada frente a él.

—Tu agente es como una carcelera; espero que no te haya molestado —ella lo miró y rio sonoramente—, pero siempre podemos hablar de negocios, claro.

—No hago negocios con un hombre que me interesa.

—Ni yo, entonces todo va a estar bien —dijo acariciando con su dedo índice el borde del vaso y mordiéndose el labio al tiempo que sonreía con sus ojos.

Gabriel se sintió halagado, él era algunos años mayor que Sabrina y si bien se sentía muy seguro de sí mismo, la seguridad de aquella mujer lo desarmaba por completo.

En cambio, ella no se sentía tan segura, era más bien una postura, una máscara que usaba y de la que a veces abusaba. Sabía que era buena en su trabajo, sin embargo, la exposición pública no le agradaba en absoluto, someterse a la crítica destructiva y a la falsedad la tenían, francamente, agotada; por ese motivo estaba pensando en no volver a exponer, al menos por un buen tiempo. Eran demasiados años haciendo algo que amaba, pero que, para hacerlo, debía hacer algo que no disfrutaba en lo más mínimo, no era un ganar/ganar.

Esa noche fue el inicio, el inicio de aquella relación envidiada por muchos.

7

2017

Franco llegó al *living* cuando Sabrina terminaba la llamada con Gabriel, cruzó la estancia hacia la gran chimenea que estaba encendida; ella lo miró, no quería acercarse pues no quería que lo tomara como un avance. Se moría por abrazarlo, por besarlo y por decirle que todo estaría bien, pero creía que él, quizá, la rechazaría y no estaba segura de poder soportarlo. Lo miró un instante, su mirada estaba perdida y se le hizo un nudo en la garganta al verlo tan vulnerable. Fueron unos minutos, pero le parecieron una eternidad.

Él la miró. La miró y le sonrió, pero no era una sonrisa matadora como a las que estaba acostumbrada.

—¿Comemos? —le dijo entregándole una copa y desviando la mirada a la mesa ratona que había preparado.

—Pastel de papas con ensalada, mmm… uno de mis preferidos.

—Lo sé, pero no te acostumbres, es solo un mimo.

—Gracias —dijo acercándose hacia ella y besándole la punta de la nariz.

Se sentaron uno al lado del otro, Sabrina sirvió y le entregó el plato guiñándole un ojo, luego se acomodó con las piernas cruzadas de frente a él.

—Tenés un hermoso lugar acá, se respira paz.

—Ya lo creo, chico de ciudad; si tenés ganas, y para un poco de llover, podemos salir a caminar o a montar… —rio—, aunque no te veo montado a un caballo.

—¡Forra! —dijo e hizo un ruido gracioso que solía hacer cuando algo le gustaba—. Está muy rico…

—Lo hizo Rosita, es muy genia, mañana cocino yo, lo lamento…

—¡Callate! Cocinás rebién, ¡no te hagas!

—Lo sé —dijo y rio.

La conversación giró en torno a Gabriel, Gabriel y Ornella. Envidiaba un poco que tuvieran una relación abierta y libre. Él hubiese deseado tenerla, suponía que la honestidad brutal que implicaba esa clase de confianza, fortalecería la relación, pero cuando se lo planteó a Florencia, ocurrió todo lo contrario. La relación se fue craquelando hasta el punto de quiebre en el que se encontraban en ese momento. Ella no era una mujer que disfrutara plenamente de la sexualidad y en los últimos años mucho menos. La quería, pero debía ser honesto con él mismo, no la amaba y se le hacía realmente difícil la convivencia.

Pasaron horas conversando en el sillón o acostados en la alfombra frente al fuego, pero en ningún momento hablaron de forma específica, aunque sí lateralmente, de lo que lo tenía tan afectado.

—La caminata queda para mañana —dijo Franco rompiendo el silencio que había en la sala.

Sabrina abrió los ojos de golpe y volvió a cerrarlos.

—¿Te desperté?

—No, estaba disfrutando… —se interrumpió, iba a decir que disfrutaba de su aroma, pero no le parecía lo mejor en ese momento.

Franco se puso de lado, estaba anocheciendo y la sala estaba en penumbras solamente iluminada por las llamas de la fogata que hacían refulgir la piel de porcelana de Sabrina. La miró embelesado, necesitaba abrazarla, sentirla y contarle todo, todo, en ese orden o a la inversa.

Ella podía sentir la intensidad de la mirada de él abrasándola o, tal vez, era el fuego de la chimenea, no quería seguir por esa línea de pensamiento. Abrió los ojos y se puso también de lado.

—La caminata queda para mañana —dijo y sonrió—; voy a hacer algo para la cena, ¿qué te gustaría?

«A vos», pensó.

Esas horas allí, en el medio de la nada y rodeados de paz, vino, fuego y charlas, le habían recargado un poco, o mucho, las baterías. Así era estar con ella. Siempre había odiado depender emocionalmente de alguien, se había resistido todas y cada una de las veces que había estado por caer, pero Sabrina había llegado a su vida como una tormenta de verano, para refrescar su vida, sin previo aviso, totalmente inesperada, sacudiendo su estructura, inundando cada espacio, sin posibilidad de volver a ser el mismo. No podía, pero más grave era que no quería. Ella era una mujer casada y tenía todo lo que necesitaba, era libre. Lo tenía todo y él no tenía nada, porque no tenerla o tenerla a medias le estaba resultando una tortura, la más cruel, la más sanguinaria.

—Fran…

Perdido en sus pensamientos, solo pudo volver a esa habitación cuando sintió la tibieza de la mano de ella en su mejilla.

—Perdón, me fui.

—Estabas lejos… —dijo suavemente.

—No, demasiado adentro.

—¿Qué tenés ganas de cenar?

—Nada que lleve mucho tiempo, tengo ganas de quedarme así, acá, con vos —dijo pasándole el pulgar por el labio inferior.

Su tacto la sublevaba, su sola presencia la hacía necesitarlo, cerró los ojos cuando rozó sus labios y quiso chuparlo, pero no lo hizo, en cambio le atrapó la mano, la besó suavemente, se puso de pie y se

dirigió a la cocina.

Franco la siguió con la mirada. Tuvo la total certeza, en ese instante, de que la amaba. Sí, la amaba como nunca había amado a nadie.

—¿Empanadas? —gritó desde la cocina.

—¡Perfecto!

Franco atizó el fuego y se perdió en sus pensamientos nuevamente, al cabo de lo que le pareció un largo tiempo se incorporó para buscar a Sabrina, pero no la encontró en la cocina.

—¿Sabri?

Recorrió el pasillo y vio luz en el dormitorio frente al que ella misma le había indicado más temprano. La puerta estaba entreabierta y pudo verla salir del baño a través de una nube de vapor, envuelta en una toalla con su cabello recogido dejando al descubierto su cuello; esa curva que él tanto veneraba.

Abrió la puerta y ella pudo ver su reflejo en el espejo, se miraron a través de él dándose y pidiéndose permiso. Entró lento pero seguro de lo que haría, de lo que quería. Le tomó el rostro y la besó, primero lento, amándole la boca, las sensaciones eran fuertes, se deseaban con locura. Ella dejó caer la toalla para tomarle el rostro y sujetarlo por el cabello. Él se separó un instante para mirarla, admirarla. Era bellísima y era suya.

No dijeron nada, no necesitaban las palabras, luego sería el momento.

Se quitó el *sweater* y ella estiró su mano para acariciarle el pecho; en un instante ambos torsos eran uno. La tomó por las nalgas y la levantó, ella enroscó sus piernas en sus caderas, su sexo rozó el suyo a través de la áspera tela del *jean* y necesitó apretarse más, abrazarlo con todo el cuerpo y escondió la cabeza en su cuello para llenarse con su olor. La llevó así hasta el *living* y la apoyó con cuidado sobre la alfombra. Se sintió descarnada sin el calor de su cuerpo y allí estaba ella, desnuda y expuesta. Hermosa y deseosa. Y allí estaba él, mirándola con las mismas o más ganas que la primera vez.

En aquella habitación, la música marcaba un ritmo que se le antojó sensual, la había visto bailarlo y siempre había creído que estaba escrita en el pentagrama de su piel [“Intro” de The XX[1]].

Acarició sus muslos y los abrió delicadamente un poco más, las llamas le mostraban un espectáculo hermoso, el brillo de sus ojos junto con el de su humedad destellaron ante él y no pudo más que sumergirse entre sus piernas y beber hasta saciar su sed de ella, aunque eso ya había comprobado que no era posible.

Se aseguró de enloquecerla, de que disfrutara y cuando acabó en su boca, necesitó entrar en ella y reclamar cada uno de sus átomos para sí.

La contempló entera, las llamas imprimían dibujos sobre su piel, sus pezones erguidos lo señalaban, demandaban su atención. Trazó con besos el camino hacia ellos y los hizo suyos, luego la besó con dulce violencia. Ella pudo sentirse en su boca y eso la excitó incluso más, intentó quitarle el *jean* a Franco, pero sus manos y la posición no se lo permitían.

Su sexo pugnaba por salir, su cuerpo vibraba al son de aquella música y de los gemidos que escapaban de la boca de la mujer que tenía ante él. Cuando al fin se deshizo de aquella barrera, la besó profundamente y la penetró con premura, sus ojos se abrieron grandes y un grito ahogado lo incitó a embestirla frenético. Adoraba ver el deseo en sus ojos, adoraba sentir que todo su cuerpo respondía, adoraba sentirla temblar, amaba sentirla venirse, la amaba.

—Tuya… —le dijo jadeante al oído y él creyó que su corazón saldría desbocado. Lo tomó del rostro, lo miró a los ojos y volvió a repetirle—: tuya.

—Tuyo… —respondió él.

Al siguiente instante ella estaba a horcajadas sobre él, montándolo a un ritmo acuciante, de a ratos él guiaba el delicioso movimiento de sus caderas mientras besaba su boca y su cuello. Ella volvió a sentir que podía morir ahí mismo, en ese instante y en ese lugar con un grito que borró todas las dudas que traía.

—Ay, Sabri… —dijo anunciando que el mundo acababa para él también—, Sabri… —gimió—. Mi amor… —Tres embestidas bastaron para ir al cielo, o al infierno, por ella.

Se quedaron así, abrazados, mimándose hasta que sus respiraciones y latidos retomaron un ritmo más normal, él le besó el hombro y el cuello, centímetro a centímetro hasta llegar a su boca. Le tomó el rostro y la vio.

—¿Qué pasa, Sabri? —Ella no podía contener las lágrimas.

—Me pasa que te amo y no sé qué hacer con eso, que ya no puedo con esto, ya no quiero esto.

—Sabri, mi amor…

—No, dejame hablar, porque si no hablo siento que me voy a morir y necesito sacarlo.

Franco estiró la mano y alcanzó la manta que estaba en el suelo para cubrirla.

—Ya no puedo seguir haciendo esto —dijo ella.

—No me hagas esto…

—Vos estás mal, esto no te está haciendo bien.

—¡No! Yo estoy bien, podemos estar así. Yo ya no puedo compartirte, ya no quiero, me enfermo de pensar que otro habita tu cuerpo, que otro te hace temblar, te hace acabar así, hermosa y alocada. Vine porque me separé de Florencia, vine porque irme fue el

peor error, porque desde que me fui no hubo un segundo que mi corazón y mi mente no estuvieran acá con vos. Vine porque te quiero mía, me quiero tuyo, pero por sobre todas las cosas, nos quiero solo nosotros. Vine para decirte eso y no quería decírtelo por teléfono porque quería mirarte a los ojos y decirte que te amo, te amo, te amo.

—Pensé que ibas a terminar conmigo —dijo y lo abrazó fuerte—. Pensé que esta era la despedida.

—Lo es, Sabri, yo ya no puedo seguir así. La pelota está de tu lado…

—Fran…

—Te estás enfriando, te llevo a la cama.

Franco sintió que su corazón se rompería, pero sabía que ella tenía una decisión que tomar. Elegir nunca sería fácil, elegir hace que perdamos algo, solo necesitaba que no fuera a él.

Así como estaban se puso de pie y la llevó hasta la misma habitación desde donde la había traído. Ella estaba en silencio, corrió la ropa de cama y la recostó. Se acurrucó a sí misma, la tapó, apagó la luz y se encaminó a la salida.

—Quedate…

—Es mejor que no, Sabri.

Fue a la cocina a buscar un vaso de agua, apagó el horno que Sabrina había encendido antes de entrar a la ducha y se fue a su dormitorio.

La elección que ella debía hacer la atormentaba, amaba a Franco, demasiado, amaba a Gabriel… ¿tanto? Si se lo preguntaba, la respuesta era obvia. Hacía mucho tiempo que Gabriel y Sabrina habían dejado de ser lo que eran, él pasaba más tiempo en Italia que allí con ella, sabía lo que él sentía por Ornella, no podía culparla, no, tampoco se podía culpar a ella misma, allí no había culpas, allí había una promesa de honestidad y era hora de hacerle honor, Gabriel también debería hacerlo. Se cuestionó si estaba preparada para dejar aquella libertad que había disfrutado y con la que había convivido durante tantos años, pero, así como se lo cuestionó, rápidamente, se respondió.

Se levantó de la cama, se envolvió en la manta que Franco había dejado sobre la cama y cubrió su desnudez con ella; luego cruzó el pasillo y entró en el dormitorio que ocupaba Franco quien, encendió la lámpara de la mesa de noche al ver su sombra apoyada en el marco de la puerta.

—Cuando me dijiste que venías y te escuché tan mal me puse a pensar en cómo me iba a sentir si decidías terminar con esto y me encontré con una Sabrina que hasta ese momento no había existido. —Hizo una pausa y continuó—: cuando comenzamos esto dijimos que el día que uno de los dos tuviera que ponerle fin a la relación, lo

haríamos sin pedir explicaciones y sin dramas… claro, no sabíamos que pasaría tanto tiempo y tantas cosas… tampoco sabíamos que nos íbamos a amar, porque sí, yo te amo, Fran. Mucho.

»Sé que Gabriel siente que me debe algo, pero no lo hace. Como te dije hoy, sé que ama a Ornella y sé que va a entender que la decisión que tome será por el bien de los dos, porque elegí ser feliz. Sé muchas cosas y no sé tantas otras… —resopló—. Quiero que entiendas que Gabriel, fue, es y será alguien muy importante y amado, que lo que tuvimos y tendremos es algo único, y que, por lo mismo, necesito un tiempo para acomodar todas estas cosas que están dando vuelta dentro de mí, pero sí, quiero que estemos juntos.

Franco se levantó de la cama y la abrazó, tendrían mucho de qué hablar, pero no sería en ese momento, ambos estaban agotados, vulnerables, en carne viva y necesitaban procesar lo que estaba sucediendo.

Aun cuando la quería en ese momento junto a él, entendió que necesitaba espacio. Deshicieron el abrazo, volvieron a abrazarse fuerte y cada uno volvió a su respectiva cama con la certeza de que, pronto, ya no volverían a dormir separados.

[1] Intro. Álbum XX, 2009. Young Turks, Beggars Group, XL Recordings. Interpretado por The XX.

Memorias del olvido

1

El trayecto al aeropuerto fue desgarrador, Paloma no cesó de llorar, por lo que fue, por lo que no fue y por lo que perdió. Verlo a Agustín, a través del retrovisor, corriendo hacia su departamento, esperando encontrarla, la devastó y, por una fracción de segundo, quiso bajarse de aquel taxi que la devolvería a la ciudad que la acogió hacía ya unos años.

Pero no lo hizo, no podía hacerlo, aun sintiendo el más profundo de los dolores. Sabía, en su fuero íntimo, que estaría bien, que lo lograría, así que se permitió llorar durante el camino y eso sería todo.

2

Agustín bajó de su coche y corrió hacia la entrada del edificio, la señora de la limpieza estaba repasando el vidrio de la puerta de ingreso y, al verlo tan desencajado, le advirtió:

—La señorita Paloma no está, se fue con maletas.

Él no pudo decir nada, simplemente entró al ascensor como un autómata y subió hacia el que sabía sería un departamento vacío. Mientras subía, se atrevió a mirar al espejo, aquella figura se le hizo ajena, apoyó la frente en el mismo y se preguntó cómo había sido capaz de dejarla ir, cómo había ignorado todas las señales, cómo no la había elegido antes. No supo, o no quiso, responder a ninguna de esas interrogantes.

Ya dentro del departamento no resistió la frustración de saberse un idiota; el sillón del *living* evidenciaba que ella había dormido en ese lugar y entendía el porqué. Se sentó allí, tomó la almohada y aspiró su aroma.

—Alo… —balbuceó hundiendo su rostro completamente en ella.

Lloró, se permitió hacerlo, lo necesitaba.

Cuando pudo calmarse, aún abrazado a aquella almohada, ahora mojada por sus lágrimas, sacó su celular y marcó el número de Paloma, grande fue su sorpresa cuando lo escuchó allí. Se puso de pie para seguir al sonido, buscándolo con la mirada y, sobre la mesa del comedor, divisó una caja maltrecha, el celular que mostraba en su pantalla una foto que ella le había tomado con una gran sonrisa y una hoja doblada.

Caminó dubitativo hasta el lugar, aquello no auguraba nada bueno. Observó la caja y, cuando la abrió, vio el reloj que contenía. Un TAG Heuer Carrera con malla de cuero rojo.

—Lo recordó —dijo.

Aquel reloj había sido una promesa en un viaje mochilero a Suiza cuando eran pareja, hacía ya tantos años, estudiantes, jóvenes, con recursos limitados y muchos sueños.

—*Cuando nos adjudiquen algún proyecto que nos cambie la vida, vas a tener un TAG Heuer.*

—*Me conformo con este* —le había respondido mirando con cariño el reloj económico que llevaba en su muñeca y que ella le había comprado porque siempre le estaba preguntando la hora.

Tantas horas habían pasado desde aquello, tantos cambios, ya no se sentía aquel chico, francamente no lo era, pero lo añoraba.

3

Paloma llegó, luego de algunas conexiones y mucho cansancio, a Barcelona, donde migró invitada por su amiga Irina que ya hacía un buen tiempo que estaba allí. Su contestador estaba lleno, algunos mensajes del trabajo, de Irina, de Mauricio, y muchos mensajes de Agustín que no quiso escuchar.

Puso a cargar el celular que había comprado en el *freeshop,* luego compraría un nuevo SIM. Tendría muchas cosas en qué pensar para reorganizar su vida, su nueva vida.

4

Agustín se puso el reloj, lo acarició y miró el papel que lo llamaba. Se negaba, pero finalmente lo tomó y, desanimado, fue hacia la terraza para leer lo que allí decía.

Quizá fue una hecatombe de esperanzas,
un derrumbe de algún modo previsto.
Ah, pero mi tristeza solo tuvo un sentido.
Todas mis intuiciones se asomaron
para verme sufrir
y, por cierto, me vieron.
Hasta aquí había hecho y rehecho
mis trayectos contigo,
hasta aquí había apostado
a inventar la verdad,
pero vos encontraste la manera,
una manera tierna y a la vez implacable,
de desahuciar mi amor.
Con un solo pronóstico lo quitaste
de los suburbios de tu vida posible,
lo envolviste en nostalgias,
lo cargaste por cuadras y cuadras
y, despacito,
sin que el aire nocturno lo advirtiera,
ahí nomás lo dejaste,
a solas con su suerte,
que no es mucha.
Creo que tenés razón,
la culpa es de uno cuando no enamora
y no de los pretextos
ni del tiempo.
Hace mucho, muchísimo
que yo no me enfrentaba
como anoche al espejo,
y fue implacable como vos,
mas no fue tierno.
Ahora estoy solo,
francamente solo.
Siempre cuesta un poquito

empezar a sentirse desgraciado.
Antes de regresar
a mis lóbregos cuarteles de invierno.
Con los ojos bien secos,
por si acaso.
Miro como te vas adentrando en la niebla
y empiezo a recordarte.

Mario Benedetti

A medida que leía, el corazón se le hacía añicos. Ella adoraba a aquel poeta y la conocía de sobra para saber que, transcribirlo sin ningún agregado personal, era, por decirlo de alguna manera, una forma de despersonalizar aquella terrible despedida.

Supo, entonces, que era el fin.

5

—Cuánto lo siento, amiga querida… —dijo Irina, mientras bebían un café en una pequeña pastelería en Barcelona.

—Yo debí haber visto las señales, Nina, pero lo cierto es que mis sentimientos hacia él no cambiaron, no estoy enojada con Agustín, sino conmigo misma, porque una tiene que darse cuenta de que las personas no cambian…

—Yo no estaría tan segura —interrumpió—, las personas sí cambian, maduran o crecen. De hecho… —bebió un sorbo de café—, vos lo hiciste. Ninguno de los dos son las mismas personas que eran hace quince años.

—Lo sé, el tiempo, las circunstancias personales y las metas son diferentes, y eso es lo que tuve que haber visto, pero ¡qué difícil es, carajo!

—Ambas estamos es un momento personal jodido, sabés mi historia con Seba, es casi un clon de la tuya, solo que ustedes sí supieron tener algo grande, real y estable en su momento.

—Y fue muy lindo, pero no funcionó. —Hizo una breve pausa y continuó—. ¿Te arrepentís?

—¿De qué? ¿De Seba?

—Sí, de haber pasado el límite de la amistad.

—No, la verdad es que no. Porque ninguno de los dos, creo…, fue hipócrita mientras fuimos solo amigos. No había un histeriqueo, simplemente un día pasó. No sabría explicarlo bien. Lo cierto es que, hoy, él está allá y yo estoy acá y, a no ser que pase algo que me haga cambiar, estoy como vos, eligiéndome a mí misma, porque la realidad es que sería injusto para cualquiera que esté conmigo, prefiero estar sola. De hecho, cuando terminé con Javi y viajé a Buenos Aires, decidí no verlo. No necesitaba más confusiones.

—Es todo una mierda y no hay día en que no me tiente a escuchar uno de sus mensajes en la contestadora o de leer alguno de sus *mails* diarios —dijo pesarosa—, pero lo pienso dos segundos y vuelvo a mis cabales, tengo que enfocarme en conseguir un trabajo, de lo contrario no podré quedarme mucho más tiempo acá, Nina, y eso significa tener que volver… con todo lo que eso simboliza.

—Te entiendo —dijo y continuó reflexionando—. Las cosas están cada vez peor acá, y ahora con el tema del conflicto catalán español, todo es difícil, pero pensemos positivo, siempre lo fuimos… al fin y al cabo, somos mujeres que nos hemos construido y reconstruido, podemos volver a hacerlo bajo las circunstancias que sean.

—Lo sé, solo tengo que tomar un poco de distancia y ver todo con una mejor perspectiva.

—Vas a hacerlo, lo sé. Sé que estás hecha un bichito y no estás saliendo, pero…

—No… —interrumpió Paloma.

—Dejame hablar —le solicitó—, un compañero del laburo va a tocar con su grupo en un *pub* y, la verdad, no quiero ir sola. Volver a tus viejos amores no te va a venir mal. Son buenos, te lo aseguro.

Paloma rodó sus ojos y, finalmente, aceptó.

6

Los días se sucedían, uno tras otro, para Agustín y no veía luz en toda la oscuridad en la que estaba sumido. Ella no respondía sus llamadas ni sus correos, Mauricio le había dicho que estaba bien, pero no había logrado obtener más que eso.

—Dale, Mau, necesito saber más.

—¿Para qué? ¿No te das cuenta de que ella no quiere tener vínculo alguno contigo?

—Si no supiera que sos *gay*, pensaría que no querés que me acerque a ella porque tenés un interés personal.

—Eso es porque sos un imbécil, pero estás en lo correcto, tengo un interés personal. Paloma es mi amiga y vos la lastimaste feo.

—Yo la quiero, Mau, y ella lo sabe, pero está enojada.

—No, no te confundas, Paloma no está enojada con vos, no te creas centro de su universo, es lo suficientemente digna como para eso. Está enojada con ella misma, lo que es peor. Yo sí estoy enojado contigo, porque no supiste valorar al maravilloso ser humano que es esa mujer. La perdiste, querido, la perdiste de nuevo por tu incapacidad de no ver lo que los demás vemos en ella.

Agustín no pudo refutar nada de lo que Mauricio le estaba diciendo, tenía razón, lo sabía, había sido un imbécil.

Cuando los amigos se despidieron, Agustín, que estaba apoyado en la baranda de la terraza de su departamento, se giró para entrar y allí estaba Ania, cruzada de brazos y con muy mala cara.

—Así que sí la querés —afirmó.

—Ania…

—¿Qué? —gritó—. Mil veces te pregunté qué sentías por ella —espetó y continuó—: puedo parecer una colgada, Agustín, pero no lo soy y siempre esperé a que fueras honesto y me respondieras con la verdad.

—Tenés razón. No puedo decirte otra cosa. No fui honesto con vos, tal vez sea el momento, vos y yo.

—¿Qué querés decir?

—Que yo también puedo parecer colgado, pero no lo soy, y no estoy justificándome. Así que sentémonos y hablemos.

7

Paloma terminó de maquillarse y salió, muy a su pesar, al encuentro de su amiga. Había quedado en pasarla a buscar por su casa, en un principio había pensado en conducir ella misma, pero, finalmente, decidió pedir un Uber.

—Nina… estate lista, en cinco estoy ahí.

—Perfecto, ya estoy lista.

—No me hagas esperar, voy en Uber.

Irina conocía la impaciencia de Paloma, de sobra. Batallaban por su impuntualidad.

Llegaron al *pub* y Paloma no se sintió cómoda, a su alrededor solo veía adolescentes, ella se sentía, ya, con sus treinta y siete años, en otra sintonía. Resopló y siguió a Nina por entre la gente hasta la mesa reservada frente al pequeñísimo escenario. Se quitó la cazadora de cuero y tomó asiento, enseguida vino la mesera a ofrecerles la carta de bebidas.

—¿A qué hora tocan tus amigos?

—¿Podés cambiar la cara?

—Es la única que tengo —dijo, mirando el creativo listado que no parecía tener mucha variedad de su bebida favorita.

—Me das risa cuando te ponés en plan nena caprichosa.

Paloma levantó la vista del papel y clavó sus ojos en los de su amiga. Parecía no entender que estaba allí solo porque se lo había rogado, no tenía energía para divertirse, no había conseguido trabajo aún, tenía varias preocupaciones y estar allí la hacía sentir incómoda.

—Si me hubieses dicho que el lugar iba a estar lleno de pendejos ruidosos, no hubiera venido.

—Es la primera vez que vengo, no me encanta, pero ya estamos acá, en un momento más van a tocar y luego, si todavía querés huir, podemos irnos.

—Te lo agradezco… —declaró irónica y volvió su vista al papel, no sin antes observar el escenario.

No había más que un par de micrófonos, una batería a medio armar y un amplificador.

—¿Qué vas a querer pedir?

—Yo no tengo apetito, pero tomaría una copa de vino… tinto.

—Yo igual.

Ambas cerraron la carta y Nina le hizo señas a la mesera para que les tomara el pedido.

Raudamente les trajeron un par de grandes copas y la botella de vino que habían seleccionado de la escueta lista. No estaba mal, y

ayudaría a Paloma a relajarse un poco. Un momento después de terminar la primera copa, alguien salió de detrás del telón para terminar de armar la batería, el resto de los instrumentos y conectar correctamente los micrófonos; esperaba que empezaran pronto, pero eso no parecía que fuera a suceder.

Nina aprovechó a que Paloma se dirigió al baño para escribirle a su amigo.

*A qué hora tocan?

*La vocal nos plantó.

*Es broma?

*Ya quisiéramos nosotros.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver la cara de su amiga mirando la pantalla del celular, mientras volvía a tomar asiento.

—Si yo te pido otro favor gigante, ¿lo harías por mí?

—¿Qué pasó?

—Contestame…

—No te voy a firmar un cheque en blanco, Nina. No ahora que sos un peligro, me meterías en cualquier lío creyendo que eso me sacaría del bajón.

—Es cierto, pero no es el caso. Me acaba de avisar Iñaki que la vocal los clavó.

Paloma bebió un gran sorbo de la copa que su amiga había rellenado.

—Y vos querés que sea yo la que cante.

—¿Podrías?

—¿Estás loca? No tengo ni idea lo que cantan estos tipos y, además, estoy desentrenada.

—Son *covers*, música que nos gusta, de lo contrario nunca te hubiera pedido que vinieras —aclaró—. Y no, no estás desentrenada, esa voz tuya es imposible que lo esté. ¡Animate!

—Serían unos dementes si se arriesgaran.

—Son bastante dementes, pero Iñaki confía en mí, si le digo que podés, es porque podés.

Tras un breve intercambio de mensajes, Paloma e Irina fueron conducidas tras bambalinas a conocer al grupo. Su corazón latía fuerte; cantar había sido siempre una pasión, sabía que su voz era un don y pocas personas conocían esa faceta suya.

—¡Iñaki! —gritó Irina al verlo.

—¡Nina! ¿Qué tal tu viaje, guapa? ¡Te has tomado cojonudas vacaciones!

—Tenía días a mi favor y decidí usarlos.

Paloma había quedado atrás, en la sombra, dio un paso hacia ellos y carraspeó.

—Iñaki… ella es Paloma.

Al moverse Nina, la luz, aunque tenue, iluminó a Paloma dejando impactado al músico por la belleza de la mujer que tenía adelante.

—Hola… Nina ha dicho que cantas —mencionó mostrando su perfecta dentadura, mientras le daba dos besos.

—Nina dice muchas cosas —dijo devolviéndole la sonrisa y a Iñaki se le cortó la respiración—. No deberías creerle…

Se sintió un adolescente y, de eso, ya habían pasado algo más que un par de décadas. La amiga de ambos observaba la escena unos pasos atrás y se palmeó el hombro, imaginariamente, por su maravillosa idea.

—Todo lo que digo es cierto —aclaró.

—¿Te animas a quitarnos las castañas del fuego?

—¿Me mostrás el repertorio? —preguntó—. Improvisar es un poco difícil para mí, pero puedo intentarlo. Dejame ver cuáles canciones conozco.

Tras unos minutos revisando el cancionero y definiendo cuáles sí y cuáles no, se aventuraron al escenario. Nina se dirigió a la mesa que tenían reservada con una vista privilegiada, rellenó su copa con vino y se dispuso a disfrutar del espectáculo.

Entraron primero los músicos, Paloma quedó del otro lado del telón aguardando a la presentación y a los primeros acordes de la primera canción con la que habían decidido comenzar.

8

La conversación entre Agustín y Ania transcurría entre gritos, reclamos, llantos, sinceras disculpas y despedidas.

Las despedidas nunca son lindas, ni siquiera cuando son amistosas y de mutuo acuerdo, siempre hay una cuota de dolor, una sensación de fracaso que es difícil de quitar y, a la vez, el saberse libres para volver a intentarlo o para emprender un nuevo camino.

Ania tomó las pocas cosas que tenía en el departamento de Agustín y se fue al suyo, liviana, increíblemente liviana.

Agustín, por su parte, se sirvió un *whisky* y se sentó en el sillón, bebió un trago, sacó del bolsillo la carta con la poesía transcrita y volvió a leerla o, mejor dicho, a perderse en los trazos de tinta que allí estaban dibujados.

Miedo, eso sentía, porque, a partir de ese momento, estaba solo, por primera vez solo y no sabía cómo seguir.

9

Amedida que las canciones pasaban, Paloma fue entrando en clima; recordó, con cada célula de su cuerpo, lo bien que le hacía cantar y el público le demostró lo bien que lo hacía.

Cuando el *show* terminó, todo su cuerpo temblaba; recobró, por un momento, la alegría y supo, allí, parada en medio de aquel pequeño escenario, que podría lograrlo.

Nina sonrió porque, después de varias semanas, su amiga volvía a ser feliz. Bebió el último sorbo de vino y fue tras bambalinas para reunirse con la banda y con Paloma.

—¡Qué genial que estuvo, chicos!

—¡Gracias, Nina! ¡Paloma es la ostia! —exclamó Iñaki.

—¿Te lo dije o no te lo dije?

—¡Te has quedado corta, guapa!

Paloma ostentaba una sonrisa y el brillo de sus ojos no dejaba duda de que la música la había atravesado y, luego de moverse por inercia destructiva por varios días, se aventuraba a la dicha. Una lágrima rodó por su mejilla y, antes de que un torrente inundara su rostro, se escabulló por el pasillo y salió por la puerta trasera del local, necesitaba silencio, se sentía una contradicción total, hacía poco más de quince minutos supo que podría, pero ahora lloraba y sabía que cada lágrima llevaba nombre y apellido.

—Estuviste cañón, güey.

El frío aire de la intemperie la movilizó y esas palabras la sobresaltaron, sobre todo porque ese acento no era de allí.

—Gracias —dijo quedamente.

—‘Ora, pues… me vas a dejar sin chamba.

—¿Perdón?

—Soy Celia, la vocalista.

—¡Ah! Mucho gusto, y no, no te preocupes, solo fue hoy.

—¡No mames! Iñaki debe andar como agua para chocolate…

—¿Qué? —Paloma rio, le causó gracia y, a su vez, no entendió a qué se refería.

—Encabronado, enojado… —comentó.

—¡Ah!, no, bueno, no mucho, pero supongo que tendrás una excusa y sabrá entenderla.

—Cosas de viejas… —dijo dando el último sorbo a su cerveza.

—Soy Paloma, mucho gusto —dijo, acercándose hacia donde Celia estaba sentada y extendiendo su mano—. Me encanta tu acento, México, ¿verdad?

—Tú no eres de acá tampoco.

—No, argentina.

—¿Neta?

—Sí, vivo acá hace tiempo, pero no se me pegó el acento.

—¿Y qué hace una cantante argentina en Barcelona? Además de robarme la chamba… —rio.

—No soy cantante, soy arquitecta, pero ahora estoy desempleada. Mi amiga es compañera de Iñaki y solo vinimos a ver el *show*, pero bueno, pero bueno, los saqué del apuro, fue solo hoy.

—'Orale, pues, arquitecta y cantante. Tienes una hermosa voz.

—Gracias… hacía mucho que no lo hacía, se sintió bien —dijo casi inaudible—. ¿Y qué hace una mexicana en estas tierras?

—Bueno, yo sí soy cantante y vine aquí por amor.

—¡Aquí estáis! Ya se conocieron, no necesito presentarlas —exclamó Iñaki.

—Celia, guapa, a ver si la próxima vez avisas que no llegas, menos mal que Paloma estuvo dispuesta a ayudar.

—Sin problemas...

Celia era una mujer que pisaba ya sus cincuenta, con una voz privilegiada, había cruzado el Altántico hacía ya unos años persiguiendo el amor. Nadie de su familia sabía que era bisexual, en su tierra natal sería un pecado, pero el amor no sabe de esas cosas, así que juntó sus cosas y viajó para conocer a Giovanna, con quien venía conversando a través de un *chat*. Congeniaron inmediatamente y Celia no volvió a México. En un *pub* vio tocar a este grupo y se animó a ofrecerse como vocalista, no tardaron mucho en integrarla pues, hacía la diferencia.

—Ya la escuché y ya le dije que me va a quitar la chamba. Perdón que no pude avisarte, Iña, Giova anda encabronada.

—Avisa para la próxima y no enfades a Giovanna, te tiene demasiada paciencia.

—¡Serás cabrón!

En medio de esa conversación, Paloma se disculpó y volvió adentro a buscar a Irina para irse.

—Creo que me he enamorado, Celia.

—Ándale con tiento, esa chava está bien bajoneada, se le ve a leguas.

Iñaki quedó pensativo, no sabía nada de ella, pero ya se encargaría de sonsacarle a Irina información.

10

Agustín envió un mensaje a su amigo Ismael para contarle sus vicisitudes y pedirle consejo, él siempre había sido el cuerdo, el racional, el maduro, demasiado para su edad, siempre se lo decían, pero, en definitiva, hacía años que estaba en pareja con Eliana y les iba muy bien, muy pronto iban a ser padres, así que sentía que podía organizarle un poco la locura que tenía en la cabeza.

Ismael le respondió enseguida:

**Venite, dale, no quiero dejar a Eli sola, está en los últimos días y de un momento a otro puede nacer.

Se sintió raro, no era persona de abrirse y contar sus penas o problemas, pero solo no iba a poder, eso lo tenía claro.

—Viejo... —Lo abrazó e Ismael le palmeó la espalda.

—Agus, pasá, Eli está en el *living*.

Conocía muy bien a su amigo, sabía que ese pedido de ayuda era excepcional y debía ser algo que lo tenía muy mal y, de hecho, con solo verle el rostro, se podía notar, claramente, que la estaba pasando mal.

—Eli, ¿cómo estás?

—Bien, Agus, acá, en los últimos días, me voy a la cama así conversan tranqui —dijo levantándose con dificultad del sillón—. Tu amigo va a necesitar algo fuerte, hay *whisky* en el mueble de allá. —Le indicó a Ismael.

—Por mí no hay problema, no vamos a hablar nada que no sepas.

—¿Ania?

—No, con Ania terminamos la semana pasada.

—Paloma —sentenció Ismael mientras le alcanzaba un vaso de la bebida ambarina.

—Sí, la cagué.

—Mirá, Agus, yo siempre le dije a Isma, y perdoname lo que te voy a decir, cualquier cosa culpamos a las hormonas, pero Paloma te tuvo una paciencia infinita.

—No estás ayudando, Eli —reprochó Ismael.

—Él vino acá, que somos sus amigos, para que le digamos las cosas como son, adornarlas no sirve, si ya la cagó y es consciente, hay que buscar formas, si las hay, pero no adornaditas, cariño.

—Tiene razón, Isma —dijo bebiendo un sorbo de *whisky*—. A ver, por dónde empiezo —murmuró llevando la mano a su frente con rudeza—. La di por sentado, y la perdí. Se fue, me dejó esto —expresó, sacando de su bolsillo la nota escrita a mano, ya arrugada y ajada de

tanto leerla, como si en esas líneas fuese a encontrar una respuesta diferente cada vez—. Se fue, dejó su celular, Mau dice que viajó a España de nuevo, que está bien, pero la llamo a su departamento, le escribo *mails* y no me responde. Ya no sé qué hacer.

—Yo sugiero que dejes pasar un poco el tiempo, ella seguramente lo necesita. No sé bien qué detonó todo esto, de hecho, no sabía que había vuelto, pero en mi experiencia, atosigarla a mensajes, *mails* o lo que sea, no es buena idea, conozco a Paloma, no tanto como a vos, pero creo que tenés que darle espacio.

—Vino por el proyecto, ganamos la licitación, se suponía que, si nos lo adjudicaban, ella se volvería, pero ya dijo que no y, de hecho, ya envió una carta de renuncia al equipo. —Suspiró y continuó—: Yo la cagué, pero en ese momento no me pareció la gran cosa, obviamente me equivoqué.

—¿Cómo la cagaste? —inquirió Eli mientras mordía una manzana.

—Habíamos quedado para cenar en nuestro bistró, donde nos vemos siempre que viene, pero Ania se sumó a último momento y no supe cómo decirle que no, y no le avisé. Debí haberle avisado o haberle inventado una excusa a Ania como otras tantas veces, pero no lo hice, fui un boludo.

—Entiendo, o sea que la mina se vino de España, fue toda emperifollada para verte y vos te aparecés con la rubia teñida. Genial... Es lógico que estuviera enojada y te haya mandado a la mierda, lo dicho, te tuvo demasiada paciencia, Agus.

—Lo sé, ¿pero y ahora cómo lo arreglo?

—Dale tiempo —comentó Ismael—. Espacio para que se le pase un poco y pueda pensar en frío. Ustedes tienen mucha historia, desde que somos chicos se conocen, se ennoviaron, estudiaron juntos, viajaron, tuvieron muchos proyectos, pero las cosas no funcionaron.

—No, porque yo la cagué —resopló—. Pero ahora su enojo fue distinto, estaba dolida, además, dijo que la humillé y nada más lejos.

—Para vos, obvio, porque no sos el segundo y no fue ella la que se presentó con su novio en el lugar al que van solo ustedes, pensá cómo te hubieras sentido vos.

—Ella nunca lo hubiera hecho, pero mirándolo así, entiendo el punto. Soy una puta bestia y ahora no sé qué voy a hacer.

—Yo estoy con Isma, dale tiempo a que se enfríe, si querés puedo mandarle un mensajito para saber cómo está.

—Dejó el celu acá, no tengo el número nuevo, solo el *mail* y el fijo del departamento.

—¡Cierto! Capaz que si Isma habla con Mau podemos obtener algo. Me voy a la cama, chicos, sigan ustedes.

Eli se acercó a Agus y lo abrazó como pudo, tenía una panza enorme.

—Descansá, Eli, y gracias por bancarme la cabeza.

—Nada, acá estamos siempre. Hasta mañana, amor.

—Hasta mañana, amor —replicó cariñosamente Isma, al tiempo que acariciaba la abultada barriga de la mujer que amaba.

11

Los días transcurrían para Paloma que, de a poco y con ayuda de su nuevo trabajo como arquitecta adjunta en un estudio y con la banda de Iñaki en la que algunas veces sustituía a Celia, iba sintiéndose mejor.

Ya había pasado un año desde aquel día que todavía tenía grabado a fuego en su memoria, estaba lluvioso y los días así la ponían por demás nostálgica. Irina había, finalmente, elegido quedarse en Buenos Aires y eso la hizo feliz, fue una alegría inmensa saber que ella y Sebastián estaban juntos, y es que siempre supo que sucedería. No tenía dudas al respecto.

La nostalgia hizo que abriera su computadora y leyera los correos que Agustín le envío desde que todo sucedió y, aunque ahora lo hacía con menos frecuencia, nunca había dejado de hacerlo.

Sabía por Mauro, por Eli, incluso por Irina que estaba solo, a veces es imposible no enterarse, sus amigos evitaban el tema, pero no siempre era posible. Imaginaba a Agustín solo y no lo podía creer, no era una persona que se llevara bien con su soledad, pensó en que, a veces, debían ocurrir catástrofes emocionales para tener perspectiva.

Leer la angustia y desesperación de Agustín la retrotrajo a ese momento, el dolor que sintió cuando se vio en una situación que nunca quiso, pero que es su interior sabía que era una posibilidad. Por amor las personas hacemos cosas impensadas, incluso afectando nuestra dignidad, claro, en el momento no lo vemos así o no queremos verlo, pero muy en el fondo conocemos la respuesta.

Sostuvo por un instante en el aire el dedo sobre el *mouse* antes de hacer *click* para escribir una respuesta.

Muchas veces había intentado hacerlo, pero no estaba preparada y, a decir verdad, no es que ahora sí lo estuviera, no obstante, y teniendo en cuenta que debía volver pues estaba todo dispuesto para la firma de su departamento, así que había cierta chance de que se encontraran.

No estaba en sus planes venderlo, así como Nina sentía que ese era su lugar seguro para volver si algo salía mal, pero para Irina todo había salido bien, allá; ahora, para ella, venderlo significaba un cierre definitivo.

Cerrar ciclos es como estar en un sendero en el bosque, caminando y caminando hasta llegar a un claro. Allí, te detienes y miras hacia

atrás, viendo el camino que has recorrido. Quizás te emocione pensar en todo lo que has vivido, en las personas que has conocido, en los momentos que has compartido, en lo que has perdido. Pero también sientes una especie de tristeza al darte cuenta de que ya no volverás a pisar ese mismo suelo; a veces es difícil aceptar que se ha terminado, que no hay vuelta atrás.

Sin embargo, sabes que debes continuar tu camino. Y así, con esa mezcla de melancolía y determinación, das un último vistazo al paisaje que se desvanece detrás de ti y te adentras en el siguiente capítulo de tu vida.

Sus dedos se deslizaron por el teclado, escribió con el corazón y lo hizo desde el amor que alguna vez le tuvo y que aún le tiene. Desde la certeza que había tomado la decisión correcta, aunque muchas veces dudara.

Le contó que viajaría a firmar la venta del departamento, le contó brevemente de su trabajo en el estudio de arquitectos, de que algunas veces cantaba con una banda, de que se estaba rehaciendo. Le contó por qué le llevó tanto tiempo poder escribirle, pero que de seguro él la entendería.

Terminó el correo escribiendo:

“Hay cierta belleza en los finales, porque es un momento de transición hacia algo nuevo y desconocido.

Con amor,

Alo”

Sin pensarlo demasiado, y sin siquiera releerlo, le dio a Enviar.

Tomó su taza de té y se sentó en la ventana y más liviana, aunque con un cierto cosquilleo en su panza, llamó a Irina para contarle.

12

Escuchó la notificación de un nuevo correo en su celular y pensó que sería el de un proveedor que lo estaba esperando. Enorme fue su sorpresa cuando vio el remitente.

Se puso tan nervioso que volcó el café sobre los papeles que tenía sobre la mesa y sobre su camisa.

—Sonia, me traés una camisa limpia, por favor, volqué el café —solicitó a través del intercomunicador.

—En seguida, señor.

Fue hasta el baño de su oficina y trajo una toalla con la que intentó secar los papeles.

—No se preocupe, ahora se los imprimo nuevamente —dijo solícita, entregándole una camisa blanca, impoluta.

—Gracias, Sonia. No me pases llamadas por el resto de la tarde.

—Tiene la videoconferencia a las cinco. ¿Qué hago con eso?

Agustín lo pensó por un momento, miró su reloj TAG Heuer y esperó estar recompuesto para esa hora.

—Esa sí.

—¿Le traigo otro café?

—No, gracias, cerrá la puerta nomás.

Y así lo hizo, Sonia se retiró en silencio, no era raro verlo alterado, pero se dio cuenta de que estaba más bien afectado. Hacía poco menos de un año que trabajaba para él, desde que les habían adjudicado el proyecto, lo consideraba un hombre taciturno, solitario y nostálgico.

Respiró hondo y se quedó de pie, frente al ventanal a leer el *mail*. Su corazón latía fuerte, parecía querer salírsele del pecho, a medida que leía parecía que la estaba escuchando, el tono, la expresión, la cadencia; percibió una tristeza que lo golpeó. No había dudas de que ella lo seguía queriendo. Sin mucho pensar, fue hasta su escritorio y desde su *laptop* escribió:

Alo,

No te imaginás la impresión que me dio cuando vi que tenía un mail tuyo, simboliza mucho para mí después de todo lo que pasó.

Me alegra que vayas a venir, porque eso significa que puedo tener una oportunidad para verte una vez más, pero te mentiría si te dijera que me alegra que vayas a vender el departamento, porque eso solo supone una cosa y no me gusta.

Agradezco tu honestidad y sí, entiendo las razones por las que demoraste en escribir. Isma y Eli me recomendaron que te diera

tiempo y espacio; me conocés y la paciencia no es algo con lo que me lleve bien, pero aprendí, siempre he aprendido de vos.

En plan de confesiones, Alo, yo no sé cómo hacer para olvidarte, a diario te veo en mis sueños, aún te escucho en mi alma, aún siento tu presencia en mi cuerpo.

Fuiste y sos todo lo que me importa, pero nunca te lo demostré, ahora lo veo. Estoy yendo a terapia, así que me gustaría, aunque más no sea, explicarte todo lo que aprendí de mí, sigo siendo malo para abrirme y hablar de sentimientos, pero trato, con ganas, de ser mejor persona.

Lo cierto es que no sé cómo hacer para aceptar que ya no estás, estoy hecho pedazos. Tampoco sé cómo encontrarte, Mau no me quiere decir nada, Irina me odia, y no la culpo, pero te esfumaste en el aire. Te perdí y todavía no sé cómo hacer para recuperarte.

Sinceramente, para mí, los finales no tienen nada de belleza, al menos no este final.

No puedo sacarme de la cabeza tu imagen dolida y necesito pedirte perdón, pero mirándote a la cara; te pido cinco minutos cuando vengas, donde quieras, a la hora que puedas.

Con amor,

A

Tampoco releyó, solo envió. Lo que sí leyó, incontables veces, fue el *mail* de ella. Vendría y podía tener la oportunidad de verla, de que viera que estaba cambiado, de pedirle perdón y, quizás, de reconquistarla.

Los días se sucedieron con otra energía, no había recibido respuesta a su correo, pero había hablado con Eli quien le había comentado que estaría llegando el miércoles. Tenía tres días por delante y toda la ansiedad del mundo.

13

—¡Hola, Iña! —dijo al escucharlo al otro lado del teléfono.

—Guapa, ¿cómo estás?

—Bien, organizando algunas cosas para viajar.

—¿Cuándo viajas?

—Mañana, a la noche, no voy a estar mucho, pedí unos días en la oficina, tengo que ir sí o sí a firmar la venta y a vaciar el departamento.

—Te propongo unas cañas esta noche y charlamos, seguro este viaje es emocionante.

—Lo es... acepto, a las diez en el bar de siempre.

—¡Venga! ¡Hasta esta noche!

Iñaki había perdido toda esperanza sobre Paloma, había hablado con Irina y, ella, a grandes rasgos, le había contado la historia, sabía que no tendría ninguna chance ni ahora ni nunca. En cambio, se hicieron grandes amigos, sobre todo después del regreso a Buenos Aires de Irina.

Paloma terminó de organizar los pendientes, de armar una pequeña valija con lo justo y necesario, y se aprontó para salir a encontrarse con su amigo. Recordaba de memoria el número de Agustín, por lo que tipeó un escueto mensaje.

**Soy Paloma, llego el miércoles y me regreso el martes, el viernes tengo que firmar y el fin de semana tengo que desarmar el departamento, decime cuándo te queda bien y coordinamos.

:*

Tomó sus llaves, su abrigo, se cruzó la cartera y salió. Iñaki la esperaba en la esquina.

—¡Guapísima! —se ruborizó.

—¡Qué frío! —exclamó abrazándolo y entraron al bar sin más preámbulo.

—Dos cañas, una con tortilla y otra con croquetas, vamos a aquella mesa.

—¡Vale!

Se sentaron y enseguida se pusieron al día con lo ocurrido en la semana. Paloma le contó que había, finalmente, escrito a Agustín y que había decidido verlo en su viaje relámpago.

—¿Estás segura? —preguntó dudoso.

—No, pero sí. Es decir, si quiero cerrar esto, necesito hacerlo

mirándolo a la cara. Va a ser duro, no te lo niego, pero tengo que hacerlo.

—Entiendo, e imagino que emocionante.

—Movilizante, más bien. Sí... mucho —dijo, al tiempo que colocaban las cañas y las tapas sobre la pequeña mesa redonda que eligieron en un rincón—. Si te soy sincera me da un poco de miedo mi reacción al verlo. Mis sentimientos por él no han desaparecido, y según lo que me escribió, los de él tampoco. —Iñaki la miró negando con la cabeza—. Ya sé lo que pensás... —se apresuró a aclarar—. Lo leí muy cambiado, hasta está yendo a terapia, eso era algo impensado.

—¿Qué te puedo decir? Solo vosotros sabéis lo que significan en vuestras vidas, sé que tuvisteis una larga relación, que no todo fue tormenta y tristeza.

—No, claro que no, pero quizá porque éramos muy chicos, no sé, hoy tengo otra perspectiva, sobre todo, lo bueno y lo malo. Tengo claro de que es muy difícil, por no decir imposible que nosotros podamos volver a estar juntos en una relación madura y sana.

—¿Dices que el amor no alcanza?

—Digo que el amor es una fuerza poderosa, pero no infalible. No todo puede perdonarse en nombre del amor. Yo ya lo hice por mucho tiempo, y ya no estoy dispuesta.

—Entiendo, pero...

—Iña —interrumpió—, pasé el peor año de mi vida, no digo que por su culpa, sino por la mía y nunca más quiero sentirme así.

—Y está bien, Alo, pero si en un año vuestros sentimientos no han desaparecido, ¿qué te hace pensar que una vez que os veáis vais a poder cerrar el ciclo, ponerle un punto final, o como quieras llamarlo? Es muy bonita toda la teoría, pero los sentimientos están ahí, tú en este año no has salido con nadie, eso dice mucho.

—Estoy intentando sanar antes de hacerlo, no sería justo porque no me gustaría jugar con los sentimientos de nadie.

—¿O porque piensas que todavía hay una esperanza? —Paloma lo miró seria, bebió de su vaso y tragó un bocado de tortilla.

—¿Acaso no todos guardamos un pequeño rayo de esperanza, aun cuando sabemos que no ocurrirá?

—Sí, pero muchos de los que guardamos un rayo de esperanza, en realidad es por pura negación, sabemos que nunca pasará, pero nos es más fácil vivir engañados. No es este el caso.

—Entiendo lo que dices. Tarde o temprano, la realidad nos alcanza y a mí ya me alcanzó y me reventó en la cara.

Los amigos continuaron conversando hasta que la dependienta les indicó que era hora de cerrar. Iñaki la acompaño hasta la puerta de su edificio y siguió su camino.

—Cuando vuelvas montamos algo con la banda, te iba a decir para

el viernes, pero no vas a estar. Que te vaya muy bien, guapa, te lo mereces.

—Gracias, Iña, has sido un gran pilar para mí en este año.

—Nada, ¡venga! Adentro que hace frío.

14

El sonido de un mensaje lo sobresaltó, estaba concentrado en la pantalla de su computadora. Miró la hora, eran las cinco menos diez de la tarde. Tomó el celular y vio un número que no conocía, pero en una fracción de segundo se dio cuenta de que era de España. Se incorporó del asiento, impulsado por la ansiedad de saber qué decía el mensaje.

Con manos temblorosas lo abrió y sonrió. Realmente la vería, ella quería verlo. No demoró en tipear la respuesta.

**Qué lindo leerte! Cuando vos quieras, puedo ir por vos al aeropuerto, decime a qué hora y en que vuelo llegás. También puedo ayudarte a vaciar el depa, si necesitas mano de obra, estoy disponible.

La respuesta se tardó, estaba en el ascensor saliendo de la oficina cuando entró otro mensaje. Miró la pantalla y sonrió. Se dio cuenta de que no lo hacía con naturalidad hacía mucho tiempo.

**Llego a las 7 de la mañana, pero no te preocupes que me va a buscar Nina, cuando salgas de la oficina podemos encontrarnos en algún lugar.

**Dale, cuando llegues arreglamos bien la hora y dónde.

**Que tengas buenas noches.

**Igual vos.

No había dormido más de tres horas, pero lo hizo con renovada energía, entró a la oficina sonriendo y Sonia se sorprendió.

—Su café, señor.

—Gracias, Sonia.

—¿Está bien, señor? —preguntó curiosa.

Agustín entendió lo raro que era que estuviera sonriendo.

—Sí, Sonia, hacía mucho que no estaba así de bien. Necesito que me canceles las reuniones desde mañana hasta el martes que viene. No sé si había muchas, pero habrá que reprogramarlas, no voy a estar disponible.

—Entiendo, ya mismo lo hago.

—Recuerda que tiene el cumpleaños de Isabel, el regalo ya está encargado y debería llegar antes del viernes. Puedo hacérselo llegar a su domicilio.

—No me había acordado. No, mejor que venga para acá, puede que no haya nadie para recibirlo en mi casa, yo lo paso a buscar el sábado.

Miró el reloj: las ocho treinta, sería pasado el mediodía en España, tomo el teléfono y tipeó un mensaje.

**El sábado es el cumple de 1 año de Isabel. ¿Vas?

Enseguida respondió:

**Me avisó Eli... sí, seguramente vaya. No se puede creer que haya pasado un año.

Luego de que envió el mensaje se percató de que también pasó más de un año de lo de ellos.

**Un año sin vos.

Paloma no respondió, resopló, pagó la cuenta de su almuerzo y volvió a la oficina.

Agustín se quedó esperando una respuesta que nunca llegó, pero eso no lo desmotivó, continuaba con una energía que desconocía.

Habló con Ismael para ponerlo al día, él ya estaba al tanto por Eliana y por Irina, todo el grupo de amigos estaba al pendiente de los pasos de los dos. Tuvo un par de reuniones con ingenieros para terminar de definir asuntos constructivos. Cerró un par de contratos y salió de la oficina.

—Hasta el martes, Sonia.

—Hasta el martes, señor. Mañana le envío por *mail* el listado de las reuniones que reagendé para la semana que viene.

—Perfecto.

Caminó por la avenida lento, tenía tiempo para un café antes de entrar a su sesión de terapia, entró a una cafetería, pidió un cortado y revisó su teléfono. No había respuesta. Buscó el contacto de Irina y le escribió:

**Hola, Nina! Me dijo Paloma que la vas a buscar al aeropuerto mañana, te puedo pedir un favor enorme? Me dejar irla a buscar a mí?

**Hola, Agustín. Me dijo que hablaron y que probablemente se vean, pero no estoy segura de que sea una buena idea que la vayas a buscar.

**Dale, haceme la pierna.

Irina lo pensó por un segundo, había hablado con su amiga y había sentido emoción en sus palabras, la misma que sentía en las de Agustín. ¿Podría ser posible para ellos también? ¿Podrían reconstruir algo que se había roto en añicos? Sabía lo que había sufrido Paloma, tenía muy claro lo que había sentido y deseaba con el alma que pudiera encontrar la felicidad que le había sido tan esquiva.

**Ok, pero te lo advierto, Agustín, te voy a hacer la vida imposible por el resto de tu vida si le llegás a volver a dañar un pelo. Me voy a encargar de que sufras, que te arrastres como una babosa y de que nunca más tengas una noticia de ella. ¿Quedó claro?

**Clarísimo, pero no va a ocurrir, soy lento y estúpido, pero

aprendí.

**Más te vale! Aterriza a las 7, viene por Iberia.

Terminó de beber su cortado, pagó y salió a su sesión habitual de los martes la cual fue por demás interesante.

—Hola, Juan.

—Hola, Agustín, ¿cómo estás hoy?

Agustín resopló y se estiró en la butaca.

—Nervioso, ansioso, inquieto.

—Adelante, este es un lugar seguro, hablá tranquilo.

—Mañana voy a ver a Paloma, la mujer que más he querido en mi vida, a la que lastimé tanto y que me dejó hace un año.

—Hemos hablado largamente de ella. ¿Cómo se dio esa oportunidad de verla?

—Viene a firmar la venta de su departamento.

—¿Cómo te hace sentir eso?

—Por un lado, mal, porque si lo vende es porque no va a volver, le pedí cinco minutos y accedió. Yo necesito contarle todo lo que aprendí y, sobre todo, pedirle perdón.

—Por lo que habíamos hablado, ella no había respondido tus correos ni mensajes.

—Así es, pero la semana pasada me sorprendió con un correo muy honesto, muy de ella.

—Ajá...

—No sé… tengo miedo y a la vez ilusión. Miedo de enfrentarla. De que el daño que le hice la haya roto tanto que no haya chance de recomponer nada. Ilusión de volver a verla, la extraño con locura... De hablar con ella. De pedirle perdón. De intentar reconquistarla.

—Entiendo. Es una situación difícil, tendrás que estar preparado. ¿Qué esperás que pase cuando la veas?

—No lo sé… tengo muchas expectativas en mi mente. En mi mente, obvio. A veces pienso que ella va a estar receptiva y que vamos a tener una buena conversación, los últimos mensajes fueron muy naturales, pero otras veces pienso que ella va a estar a la defensiva y que me va a rechazar.

—¿Y qué querés que pase?

—Como querer quiero que ella me dé una nueva oportunidad, una que seguro no merezco. Que me perdone, si acaso eso es posible. Sé que me quiere, pero quizá eso no sea suficiente para ella.

—¿Y creés que todo esto que vos querés sea posible?

—No lo sé… supongo que depende de ella. De cómo se sienta. De cómo me recuerde, de lo que sienta al verme.

—Yo creo que lo primero es ir con menos expectativas, va a ocurrir lo que deba ocurrir, pero lo que sí es seguro e importante es que tenés

que ser honesto contigo mismo y con ella. Reconocer tus errores y tus sentimientos. No presionarla ni manipularla. Respetar su decisión sea cual sea.

—¿Creés que eso será suficiente?

—No te puedo garantizar nada. Pero creo que es lo más sano y lo más justo para los dos. El amor no se puede forzar ni mendigar. Se tiene que dar libremente y con reciprocidad.

—Lo sé, y sé que hay sentimientos fuertes que todavía están ahí, no son ideas mías nada más. Pero el miedo me paraliza, ahora que está tan cercano el encuentro, algo que quiero desde hace un año, estoy cagado hasta las patas.

—Te entiendo. Es normal que sientas ese miedo. Es el miedo a perder algo que valorás mucho. A no tener otra oportunidad. A quedarte solo.

—No tengo miedo a estar solo, lo estoy desde que se fue, aprendí a llevarme bien conmigo mismo, algo impensado, pero sí me da miedo perderla definitivamente.

—Es difícil aceptar que algo llega a su fin, pero también es necesario para poder seguir avanzando. Porque solo cerrando ciclos podremos abrirnos a nuevas posibilidades y aventuras, explorar lo desconocido y descubrir nuevas facetas de nosotros mismos. ¿Qué creés que podrías hacer para reducir ese miedo?

—No lo sé… intentar pensar en positivo. Pensar y creer que todo va a salir bien. Que ella me va a dar una chance.

—Eso podría ayudarte, pero también podría ser una trampa. Si te aferrás demasiado a esa idea, podrías generar falsas expectativas y decepcionarte más si no se cumplen.

—¿Entonces?

—Entonces, creo que lo más conveniente es que te prepares para cualquier escenario. Que aceptes la posibilidad de que ella no quiera volver contigo. Que te digas y creas que eso no significa que seas una mala persona o que no merezcas ser feliz. Que reconozcas tu valor y tu dignidad más allá de esa relación. —Agustín resopló, le estaba pidiendo demasiado—. A ver, Agustín, todo es un proceso, y como todo proceso es duro, pero tenés la fuerza para seguir adelante si las cosas no salen como planeás. No dejes que el pasado te condene ni te impida avanzar, esto ya lo hablamos en otras sesiones. El pasado es algo que ya ocurrió y que no podés cambiar. Pero también es algo de lo que podés aprender y superar. No te aferres a él ni te castigues. No te culpes ni te victimices por lo que hiciste o dejaste de hacer. El hecho de que le hayas hecho daño a Paloma es algo que tenés que asumir y de lo que tenés que responsabilizarte. Reconocer tus errores y tus faltas. Pedir perdón y reparar el daño causado, pero también tenés que perdonarte a vos mismo y darte una nueva oportunidad.

»Somos humanos y cometemos errores. Tenés que valorar tus intenciones y tus esfuerzos, creer en tu capacidad de cambio y de crecimiento, en el poder de la transformación. Si ahora hay una nueva posibilidad de reconciliación, ¡bienvenida sea!, pero no la llenes de dudas o de exigencias. No la presiones ni la manipules. En lugar de eso, tratá de aprovechar esa posibilidad, y de construir una nueva relación. Tratá de recuperar la confianza y el respeto mutuos. Tratá de comunicarte más con ella, desde un lugar honesto. Tratá de expresarle tu arrepentimiento y tu amor, de demostrarle que cambiaste, que aprendiste, que se merecen una oportunidad juntos. Y, sobre todo, disfrutá del amor. No lo des por hecho ni lo desaproveches. No lo compares ni lo condiciones. No lo sufras ni lo agobies. Pensá que el amor es un regalo y una oportunidad. Es algo que se da y se recibe libremente. Es algo que se cuida y se alimenta día a día. No tengas miedo de perder al amor de tu vida, tenele más miedo a no vivirlo plenamente.

Y con esas palabras, la sesión terminó.

15

Una hora después del aterrizaje, Paloma traspasó las puertas de aduanas con su pequeña valija, esperaba encontrar a Irina, guardaba su pasaporte en la cartera cuando vio cómo se acercaba Agustín. La respiración se le cortó, un año. Un año que no lo veía y toda ella se estremeció, no estaba preparada para ese encuentro.

«¡Maldita Irina!», pensó, «¿cómo no me avisa?»

Ambos caminaron al encuentro del otro. Agustín no dijo nada, no le salían las palabras. Estaba cambiada, se había oscurecido y cortado el pelo, estaba más delgada, pero estaba tan hermosa como siempre.

Paloma tampoco dijo nada. Simplemente sonrió. Agustín le tocó el pelo y también sonrió.

—Lo corté... —dijo para romper el silencio.

Agustín la atrajo hacia sí y la abrazó tan fuerte que pensó que cada átomo del cuerpo de ella se combinaría con los suyos, besó su coronilla y se mantuvo así, oliéndola, reconociéndola, amándola, por lo que sintió que fue un instante.

Ella se separó, a regañadientes.

—¿Qué pasó con Nina?

—Le pedí venir yo —dijo, y esas fueron las palabras que escuchó de su boca por primera vez en más de un año.

Paloma hizo un gesto y entendió que quería salir de ahí, por lo que tomó su valija, rozando su mano y despertando con eso miles de sensaciones. Caminaron lento y en silencio hasta el estacionamiento donde tenía el coche.

Hacía calor, por lo que enseguida se quitó el abrigo. Su cabeza iba a un millón de kilómetros por hora, tenía todo tan organizado en su mente, pero el encuentro, prematuro, la desestabilizó por completo.

—¿Te llevo a tu departamento así descansás y después coordinamos para vernos? Espero que no te haya molestado que viniera, moría de ganas de verte, aunque más no fuera un ratito.

—No lo esperaba y quedé descolocada, pero todo bien, yo también tenía ganas de verte.

Agustín sonrió, guardó la valija en el asiento trasero de su coche, ambos se subieron y emprendieron camino hacia Capital.

—¿Cómo estuvo el vuelo?

—Tranquilo, leyendo, escuchando música, mirando una peli, haciendo crucigramas... no pude dormir —dijo y carraspeó—: supongo que por la ansiedad del regreso y también de verte —terminó la frase casi en un susurro.

—Te entiendo, me late el corazón a mil, parezco un adolescente,

nunca había deseado que pasara la noche tan rápido como ayer —expresó en voz alta, aunque hubiera querido no hacerlo.

Paloma giró su vista a la derecha para observar el camino, estar en el habitáculo con él la estaba perturbando, tenía que mantener la cabeza fría.

—¿Cómo va la obra? —Cambió de tema radicalmente.

—Superbién, si tenés ganas y tiempo, podés visitarla, al fin y al cabo, es fundamentalmente tu proyecto.

—El de todos... pero no sé si me va a dar el tiempo, pienso en qué voy a hacer con los muebles del departamento y me abrumo, creo que voy a llamar a una ONG para que se los lleven, donarlos va a ser lo más eficiente y rápido. No me voy a llevar nada, ¡bah!, lo mínimo, cosas pequeñas que pueda poner en una valija.

—¿Estás segura de querer venderlo?

—Debí hacerlo hace mucho, no tiene sentido, me está generando gastos y de alguna manera es un ancla.

El teléfono de Agustín sonó, cortando la atmósfera, puso las balizas y se detuvo en la banquina para atender la llamada.

—Sonia.

—Buenos días, señor, disculpe que lo moleste, pero quedó sin firmar uno de los contratos, se ve que se le traspapeló con los otros. —Miró el reloj y Paloma notó que era el reloj que ella le había regalado.

—¿Para qué hora lo necesitan?

—Para ahora, la mensajería está acá para llevarlo.

—Te llamo en un momento. —Cortó la llamada.

—Si necesitás pasar por la oficina, no hay problema, yo me puedo tomar un taxi o pedir un Uber desde ahí.

—Si me aguantás un momento, firmo y seguimos.

—Ok.

Agustín devolvió la llamada.

—Voy para ahí, Sonia, teneme los papeles preparados.

—Ya están sobre su escritorio.

Media hora después Agustín estacionaba.

—Vení, no te quedes acá que hace calor.

Paloma bajó sin pensarlo mucho, hacía calor y eso que era aún muy temprano.

Entraron juntos, marcó el piso de sus oficinas y afortunadamente no eran los únicos en el ascensor.

—Sonia.

—Señor, señora —saludó sorprendida.

—Hola —dijo tímidamente.

—Dejé los papeles sobre su escritorio.

—Gracias —contestó traspasando la puerta de su oficina.

—¿Les puedo ofrecer algo para beber?

Agustín la miró.

—Un vaso de agua, si no es molestia —confirmó.

—Un café para mí.

Sonia entendió el estado de ánimo de los últimos días de su jefe y, secretamente, se alegró por él.

Paloma recorrió la oficina con la mirada, se acercó al enorme ventanal que había detrás del escritorio para admirar la vista. Sonia entró con la bandeja que depositó sobre el buró.

—Gracias —dijeron al unísono.

Cuando se acercó a tomar el vaso vio, con asombro, el marco con la foto que estaba sobre el mismo. La mano le tembló y Agustín pudo notarlo. Tomó el marco y miró la foto con detenimiento, recordó el momento exacto en que la habían tomado. Él no dijo nada,se le nubló la vista, dejó el marco boca abajo y volvió al ventanal, no quería que él la viera afectada. Agustín tomó el portarretratos y lo puso en su lugar, giró su sillón para mirarla y se le estrujó el corazón.

—No sabía que tenías esa foto —señaló limpiándose delicadamente una lágrima atrevida que surcó su mejilla.

—Es una de mis preferidas —contestó poniéndose de pie y acercándose a ella.

Quería abrazarla, decirle que todo iba a estar bien, que iban a estar bien, quería besarla, quería quitarle la tristeza que acarreaba en la mirada, quería que ella hiciera lo mismo con la suya.

—¿Por qué nos lastimamos tanto?

Agustín se acercó y la apretó contra sí.

—Es mi culpa, yo te lastimé. Fui un imbécil, di por sentadas tantas cosas, Alo. Cuando te fuiste me cayeron todas las fichas y ya era tarde. Pedirte perdón no basta, puede sonar a palabras vacías, pero si me das la oportunidad de demostrarte que cambié, que aprendí, que soy un hombre que te merece, te prometo que no te vas a arrepentir.

Paloma se separó, buscó en sus bolsillos un pañuelo y se limpió las lágrimas. Sacudió la cabeza para recomponerse, respiró hondo, lo miró y vio a través de esos ojos oscuros sinceridad, dolor acumulado y amor. Pero, ¿estaba dispuesta a volver a intentarlo? ¿Podía volver a arriesgar su corazón? ¿Quería hacerlo? Todas sus dudas y todo el dolor acumulado se amontonaron en su garganta y necesitó irse dejando a Agustín aturdido.

—¡Paloma! —gritó.

Pensó por un momento si seguirla, quizá era mejor darle espacio, no sabía qué hacer.

Subió al ascensor en el momento en que Agustín salía de su oficina a su encuentro.

—Dejé los papeles sobre el escritorio —dijo mientras se dirigía, raudo, hacia las escaleras.

Bajó los tres pisos con urgencia, no quería que se perdiera en medio del tumulto de la avenida. Salió por la puerta y la vio unos metros más allá a punto de subirse a un taxi.

—¡Alo! —gritó.

Corrió hasta ella y, sin pensarlo dos veces, la besó. Un beso que hizo que todo se pusiera a girar alrededor de ellos. Paloma le tomó el rostro, enredó sus dedos en su cabello e intensificó el beso. Sintió su sabor, su pasión, su necesidad, la de ambos.

Las bocinas los sacaron de aquella burbuja que habían creado en un instante, se miraron. Paloma le dio un beso dulce en la mejilla, subió al taxi y se fue.

Respiró hondo, hundida en el asiento de aquél taxi, tomó su celular del bolsillo y tipeó un mensaje:

**Dame un poco más de tiempo.

**Toda la vida, no importa cuánto tiempo pase, no voy a dejar que seamos memorias del olvido.

Ambos sentían que no se había acabado, que ese no podía ser el final. ¿Había una posibilidad? ¿Lucharían por ella?

Epílogo

Vidas reconstruidas a partir de cenizas, que han sabido renacer de sus propias heridas, que han sabido transformar el dolor en fuerza, que han podido encontrar la belleza en lo imperfecto, que han aprendido a amar de nuevo, a amarse a sí mismas y a amar la vida con todo lo que trae. Y, sobre todo, vidas que decidieron elegir ser felices.

Me dicen que es de tontos
tropezar tres veces en la misma piedra
pero es que tú eras una piedra
sobre la que merecía la pena caer,
resbalarse,
hacerse herida.

Porque hay personas que merecen nuestra herida
personas que mancharon todo de felicidad,
y contrataron la alegría
y la volcaron sobre ti
como quien te arroja un cubo de esperanza,
personas que empapaban tu vida con su risa
y ahora que no están no dejan cuerda de tender
donde seque esta tristeza.

Me dicen que es de tontos,
que lo deje,
porque huir del compromiso
es el deporte que practicas.

Y tal vez estén en lo cierto
pero no saben que tu boca
es el ticket de entrada al paraíso,
como una esperanza que se cuela dentro.

Y dueles. Claro que dueles.
Como un regalo que al abrirlo está vacío,
como el premio que te sacan de las manos.
Dueles.

Pero yo sé que solo hay miedo tras tu huida,
que me tiras las flores de los tiestos

por el miedo a que no haya champán con que regarlas,
que tu huida es un descanso,
que el amor
se toma un tiempo sobre ti
para que los temores no caven más hondo en tus entrañas.

A veces no hay parejas que no se amen
sino temores que nos vencen.

Pero siempre vuelves,
siempre llegas de nuevo
para estampar en mi cuarto el paraíso,
para darle un nuevo orgasmo a mi memoria,
un motivo más para creer.

Y sé que no es fácil,
que me hago herida nuevamente
en cada travesía desde mi lengua hasta la nada,
pero me curas de nuevo en tu viaje de vuelta hacia nosotros,
me curas, muerdes mis heridas y las arrancas de golpe
y allí donde había piel rota y soledad
solo encuentro piel nueva, alma restaurada.

Por eso acepto todo lo que caiga sobre mí cuando te vayas.
Acepto que me elijas y me sueltes,
que la felicidad sea un disparo,
lo que dure este momento.

Acepto las tres llamadas pendientes que cuelgan de mi vida
con las que no sé qué hacer
para que no me revienten de pasado el paisaje.

Y también los domingos en que siento
que la vida está comunicando.

Lo acepto todo si eso abre la puerta
a que mis lunes sean tus lunes
y mi foto tu desvelo
y mis guerras un motivo
por el que hallar la paz contigo.

Me dicen que te olvide y tienen razón,
pero lo dicen porque no saben lo ligeros
que son dos amantes cuando es correspondido.

No entienden que te necesito.

Te necesito porque despedirse es una palabra demasiado grande
y no lo entienden.
Y porque me están subiendo los tres polvos de más que te debo,
como una droga que no consumes pero afecta
y no lo entienden.

Y vuelvo a ti porque no es posible ponerle vallas al amor
y cada uno elige el modo de volarse
y no lo entienden.

¿Dependencia? Por supuesto.
De la felicidad que traes,
de ser nosotros,
posiblemente.

Les digo eso.
Por eso vuelvo a ti,
a chocar de frente contra la felicidad,
a caer de boca contra la felicidad,
a romper mis dientes contra la felicidad.
Me equivoque o no,
para mí eres eso,
la calle que conduce
a la felicidad.

Marwan[2]

(Te invito a mirar el videopoema recitado por el autor)

Fin

SOBRE LA AUTORA

Victoria Aihar nació en Montevideo, Uruguay en 1978. Educada en una familia tradicional, se casó en el 2000 y vive la vida junto a su esposo repartida entre la Costa y las sierras uruguayas.

Además de ser Auxiliar contable, Diseñadora Web, Programadora, Webmaster, desde hace años se desempeña como diseñadora editorial para autores independientes y para algunas editoriales.

Como parte de su búsqueda personal, estudió inglés, francés y árabe; danza oriental, cerámica, vitrofusión y otras expresiones artísticas, además de viajar a los más diversos y exóticos destinos, siempre apuntando a formarse, crecer y evolucionar en el más amplio sentido.

Ese collage hace que Victoria sea la persona que es. Un ser que, desde hace muchos años, va más allá de lo evidente, explorando, buscando definir las preguntas y encontrar respuestas donde sea, no

solo en la ciencia, también en la conciencia y más allá, en lo profundo de su ser individual y colectivo. Es un viaje eterno, que seguramente comenzó antes, mucho antes de su nacimiento y seguirá mucho después de su partida.

Con treinta y cinco años, ya en su juventud adulta, comunicar y compartir sentimientos es su nueva pasión, es parte de ese viaje. Por lo que, en 2013, comenzó a escribir. Una tarea que abraza, como todas las que emprendió antes, con amor y entrega.

"Una canción para Abril" es su primera novela, primero autopublicada, luego editada y publicada en su versión completa y digital, bajo el sello Zafiro de Editorial Planeta y en 2015 en papel por Booket, también de Editorial Planeta.

"Una segunda oportunidad" es su segunda novela publicada en marzo de 2015 por Editorial Planeta bajo el sello Zafiro en digital, en 2016 por Librománticas en papel para el Río de la Plata y en 2019 publicada por Love Kiss, en papel, para todo México y en Amazon para todo el mundo.

"Una café no se le niega a nadie" es un relato que editó y publicó Editorial Planeta bajo el sello Zafiro.

"¿A cuántos centímetros de ti?" fue autopublicado en octubre de 2014 y en marzo de 2016 tuvo su oportunidad en papel con Librománticas, en 2017 se editó y publicó en Ediciones Lee. En septiembre de 2019 se lanzó en portugués y en mayo 2020 en inglés.

A finales de 2015 participó de la antología solidaria "54 corazones tras la esperanza".

Tras una pausa de tres años, en diciembre de 2018 participó en la antología erótica "Un cóctel para recordar".

En febrero de 2019 participó en la antología solidaria "Sensaciones Divinas" del grupo de Facebook Divinas Lectoras.

En julio del 2019 participó de la antología erótica "Sinfonías en la piel".

En septiembre de 2019 participó de la antología "Con amigos, todo es posible" junto a sus compañeras del Septiembre Romántico y Rioplatense.

En abril de 2021 participó de la antología "Rockeando la vida" ideada y organizada por Natalia González Villoldo de Librománticas.

En septiembre de 2022 participó de la segunda antología junto a sus compañeras del Septiembre Romántico y Rioplatense "Mujeres que se atreven".

Sigue trabajando en su tercera novela "Ya no te espero".

Para contactarse con la autora:

Facebook: victoria.aihar
Instagram: @vic_aihar
Mail: victoria.aihar@gmail.com
Web: www.victoria-aihar.com
Twitter: @VictoriaAihar